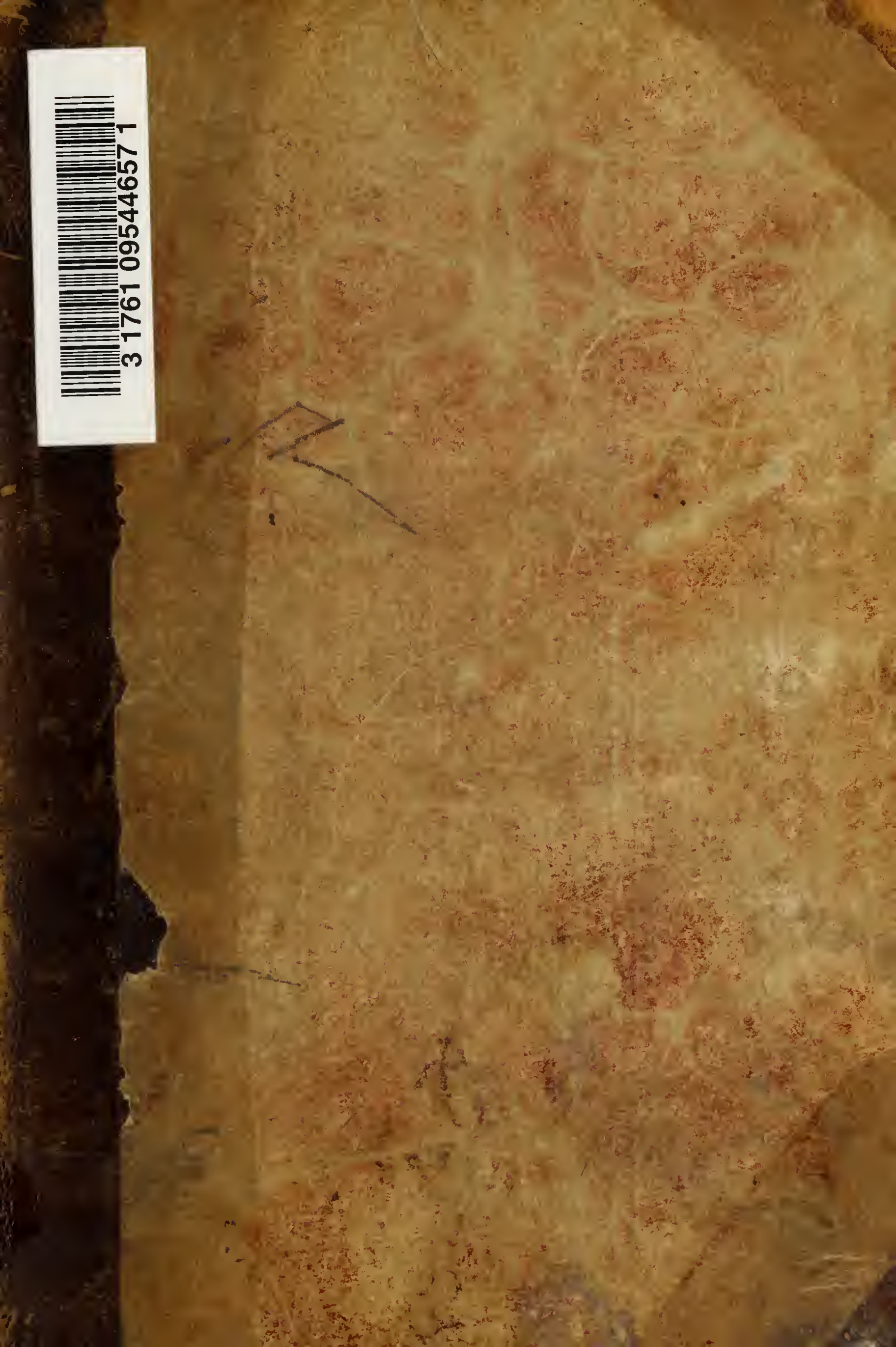
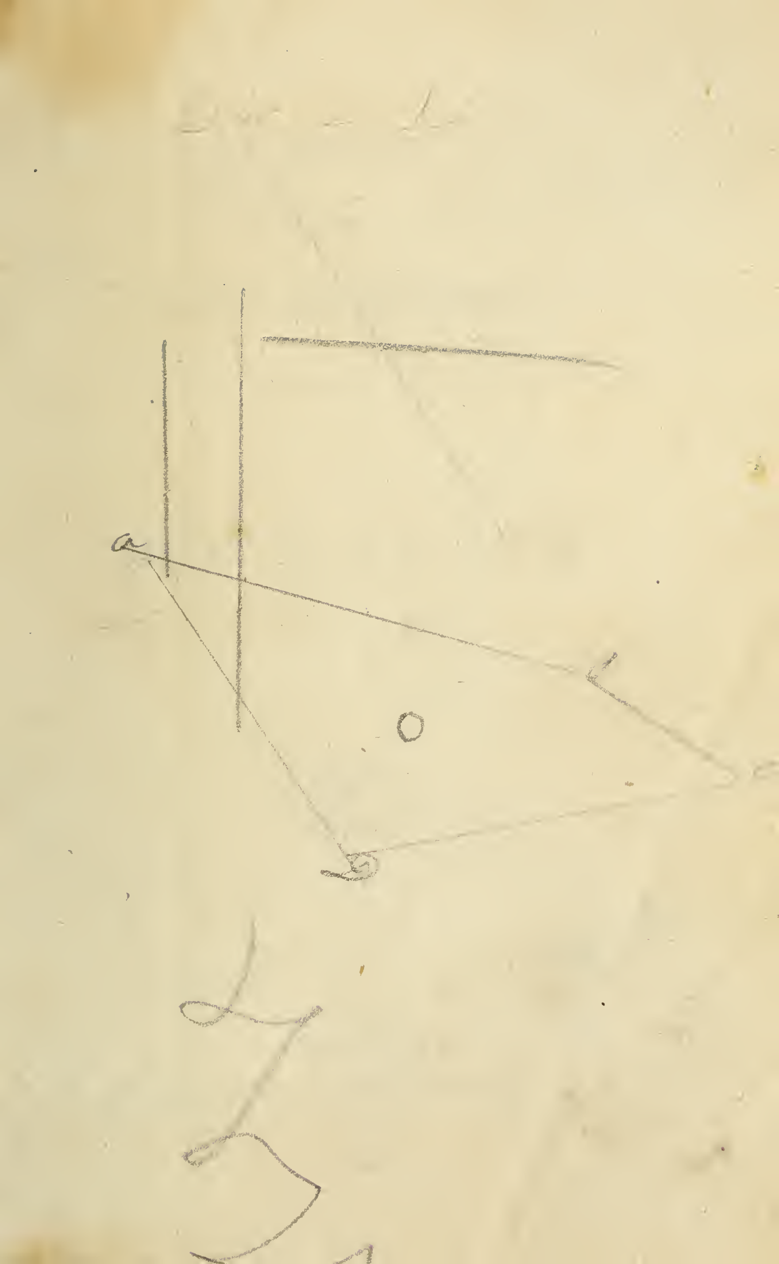

3 1761 09544657 1





EL PURGATORIO

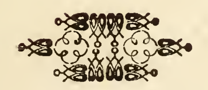
DE

SAN PATRICIO,

NOVELA FANTASTICA

por

D. JUAN GARCÍA DE TORRES.



MADRID,

ESTABLECIMIENTO TIP. C. DE LA INDEPENDENCIA, N. 4.

1843.

EL PURGATORIO

DE SAN PATRICIO,

NOVELA ORIGINAL.





Si el hombre disfrutase sin interrupcion de una felicidad pura; si la tierra por sí misma y sin cultivo satisfaciese absolutamente á todas sus necesidades; si una vida sin fin hiciese eternos estos goces, exentos de todo pesar y sufrimiento, es de presumir que el hombre, por su natural ingratitud, en vez de admirar y reconocer los beneficios, ni aun pensaria en el Dios que se los habia dado. Mas si por desgracia un suelo estéril no remunera todas sus penalidades; si los torrentes inundan las fértiles campiñas que tan inmensos trabajos le costó utilizar; si los fuegos del cielo destruyen su morada; si las enfermedades le

postran en el lecho del dolor, entonces el hombre eleva sus ojos al cielo: de él espera el remedio; conoce la necesidad de una creencia, de una relijion, y la adopta con fé y entusiasmo.

Para esplicar el enigma de la creacion y de la causa del bien ó del mal se formaron diversos sistemas igualmente absurdos. La mas antigua y jeneral de las relijiones fue el polythéismo; de éste se formó el manichéismo, cuyos vestijios serán eternos.

Del manichéismo simplificado nació el deismo y otra multitud de opiniones diversas, interponiéndose una clase de mediadores entre los cielos y la tierra.

Desde entonces las rejiones se cubrieron de altares, donde resonaron de continuo el himno de gloria y la expresion del dolor, recurriendo á la oracion y á los sacrificios, los dos únicos medios para obtener el favor y calmar los resentimientos.

La sangre del cordero, de la cabra, del toro, del hombre, en fin, se derramó en el ara sagrada en ofrenda de la divinidad.

La república soberana del mundo estaba próximo á doblar la cerviz, sus ciudadanos, los habitantes de los inmensos paises conquistados cansados se hallaban de tantos padecimientos: inaguantables eran el yugo de sus tiranos, de sus soldados, y las contínuas irrupciones de bárbaros que progresivamente habian invadido todas las provincias: todos estos males físicos habian preparado los espíritus á una nueva relijion. Las revoluciones políticas son el precursor, la señal de otras mas estables y mas importantes en el culto, en las artes y en las costumbres; debiendo tal vez á sus horrores la actual situacion y los grandes adelantos en todas las clases del mundo civilizado.

Los hombres que conocian el silencio y la inércia de sus dioses, la avaricia y venalidad de sus sacerdotes, los vicios y la infamia de sus gobernadores, conocieron que eran unos tiranos, y huyendo de ellos buscaron un consuelo en el cielo.

El hombre de bien, el pensador, el impio mismo en el

centro de su prosperidad reflexiona y conoce que un sér tan perfecto y una naturaleza tan adornada no debe estar sujeta á los estrechos límites de una vida tan corta.... y piensa en aquel espíritu que se aparta del cuerpo al lanzar el postrer suspiro, y se imajina la doctrina de la inmortalidad. Se persuade justamente que aquellas almas separadas del cuerpo son conducidas á otra mansion ó morada á recibir la recompensa de sus virtudes ó el castigo de sus crímenes.

El cristianismo vino en su socorro enseñándoles á sufrir con resignacion para alcanzar la bienaventuranza eterna.

La vida del hombre desde el instante que nace hasta que concluye se halla atormentada por los dolores, las enfermedades, por los otros hombres, por la naturaleza misma que parece se complace en hacerle sufrir, reduciéndoles á un estado de postracion, de miseria y degradacion que, preciso es decirlo, ¡tal es la desgraciada condicion humana! que al considerar á algunas criaturas nos repugna creer que su espíritu haya salido de manos del Supremo Hacedor.

Ni las vejaciones, ni persecuciones con que los tiranos oprimian á los nuevos cristianos, sirviendo de ejemplar eterno, pudieron lograr que aun en los suplicios mas espantosos olvidasen su fe y sus virtudes aquellos prosélitos de una relijion tambien nueva y sin protectores, haciendo su verdadera piedad que se reconociesen las ventajas y verdades del evanjelio, destruyendo el paganismo que al ceder el imperio de los hombres al nuevo culto, defendia hasta el último extremo un derecho que queria hacer valer con sangre y horrores.

El cristianismo, penetrando en el corazon de las mujeres mas inclinadas por naturaleza y costumbre á la devocion, grabándose en el pensamiento de los niños y con él la moral mas severa alcanzó de este modo quedase arraigada la verdadera relijion para no perderse jamás.

La mayor parte de los lejisladores se han valido de la relijion para conducir el pueblo: unos la han utilizado dignamente para contener en los límites de la virtud y del órden á la inmensidad, salvaje en todas épocas y paises é incapaz

de escuchar otro lenguaje que el misterioso que conmueve, porque no le comprende; pero otros han envilecido la santidad, la pureza, la dignidad de una relijion fundada en los principios de caridad y paz haciéndola servir para instrumento de partidos, para llevar á cabo revoluciones y trastornos, y aun para satisfacer el deseo de mandos ó riquezas y abrumar al infeliz con el pesado yugo de un despotismo relijioso. Los unos, al demostrar que el derecho de mandar descendia del cielo, establecian por base de sus doctrinas la tolerancia y la proteccion al desvalido: mas decian los otros.—Mi poder ha emanado del cielo; desgraciado el que no piense como yo.—Aquellos demostraban con beneficios las ventajas de la relijion: estos con la espada y el fuego.

De las escrituras diversamente entendidas desde la primera predicacion del evanjelio hasta nuestros dias han nacido desgraciadamente las opiniones mas opuestas, las mas estravagantes, á la vez que las mas impías, aplicando las divinas palabras para sostener los dogmas mas contrarios, y llegando hasta el extremo de hacer que aparezcan como revelaciones los absurdos mas despreciables.

La relijion católica, esa creencia celestial que nos da el consuelo y felicidad á los mortales no necesita de artificios ni prodijios, *ya sean falsos*, *ya cuando menos sospechosos*, es mas poderosa, es mas noble y digna; sobrado testimonio tiene en su misma bondad y en el de sus mártires, siendo impropio de su sencillez y dulzura los medios tenebrosos y de terror: queden estos en buen hora para las falsas relijiones; es mas sublime la católica que esta, fundada en los principios de verdadera igualdad, de paz y caridad.

No convendremos jamás, á pesar de nuestras ideas esencialmente relijiosas, en que deban respetarse los absurdos, ya jeneralizados, que á la relijion atañen: esta consideracion en vez de ser útil es perjudicial; pues si bien la época que atravesamos mas bien podrá ser tachada de incredulidad, no obstante aun existen infinitas personas que dan el mayor crédito á cuantas relaciones fabulosas llegan á sus oidos, si estan adornadas de sucesos estraordinarios y de una

remota antigüedad. Temible es, á no dudarlo, el hombre incrédulo, el cual necesariamente tiene que carecer de virtudes, de afectos y acaso de honradez; pero ese exceso tambien temible de credulidad ha dado márjen á multitud de vicios, de errores, y aun de desgracias.

Inverosimil y un tanto hipócrita parecerá nuestra relacion; respecto á lo que solo diremos que circunscritos á narrar un suceso, tal cual se refiere en el pueblo, nada hemos puesto de nuestra cosecha; empero podemos asegurar que de las infinitas tradiciones cuyos prodijios se escuchan en Irlanda como artículos de fé, acaso sea esta la mas natural y en algun tanto ordenada.

Con desconfianza presentamos nuestro trabajo, que si algo bueno tiene es el ser reducido como lo exije su asunto, y aquel temor es nacido de conocer que el gusto de la jeneralidad de los lectores es á otro bien distinto jénero de lectura y tambien por lo estraño de las tradiciones populares de Irlanda, donde siempre ha dominado el fanatismo relijioso, que tantos puntos de contacto tienen con las leyendas alemanas, si bien de menos interés, extremadamente mas fantásticas.

Trabajo infructuoso será el de quien busque en esta lectura algo mas que el hacer conocidos los prodijios y maravillas de la cueva de San Patricio; por lo cual, y no siendo nuestro ánimo volver á ocuparnos de asuntos milagrosos, no admitimos observaciones acerca del modo que hemos tenido de relatarlos. Concluiremos, pues, concediendo que habrá sido *mal* y *de mala manera.*

J. G. de E.



No ves aquel inmenso monte cercado por do quiera de robustos cedros y añosas encinas; esa elevacion que parece levanta su arrogante frente para que se esconda en la bóveda celeste, queriendo desaparecer á la vista de los atónitos mortales? ¿No ves esa nube vaporosa que la circunda, emanada de lo mas profundo de los pantanosos lagos de que se hallan cubiertos los valles? ¿No ves aquellas dos torres que sobre la montaña se distinguen cual la sombra de dos monstruosos jigantes? Triste

es la idea que presentan á la imajinacion esos derruidos é informes torreones; es admirable que ni los fuegos del cielo, ni los estragos del tiempo, ni los esfuerzos de los hombres hayan sido bastante poderosos para hacer rodar á los abismos esas masas de piedra; mas ha debido ocurrir así para asegurar como mudos testigos la verdad de los sucesos.

Las palabras desaparecen como el canto de los pájaros; las escrituras calcadas en la piedra ó en el bronce se borran; pero lo que se graba en la imajinacion de los mortales se traslada de unos en otros y no desaparece jamás.

Esas dos altas torres son el único resto de la famosa morada de orgullosos guerreros donde se cometieron por espacio de muchos siglos los mas horribles crimenes; y parece estienden sus muros para que el pecador lea á su sombra lo que está escrito en aquellas tristes y melancólicas ruinas: la mano poderosa del Señor está visible en ellas. Si fuesen las altas horas de la noche; si nuestra planta atrevida llegase á la cima del monte oirias el jemido de las víctimas que vagando en derredor del castillo con sus acentos dolorosos dicen al viviente: «rogad por nosotros.» Hubo un tiempo en que ese sitio que ahora infunde pavor y espanto fue el centro de los placeres: en vez de ese frio silencio, solo interrumpido por el chillido de alguna ave de mal agüero que se ha posesionado de la alta torre, donde antes se oia la bocina del enano que anunciaba la llegada de nuevos huéspedes, hubo un tiempo en que todo su espacio resonó con los ladridos de los perros, las voces de los

cazadores y tambien con los alegres gritos de mil soldados que su señor se disponia á sacrificar para satisfacer tal vez el deseo de venganza que alimentára contra algun castellano de quien se creyera ofendido. En todo el pais el castillo de Patrick era tenido por el sitio de reunion de los paladines y por el asilo de los valientes: y mas de cuatro veces su valeroso propietario fue declarado árbitro en cuestiones de honor. Tambien en esa destruida habitacion se oyeron los dulces acentos del Trobador; tambien sus tápias, regadas de sangre, escucharon los acentos mas deliciosos: los sonidos de la lira conmovieron á sus habitadores..... pero ¡ay de mí! esas trobas de amor y esos delicados y armoniosos sonidos solo fueron su señal de muerte; era el canto fúnebre que entonaba el jenio protector del castillo de Patrick al separarse de sus moradores de quienes se alejaba para dejar posesionarse al espíritu del mal. Las tristes y tiernas cantilenas debieron escucharse como los últimos acentos de aquel jenio, que meciéndose sobre las altas almenas, pesaroso de tener que abandonar el sitio que habia protejido, espresaba su dolor en tristes ayes. El canto cesó; el jenio del bien habia desaparecido; el último á Dios habia resonado, y aun el eco lo repetia, cuando ya el espíritu del mal comenzaba sus infernales maquinaciones para privar al cielo de aquellas almas: en su boca se pintó una sonrisa diabólica: habia comenzado su obra. Un denso velo se estendió sobre el castillo de Patrick, donde no volvió á penetrar la claridad del sol; cuando este velo se descorrió, la sangre habia sido derramada; el anatema

del Dios omnipotente pesaba sobre el castillo, y el castigo se cumplió.

Bajo un cielo siempre triste y sombrío, donde los favorables vientos del Oeste tórnanse en nocivos, porque no encontrando del lado de la América tierra alguna que quebrante su fuerza, y siendo ellos por lo jeneral demasiado impetuosos para que los trasversales del Este y del Continente del Africa puedan oponerse á su accion, traen todos los vapores de un inmenso Occeano, y á veinte leguas de la costa hay una parte de tierra conocida de tiempo inmemorial con el nombre de condado de Monaghan: el pais es montuoso y lleno ademas de bosques y lagunas: no es fértil y despejado como el de Londonderry, ni tampoco le baña el puro y hermoso Bann, siempre cubierto con el oscuro velo de una atmósfera sombría y desnuda de luz y claridad; no brilla jamás el sol en todo su esplendor, ni alegran los campos, ni alumbra la tierra sus brillantes fulgores.

En vez de los dulces trinos de las encantadoras avecillas de la abundante España se escucha el terrible rujido de las fieras entre los espesos matorrales é intrincados laberintos de aquellas sombrías espesuras, pareciendo con su tejida ojarasca la mansion de la tristeza y del dolor. ¡Quizá el lastimero Young elevó por vez primera entre las perdidas travesías de sus bosques el eco lamentable y sublime que se estendió por toda la Europa! ¡Quizá le dió su tétrica inspiracion la apagada naturaleza que, cansada de luchar con el destino, maldijo á la ingrata tierra que habia despreciado la abundante copia de sus dones!

A Irlanda pertenece esta tierra de maldicion, y como en toda ella no hay sitio por oculto que sea que no esté regado de sangre... ¡Mortal, sea cualquiera el objeto que te trae á estas desgraciadas rejiones, admira el poder de Dios! Cincuenta años son bastantes para olvidar todos los sucesos, para que un hijo no recuerde á su padre, una viuda á su esposo: medio siglo es una eternidad; los mozos desaparecen; los niños son ancianos; la frente entonces altanera, erguida y ufana, ora yace inclinada al suelo. Mi cabeza que ves desierta de cabellos, igualmente lo estaba cuando en ese castillo se mostraba la animacion



de la vida: entonces comenzaba mi existencia, ya se halla en su término.

¿Deseas saber el suceso? Yo, el poseedor por acaso de esos torreones, no debo renovar la triste memoria del caso desgraciado. Un pensamiento nuevo se presenta en mi mente; será la voluntad de Dios. Satisfaré tu

deseo; mas al escuchar mi triste relato guárdate bien de formar juicio antes que mis labios hayan cesado: no juzgues lo que no es posible que aun comprendas.

En este pais que queda descrito es donde se hallaba situado el palacio de Denwill. Su anciano propietario no tenia mas familia que Emma, la bella é inocente Emma que mas bien que una mujer, era un anjel; tenia 18 años y un corazon puro é incapaz de concebir sino pasiones nobles. Su frente serena demostraba dignidad: sus ojos de un azul delicioso, alegría; y su perfecta boca no espresaba sino palabras de consuelo. Su nombre era escuchado con admiracion; protectora de todos los desgraciados, derramaba el consuelo y la felicidad en todos los sitios en que sucesos infaustos las habian hecho desaparecer, siendo seguida por do quiera de las bendiciones de todos los habitantes: aquellos séres ignorantes la adoraban con entusiasmo, y todo el pais proclamaba como el sér mas benéfico á la heredera de Denwill. El corazon de la bella habia nacido para el amor; pero el que debia inspirar habia de ser grande, sublime, una pasion celeste muy superior á la de las demas criaturas.

En el castillo inmediato vivia Gualtero Dunmore, su propietario, jóven valiente y jeneroso que conocia á Emma desde su niñez, y el corazon le predijo que era la mujer que podia hacerle feliz; las relaciones de nobleza los unieron y Dunmore hacia dos años que apenas salia del castillo de Denwill. Emma le hizo desprenderse de aquellos hábitos de rudeza propios de las costumbres de la época y del pais

que tan adaptables eran á hombres del valor y fogosidad de Dunmore, logrando verse el amante mas fino y respetuoso. La vista de la jóven llegó á ser para Gualtero una necesidad ocasionada del trato y del conocimiento de su corazon, que le habia insensiblemente inspirado una pasion vehemente é impetuosa.

Dunmore acompañaba á Emma en sus espediciones para socorrer á los desgraciados que bendecian las manos protectoras de la bella pareja que los sacaba de la desesperacion y la miseria: mil votos se hacian por ver colmada su felicidad, y otras mil súplicas se elevaron al Eterno para el logro de tan santo fin.

Un dia cuando el sol habia ya desaparecido del horizonte, y las sombras de la noche se iban desprendiendo de las altas montañas, Emma y Dunmore se hallaban en el bosquecillo del castillo, satisfechos de oir las espresiones de agradecimiento de una familia á quien habian librado de la desesperacion, cuando el jóven tomando la mano de su hermosa compañera dijo:

—El ánjel de la comarca, la primera belleza de Dongall, la delicia de Denwill, la compasiva Emma ¿cuándo permitirá que pueda solicitar de su padre el que sea esposa de Dunmore?

—Emma no puede decirlo.

—Tú, en quien ven el consuelo todos los infelices, serás tan cruel que me prives de la única dicha que ambiciono...? espero que no; yo que te amo tanto, perla de Denwill....

La heredera de Denwill solo creia ver en Gualtero el hermano que habia elejido su corazon.

—No has sentido ningun dulce efecto hácia mí, ahora lo conozco; orgulloso me creia dueño de ese corazon... ¡desgraciado!

—Este corazon ama á dos séres, á su padre y á su hermano; por los dos reza Emma de contínuo; por los dos suspira, y sus ojos vierten lágrimas si el hermano de su vida tarda algunos instantes mas del momento en que le aguarda.

—Mujer anjelical, cede á la poderosa fuerza del amor que te profeso; cede á las súplicas de cien familias que desean nuestra union; permite que solicite de tu padre tu bella mano.

Emma hizo seña á Dunmore que la siguiese á una pequeña eminencia, la jóven alzó una mano de su amante y la colocó sobre su corazon, y tomando un aspecto solemne exclamó:

—Emma no puede amar sino á Dunmore! Dunmore es el elejido de su alma....

Hizo pausa un instante y continuó.—Mas no puedes ser mi esposo: mi padre podrá haber olvidado que el tuyo le hizo sangrienta guerra; pero jamás consentirá que su sangre se mezcle con la de su mortal enemigo.

—Yo le convenceré derramando toda la mia en su servicio.

—Gualtero, no nos opongamos á la voluntad del cielo. Hace un instante que estaba puro y sereno; mira ahora qué negro y pavoroso se presenta: toda esta tempestad se ha levantado de las orillas del Liffer. El Sér todopoderoso demuestra en esto que estamos separados: obedezcamos, porque si no, ¡desgraciados de nosotros

—¡Emma! ¡Emma! conoce el delirio con que yo te amo y apiádate de mi penar.

Una claridad rojiza se desprendió de la negra nube que se habia posado sobre el castillo de Denwill, la jóven contestó:

—Dunmore, no seas cruel; te amo con todo mi corazon... La luz ha desaparecido totalmente; volvamos al castillo.

—Si soy el objeto de tu amor, jura ser mia, siempre mia.

—¡Gualtero Dunmore! si el cielo no perdona mi temerario voto, caiga el castigo sobre mi culpable cabeza: cediendo á los impulsos de tu deseo, lo hago, con la firme resolucion de no apartarme de lo que exije la mas severa virtud. A los ojos de Dios, y para mi corazon, Gualtero, seré siempre tu esposa... lo he jurado, eterno será mi amor; si los hombres se oponen sufriremos; pero Emma será la esposa de Dunmore.

Un prolongado trueno sonó sobre las cabezas de los amantes, y á él se siguió el horrible resplandor del rayo. Emma lanzó un grito.

—El cielo ha reprobado nuestro impío juramento, estamos maldecidos, Dunmore... en nombre de ese cielo á quien han ofendido nuestras palabras, te mando no me vuelvas á ver, hasta que apiadado de mis súplicas y oraciones nos perdone.

—Emma, piedad.....

—Al Señor debemos pedirla.

—Tu juramento me ha dado derecho.....

—Evita no pida á Dios le revoque.

—Emma, pronto tendrás noticia de mi muerte si me quitas la posibilidad de verte.

—Haz un viaje, dentro de cuarenta dias en este sitio y á esta hora me verás. Empleemos este tiempo en hacernos dignos de la proteccion del cielo.

—Tus palabras son las de los ánjeles, te obedezco. Emma, no me olvides.

—A Dios, ilusion de mis sentidos; en el fondo, en medio de tan horrible tempestad veo un punto luminoso, lee en él: en último término, la felicidad.







NJAEZARÁN mis cuatro mejores caballos para conducir los presentes; que treinta criados se vistan de gala con el distintivo de mi nobleza; y que mis diez pajes de armas se dispongan tambien á acompañar á mi noble pariente Rathlin al palacio de Denwill para que haga una peticion de grande importancia.

Estas órdenes acababa de dictar el hombre mas poderoso de la Ultonia; el orgulloso Patrick, el vecino tan temible de todos los nobles por el gran número de sus vasallos que tenia grandemente adiestrados en guerrear, como por su valor indómito y carácter irascible.

—Sí, continuó hablando consigo mismo, Denwill no se atreverá á negar lo que pida mi mensajero. Por gran dicha puede contar que mi lecho se comparta con su hija: con esa Emma, admiracion de todos los hombres del pais, que vendrá á ser un adorno mas de mi castillo. Es muy bella; pero la belleza..... Por Cristo que celebrára no quisiera el viejo dármela por esposa..... Siempre ganaba, pues á los ocho dias se-

ria una propiedad de Patrick el castillo de Denwill: ciertamente que su situacion es hermosa: en la paz tiene el bosque de mejor caza que hay en treinta leguas á la redonda, y en la guerra puede ser la llave de mis estados. Teniendo á Emma en mi castillo se habrá completado mi fama: aguardemos el resultado del mensaje, pues en ambos casos gano.

Dijo el poderoso, y tocando la pequeña bocina de oro que llevaba pendiente del cinto, llamó á sus cazadores y salió como de costumbre á comenzar de madrugada la batida por los montes.

Ya se habia realizado el pronóstico de Emma: la negra nube se habia levantado sobre su palacio; Patrick pedia su mano; la desgracia era segura; la tempestad se estaba formando. Esta nube que Emma habia visto salir de la parte del rio Liffer, se hacia por momentos mas imponente hasta esplicar su furor descargando el rayo sobre sus cabezas. No era maga ni adivina, ni poseia las ciencias malditas; pero leia en el cielo el porvenir: tenia gran fé y relijion, y los espíritus buenos la inspiraban.

Patrick era verdaderamente un hombre malo; sus años se contaban por el número de sus grandes crímenes. Desde su infancia habia sido inclinado á destruir, y muchas eran las desgracias que habia ocasionado. Su anciano padre era un obstáculo para realizar sus infernales intentos; pero para librarse de tan enojosa tutela decretó la muerte del autor de sus dias, y ni un remordimiento esperimentó su corazon... era preciso realizarla. Salió, pues, una noche de su aposento: un puñal brillaba en su mano; el paso era

firme y resuelto; caminaba al lecho de su padre. Al acercarse á él contempló la venerable frente del anciano, y se detuvo por un instante, vaciló..... mas no tardó en abandonar el respeto y todas las consideraciones. Ya su vista se fijaba en el sitio donde debiera clavar el hierro, cuando aquel, deteniéndole con espresiones llenas de bondad, le dijo:



—Retírate á descansar, hijo mio; aprecia en todo su valor mi cariño cuando no castigo tus malos intentos: espera que la naturaleza no tardará en liber-

tarte de mi pesada carga y te evitará un crímen horrible.

Patrick confuso y devorado por la rabia se retiró formando proyectos para vengarse del hombre á quien debiera adorar, mas ninguno le satisfacia; no por lo que de terribles tuviesen, sino por los obstáculos naturales que debia hallar. Por fin imajinó uno que reunia todo lo que apetecia, y no tardó un instante en llevarlo á cabo.

Montó una noche á caballo y seguido de su confidente se internó en los bosques para que no pudiese saberse la direccion que tomaba. Despues se dirijió al castillo de un señor vecino con quien se hallaba su padre en graves desavenencias. Al entablar relaciones con el castellano enemigo para que le protejiese, confiaba Patrick, con sobrado fundamento, en que seria este un hombre tan malvado como él. No tardaron en entenderse los dos conviniendo en que el castellano moveria guerra contra su padre que en el momento de la refriega lè abandonáran sus soldados seducidos por su hijo: entonces un golpe de lanza haria llano lo demas. En remuneracion de tan importante servicio pasarian á poder del castellano algunos terrenos del patrimonio de Patrick.

Asi se verificó: el anciano cayó en el lazo que se le habia tendido; su hijo no asistió al combate bajo frívolos pretestos; mas quiso la suerte que la ambicion del contrario no se contentase con las tierras convenidas, y esperando sacar mayor fruto de su perfidia, no quiso dar la muerte al anciano, sino mas bien conducirlo prisionero á su fortaleza y comenzar

nuevas negociaciones. Patrick bramaba de furor cuando se enteró del suceso; mas no obstante tomó posesion de su estado, y dando largas al rescate de su padre, movió nuevas contiendas, llegando estas al estremo de hacer irrealizable una avenencia, que era lo que apetecia.

El infeliz anciano, cargado de cadenas y sepultado en un hondo calabozo, llevaba con paciencia sus infortunios esperando llegase un momento en que tornando los buenos sentimientos al corazon de su hijo, procurase su libertad. ¡Vana esperanza! Patrick, habiendo cumplido su intento, si alguna vez recordó la triste situacion del prisionero, fue para mofarse de su credulidad. Trascurrieron algunos meses, y agotadas las fuerzas del desgraciado con tantos padecimientos y destrozada su alma con la negra ingratitud del hijo á quien diera la existencia, conoció que se acercaba el fin de su vida y ni aun en aquellos momentos terribles halló una mano amiga que hiciese mas agradables sus últimos instantes...... el infeliz, perdonando á su cruel hijo, abandonó la morada terrena..... Patrick ni aun volvió á recordar este suceso, que á otro menos malvado hubiera llenado de dolor.

Luego que se vió libre y poderoso, no tuvieron límites sus desmanes: cifrando su derecho en la fuerza de las armas, llegó á formar un cuerpo escojido de tropas y consiguió de este modo ser el vecino mas temible á quien era preciso contemplar para evitar una segura destruccion.

Tal era el hombre que habia pensado elejir por esposa á la tímida é inocente Emma.

El Sr. de Denwill supo la próxima llegada de un mensaje de Patrick, y tembló por las consecuencias. ¿Qué podia pretender tan poderoso caballero? ¿Con qué intento dirijia tan solemne mensaje? Estas eran las dudas que asaltaban al anciano y aguardaba con ansia el instante de poder salir de tan cruel incertidumbre. Algunas horas duró este estado de ansiedad. Desde la torre anunciaron la llegada de una cabalgata: el corazon del Sr. de Denwill se oprimió terriblemente: auguraba desgracias.

La comitiva no se hizo esperar. Denwill salió de sus temores al ver los ricos presentes que le enviaba su temible vecino. El enviado comenzó de esta manera:

—El muy poderoso y noble Patrick, mi pariente, sobre cuyos estados el cielo ha derramado sus bendiciones, el mas valiente, relijioso y jeneroso señor de toda la bendita Irlanda, me manda ante vos para demandaros la joya mas estimable de vuestros estados. La mucha hermosura de tan noble doncella, si bien le admira, no fuera poderosa para escitarle á que la elijiera por esposa entre las mil que desde Limerick hasta Londonderry aspiran á honrarse con el título de tal; pero desea una alianza de sangre. Reflexionad, noble Denwill, los efectos de tal matrimonio que será célebre, tanto por el poderío sin igual del caballero, como por la virtud y belleza de la doncella, siendo vos, á no dudarlo, el que mas beneficio reporta, pues el heredero llevará vuestra sangre, y el poseedor de Patrick y Denwill será el dueño de toda la Ultonia.

—Volved, noble Rathlin, contestó el anciano, á la presencia de vuestro pariente y espresad el gozo con que he escuchado sus palabras y ofertas. Dentro de tres dias le ruego venga él mismo á recibir la respuesta á su mensaje, y entre tanto, en prueba de mi amistad, presentadle la espada que ciño: bendecida por el cabildo de Dublin, fue regalada por el mismo defensor de la fé á un ilustre antepasado mio.

La comitiva se retiró: Denwill, enajenado de placer con tan ilustre matrimonio, daba paseos acelerados por su estancia. No rendia gracias á Dios porque le deparaba tan poderoso enlace, estaba enteramente ocupado en asuntos terrenales, y hacia bien, porque este matrimonio, si bien lo permitia, no era agradable á los ojos de Dios. Respetad, mortales, sus altos juicios.

Emma oyó la determinacion de su padre y tembló. En sus oidos resonaron estas lúgubres palabras: «Desde ahora considérate como la esposa de Patrick.» Elevó sus grandes ojos al cielo, y al dirijirles su súplica se encontró con la mirada fria y orgullosa de su padre. Emma en el fondo de su corazon conoció que su perdicion estaba decretada y que se cumpliria. «Dunmore» pronunciaron imperceptiblemente sus labios, y este dulce nombre trastornó todo su sér. Creyó que por la vez primera podia oponerse á las órdenes del autor de su existencia; lo creyó un deber: habia jurado amar á un hombre, y este no era Patrick, y la relijion la prohibia el ser perjura. El paso era temerario; ¡la tierna, la tímida vírjen de Denwill oponerse á una determinacion paternal! posible

es que desmayase en su intento; mas se conceptuaba sostenida por su ánjel que gritaba, morir antes que faltar á los juramentos, y Emma inspirada por la relijion era fuerte.

Su padre la contemplaba con fria curiosidad; la jóven conoció la necesidad de salir del trance y arrojándose á los pies de Denwill exclamó:

—Protéjaos el cielo tanto como os ama vuestra hija! Vos habeis sido siempre bueno, fiel y exacto en el cumplimiento de un juramento. La palabra del Sr. de Denwill se ha tenido siempre en mas aprecio que la de todos los soberanos de la tierra. La sangre de los nobles de vuestra raza jamás ha sido manchada con la mentira; esa sangre circula por las venas de Emma que tiene dada una palabra, que tiene empeñado un juramento: Emma lo cumplirá porque Emma no miente... Perdon, padre mio, os pido me perdoneis...

—Cesa! gritó enfurecido el anciano, cesa, ó con mis propias manos terminaré una existencia que solo á mí pertenece, y en que cifraba todo mi orgullo..... Me has recordado que los Denwill no faltan á sus palabras, y por Cristo que has hecho bien; la mia está empeñada y no será inútilmente. La hija que me pertenece pasará á ser la esposa de Patrick. ¿Has escuchado mis acentos? pues no te opongas á mi voluntad, porque podrán ser terribles los efectos. Alzate del suelo, tu padre olvida las imprudentes palabras que has proferido.

Emma se levantó. La dignidad y la calma asomaron á su rostro; ya no era la tímida doncella, era la mujer fuerte inspirada por la divinidad

—En nombre del cielo me opongo á esa resolucion; no siendo de su agrado tal union, imposible es que se realice: no será esposa de Patrick sin que el anatema del Dios justo caiga sobre nuestras altaneras frentes: vuestra hija ama á un hombre que ha escuchado sus juramentos, los cuales el cielo ha admitido y este deber sagrado la impide cumplir el mandato de su padre: podrá no pertenecer al elejido por su corazon; pero será para entrar en el número de las esposas del Señor.

—El nombre del traidor que te ha seducido, prevalido de tu inocencia, lo exijo; necesito saberlo, gritó el irritado Denwill.

—Antes de este suceso no hubiera vacilado en revelároslo; pero ahora seria un crímen de que no me perdonaria jamás.

—¡Infiel! yo le descubriré aun cuando se ocultase en las entrañas de la tierra.

—Rezaré para que el Señor me preserve de tener que llorar la muerte de mi padre, ó del hombre que me ha hecho dueña de su destino.

—Emma, no acibares los últimos dias de la vida de un padre que te ama con toda su alma. Cede á mi voluntad, siempre atenta á tu felicidad y al honor de la familia: la esposa de Patrick será dichosa; sacrifica tus afectos á la felicidad de tu padre; serás poderosa, y derramando los beneficios por todas partes, te respetarán y amarán como el sér bien hechor de la comarca.

—Padre mio, el cielo castigará mi perjurio: no puedo obedeceros.

—¡Desdichada! escucha mis últimas palabras. Emma se arrodilló.

—En nombre de ese mismo cielo á quien injurias, te mando seas esposa de Patrick. Como padre y potestad superior sobre tí en la tierra, he señalado tu destino: al cuarto dia te conduciré al altar: respeta mi decision. Si olvidando tus deberes, si dando oidos á sujestiones del enemigo malo evadieses el obedecerme.....

—Por piedad, padre mio!

—Entonces.....

—¡Oh! no continueis.....

—¿Te sometes?

—Jamás.

—Emma, si al cuarto dia no eres esposa de Patrick la maldicion eterna de tu padre te confundirá; serás arrojada de entre el número de los fieles, y tu alma entregada al demonio será condenada á los tormentos eternos.....

—Dios mio, no me castigueis... ¡vuestras palabras, padre, me han muerto! ¡Ah! que no oiga vuestra maldicion..... Emma obedecerá..... mi sacrificio se ha consumado..... mis fuerzas se niegan á resistir.

Y cayó sobre el pavimento: no habiendo sido su corazon poderoso á sufrir tan fuertes conmociones, cayó al suelo desmayada, en cuyo triste estado permaneció por algun tiempo—asi lo hubiera sido por toda una eternidad!!!



El plazo fijado para celebrarse el himeneo concluia al siguiente dia, y el que puso Emma á Dunmore, en el instante de separarse de su lado, aquella misma noche. Treinta dias habian trascurrido desde aquel en que la doncella consintió en dar su mano, y en este espacio no se habia dejado ver de nadie en el castillo; retirada en el bosque no se ocupaba sino de la desgracia que la perseguia. Enérjicamente se habia opuesto á que

se celebrasen las fiestas dispuestas para antes de la ceremonia, negándose tambien á tener parte y mucho menos á aprobar ninguno de los preparativos, hechos para tan solemne suceso, el mayor y mas importante para todo el condado.

En las entrevistas que habia tenido con su padre escuchó con fria indiferencia los pomposos relatos que éste le hacia, y al ver la calma glacial que se mostraba en el semblante de la prometida esposa, nadie hubiera podido conocer en ella el sér poderoso á quien se tributaban tantos obsequios, sino una víctima resignada que aguardaba tranquila la hora del sacrificio.

El dia de la ceremonia estaba designado para el siguiente: la entrevista ofrecida á Dunmore debia verificarse aquella misma noche. Estos dos sucesos cuando á ellos preside el amor y la felicidad, rejuvenecen á los mortales y les hace conservar toda su vida un recuerdo delicioso; pero en situacion análoga á la de Emma, aquellas pocas horas pesan y agobian como el trascurso de toda una jeneracion.

La jóven habia llorado mucho; sus ojos ya secos se negaban á derramar nuevas lágrimas que aliviasen su corazon de los pesares que le oprimian. Los hermosos colores de su rostro habian desaparecido, sustituyéndolos una palidez que unida al desórden que se advertia en sus miradas y acciones, las presentaba como un sér misterioso y fantástico.

Brillaba en su rostro, á veces, toda la espresion y fuego de una alma impetuosa y de una voluntad de hierro que desconocia los obstáculos, juzgando im-

posible que ninguno pudiese oponerse á sus deseos; á esta ráfaga brillante sucedia tal vez la espresion del candor y la inocente risa infantil que contrastaba con la anterior dura é imponente: miraba todos los sucesos bajo un aspecto májico, y entusiasmada con tan inesperada felicidad, tomaba el tono gracioso de la niña mas caprichosa y juguetona. Mas la triste realidad aparecia ante sus ojos en toda su fuerza de rudeza y de horror: el círculo májico y los bellos ideales desaparecian á su vez como desaparecieron las ideadas resoluciones enérjicas, sin dejar en pos de sí mas que el recuerdo para hacer aun mas triste su situacion. El abatimiento reemplazaba á aquellas sensaciones, apoderándose del alma, no dejando facultad mas que para conocer y apreciar lo grande de la desgracia, pero sin hallar medio para conjurarla. Las facciones de la bella se desencajaban estendiéndose por su rostro una tinta cadavérica: el temblor convulsivo se habia apoderado de todo su cuerpo: iba á pasar por uno de los trances mas terribles que en la vida podia esperimentar: tenia que esperar algunas horas aun sobre las muchas que habian trascurrido; pero el momento se acercaba, queria alejar el instante fatal, y no siendo posible, revolvia, pensaba y confundia en su mente cuantas ideas y proyectos se le habian ocurrido en todos los dias que habian pasado; queria penetrar las ventajas y males de cada uno, pero su cabeza se hallaba ofuscada sin poder ordenar las ideas tan diversas que sucesivamente se la presentaban: estudiaba espresiones; formaba resoluciones; las situaciones descritas se sucedian con una rapidez prodi-

jiosa; queria..... un dominio sobre su naturaleza, que Dios ha negado á los mortales. No era pequeño esfuerzo el que se disponia á hacer. Para una mujer de pasiones vehementes, y que ama con delirio es el sacrificio mas horrible, el que cediendo á la voz de un interés que no es el suyo, rechace al hombre que la ha inspirado la mas bella pasion, cuyo corazon se ha aunado al suyo y con cuya voluntad se ha entendido como la del único de quien podia esperar la felicidad: ¡horrible necesidad! rechazar á quien ama tanto, y verse precisada la mujer á ser por sí misma quien obligue al hombre á olvidar los mismos afectos que constituyen la delicia de su vida y en los que cifra todo su orgullo. Este es un sacrificio tan superior que solo se puede esperar en la mujer, en ese sér tan incoherente é incomprensible, cuanto injustamente caracterizado, cuyo corazon reune las mas opuestas sensaciones de entusiasmo y de abatimiento, de grandeza y de temor, de noble arrogancia y de infinita humildad; pero que todos estos afectos brillan cual en la bóveda celeste los luminosos meteoros: el hombre con su grave reflexion, su voluntad indomable y resuelta, su valor que desprecia los riesgos y su jenerosidad y heroismo, en fin, no es capaz de un sacrificio de esta especie.

Emma sufria un tormento inesplicable; su corazon palpitaba con violencia pareciendo querer salir de un pecho infinitamente pequeño para contenerle; su respiracion era dificil y comprimida.—El momento se acercaba: Dunmore debia llegar, y la jóven sentia una mezcla de horror y de alegría, de sentimiento y

de satisfaccion indefinibles; la idea de la revelacion que tenia que hacer era tan espantosa que la atemorizaba; pero profesaba tanto amor á Dunmore que queria la muerte si esta le proporcionaba el ver á su amado.

Sintió ruido en los inmediatos árboles, volvió la cabeza y vió á Dunmore de pie á su lado: la jóven conmovida y asustada de hallar al hombre que tanto habia esperado, sintió agolparse la sangre en su cabeza; comenzaba á vacilar..... pero una voz resonó en su oido misteriosa y cruel; recordaba sus deberes: esta voz era la de la relijion.—La jóven se sintió animada de nueva vida; un ardor desconocido circuló por sus venas: habia comprendido su destino; con fuerzas se hallaba ya para cumplirlo.

Dunmore, cubierto con un largo ropaje que le ocultaba enteramente, parecia uno de los primeros relijiosos del desierto, á cuya idea contribuia no poco su postura humilde, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada, el rostro abatido y desencajado, cubierto de barbas que se habian descuidado. Mas, debajo del sayal, se divisaba el regaton de una espada..... ¿qué denotaba esta mezcla de relijioso y guerrero? un hombre que estaba trastornado por la fuerza de los sucesos que habian dejado una marcada huella en su frente.

—Es á Emma á quien hablo?

—Lo has dudado?

—Por el cielo que lo he dudado, y lo dudo.

—¡Cruel!

—Escúchame: antes que oiga tus falaces palabras,

conoce cuál es el hombre á quien has hecho infeliz.

—Por Dios, Dunmore, no me atormentes.

—¿Y te has compadecido tú de mí? sabias lo mucho que te amo, y el pago..... ¡oh, es horroroso! Necesitabas apartarme de tu lado; mi amor era un estorvo á tus ambiciosos intentos; conocias tu influjo y ordenaste que me alejase de ese castillo: juraste ser mia..... como mañana jurarás ser de otro: ¡el cielo castigue la maldad! mientras que el infeliz amador pasaba los dias y las noches en el solitario retiro que voluntariamente se habia impuesto para poder dedicar todo su pensamiento á tí, mujer encantadora..... te ocupabas por cierto mucho de su amor: tu castillo era el centro de los placeres y de las fiestas; todo en verdad es poco para solemnizar tu poderoso enlace. ¿Qué necesidad tenias de acordarte de quien tenias la seguridad que no turbaria tus banquetes con su presencia? Sobrado conocias su nobleza y su amor.....

—Dunmore, te perdono el mal que me haces. Quien no conoce el fondo de mi corazon no puede amarme.

—¿Qué significan entonces esos preparativos tan soberbios, ese inmenso número de caballeros que llegan al castillo?

—Que mañana Emma Denwill entregará su mano á Patrick.

—¡Maldad! solo restaba que te mofases de mi dolor, y ya lo haces.

Emma se puso de rodillas, elevó sus brazos al

cielo, su figura tomó una espresion tan relijiosa y sublime que conmovia, sus ojos derramaban lágrimas, y con voz doliente exclamó:



—Dios de bondad, tú que penetras en el fondo de los corazones sabes lo que padece el mio; sí, culpable soy, padre mio, pues juré amar eternamente á un hombre y este juramento no debió ser de vuestro san-

to agrado; pero sirva de espiacion los tormentos que el ceder á los impulsos del corazon me ha acarreado..... Bastante sufrir ha sido el verme obligada por la relijion y por los hombres á renunciar el único que podia hacerme feliz; pero que nada mas se exija de mí; mi corazon es suyo, aunque mi mano sea de otro: no probeis, Dios mio, hasta dónde llegan las fuerzas de esta infeliz mujer, pues poco resta..... llevadla, Señor, á las mansiones donde habita la madre de su corazon, que á estar en la tierra guiaria en este trance á su infeliz hija.

Levantándose en seguida se dirijió á Dunmore que la contemplaba atónito y continuó con voz suplicante:

—Te he hecho mucho daño, Dunmore, pero eres noble y jeneroso; te conozco muy bien y esto me consuela: ¿me perdonarás lo que te he hecho sufrir.....? ¿podré esperar que destierres esos pensamientos que me hacen aparecer á tus ojos como un sér malvado y falaz.....? perdóname, y no me juzgues con tanta crueldad..... solo las apariencias te engañan, y mis palabras no pueden convencerte..... pasaron aquellos felices momentos. ¡Ah! solo una gracia te pido, de ella depende mi existencia, porque sin tu perdon no podria vivir.....

—¡Emma! ¡Emma! yo te amo.....

—Ya lo sabia yo, continuó la doncella, en cuyos labios se asomó una triste sonrisa, me amas, y eso que me crees culpable. Si apareciese á tus ojos cual soy, entonces.....

—Entonces te adoraria y no habria poder humano capaz.....

—Cesa por el cielo, tu cariño merece por mi parte una justificacion. Emma no hubiera sido mas que de Dunmore; pero como el jenio del mal se interpuso el deseo de Patrick; mi negativa fue firme, ¡ay de mí! ¿qué podia mi flaqueza al escuchar las amenazas de los hombres, las censuras de la iglesia, la maldicion de un padre? Me representaba como oríjen de tus desgracias; me figuraba ver derramada toda tu sangre, lo que es mas, condenado á los tormentos eternos..... ¡Ah! esto era demasiado, quise apartar todos los peligros..... y cedí. ¿Las fiestas y banquetes? nadie me ha visto en ellos. Emma tenia mucho que llorar, y ha llorado: ha perdido la felicidad; solo la queda un consuelo y este es el que da la virtud..... será esposa de un noble orgulloso; pero su corazon y sus pensamientos serán.....

—Mujer superior, ya que me amas, resuélvete á un sacrificio, grande por cierto; sígueme; abandonemos estos lugares; poco andaremos para que podamos descansar en completa tranquilidad, y cediendo á los impulsos del corazon seremos los esposos mas felices. ¿No se quiere sacrificarte, violentando una pasion pura y noble? pues justo es que evites la desgracia arrojándote en los brazos del hombre que te ama con la pasion mas ardorosa.

Emma tomó la mano de su amante y con acento severo dijo:

—Mi corazon se complace en su amor, porque se halla sostenido por la mas pura virtud; faltando esta, en vez de ser una felicidad seria una desgracia eterna. Seamos desgraciados, pero virtuosos, y esto nos cal-

mará las aflicciones. En otro caso, las terribles maldiciones caerian sobre nosotros y la vergüenza nos confundiria.

—¿Y he de sufrir resignado el verte en los brazos de un hombre aborrecible?

—Considera si en ello será mayor mi tormento: en medio de tal desgracia mi corazon y pensamientos serán tuyos; consuélate.

—La muerte de ese tirano.....

—Aquel dia se levantaria entre los dos una muralla insuperable. El que habia derramado la sangre del esposo destinado por mi padre no podria pertenecerme jamás.

—Pues mi muerte pondrá término.....

—No insultes al Dios justo y misericordioso; une tus ruegos á los mios para que tengan pronto fin nuestros males.....

Despues de una pausa con espresivo acento continuó:

—En el cielo está escrito nuestro destino, y la noche de nuestra separacion creí leerlo; despues de grandes pesares veia en el fondo una ráfaga de felicidad que seguia estendiéndose hasta perderse en la inmensidad. Aguardemos resignados á que se cumpla el destino.

—Emma, por piedad, dime que resistirás.

—Emma ha resistido. Mañana será esposa de Patrick; es la voluntad de Dios y debemos someternos á tan terrible prueba.

—Yo la evitaré: cuando vaya á celebrarse la ceremonia me presentaré seguido de mis valientes parcia-

les y se desvanecerá ese proyecto ó la sangre correrá á torrentes.

—La primera que se derrame será la mia.

—Y qué hacer! qué hacer!.....

—Qué hacer, gritó la jóven inspirada, obedecer al cielo..... Dunmore, escucha mis últimas palabras. En tu resolucion existe el porvenir. ¿Me amas?

—Con todo mi corazon, mi vida es poco sacrificio si lo quieres.

—Pues elije entre perderme para siempre ó disfrutar largos dias de felicidad; para conseguirlo necesaria es una gran resolucion: ¿tienes valor?

—Para todo.

—Jura amarme siempre y obedecerme siempre.

—Que el santo cielo me confunda si no cumplo este juramento.

—Separémonos. Una vida pura y tranquila te hará digno de la recompensa: mi conducta mostrará que siempre mereceré tu amor. Nuestros pensamientos salvarán las distancias..... te ofrezco del modo mas solemne que llegará el dia de la felicidad.

—Tanto sacrificio es superior.....

—Es la voluntad de Dios y debemos respetarla.

—Emma!

—Lo harás por mi amor.....

—Por tu amor..... todo.

—Dios mio! no se engañó mi corazon cuando te elijió: tanta virtud agradable debe ser á vuestros ojos, y acortaria el término de las penalidades; entre tanto yo te doy gracias porque has fortalecido su alma;—y volviéndose al jóven continuó:—Dunmore, yo te

amo porque eres merecedor de mi cariño; pero debemos separarnos.....

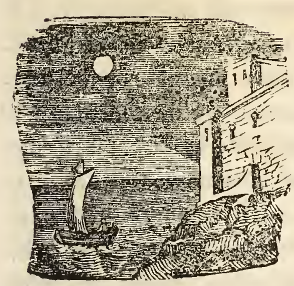
—Emma!

—Nuestros juramentos son solemnes, sellados quedan, dijo estampando un ardiente beso en la frente de Dunmore, y añadió entre dientes—perdon, Dios mio, pues aun soy libre.

Dunmore tendió sus brazos, solo le cercaban las tinieblas y la soledad; Emma habia desaparecido.







os dias se sucedieron: las fiestas cesaron: el sordo rumor que habia por tanto tiempo alterado la tranquilidad del castillo iba desapareciendo: mas de cien dias habian trascurrido desde que se verificó la ceremonia. Comenzaron las desgracias para Emma. Patrick anunció un dia la muerte del anciano Denwill, cuyo fin habia sido desastroso: «la casualidad ó la mal-

dad habian hecho que le alcanzase un dardo hallándose en una de las posesiones de su castillo» : estas palabras fueron dichas con la mayor indiferencia por Patrick; ninguna sensacion le causó el abundante llanto de su esposa que lamentaba la sensible pérdida del autor de sus dias, que si bien la habia sacrificado, no por eso le amaba menos.

Con la muerte de Denwill se realizaron los proyectos de Patrick, rompiéndose el único freno que pudiera contenerle que era la herencia, pues en su poder habian entrado todos los estados de Emma. Incapaz de amar á una mujer y mucho menos á su esposa á quien no podia apreciar por no conocer sus virtudes, desechó toda ficcion y se mostró tal como era, duro, insultante, despótico: se apartó de tal manera de ella que se pasaban muchos dias sin verla, ocupándose esclusivamente en la caza y en la guerra, sin cuidarse de inquirir ni aun si existia aquella infeliz que tenia sepultada en su castillo.

Emma, si bien muy desgraciada, era muy virtuosa y pasaba los dias entregada al llanto y á la oracion: lloraba sus pesares, y rogaba por Dunmore, pues este nombre querido resonaba por do quiera en sus oidos y era su compañero de felicidad. El paradero de Gualtero era un misterio: Emma lo ignoraba; pero confiaba en sus juramentos y continuamente decia: «Gracias al cielo, Dunmore no ha venido á este sepulcro á turbar mi tranquilidad.» En el fondo, sin advertirlo su corazon, estaba resentida de que el jóven no hubiese dado el arriesgado paso de verla.—Aquel corazon amaba.....

Una mañana se oyeron al pie del castillo los sonidos de un laud y los dulces acentos de un trobador, que en Ultonia eran casi desconocidos, pues en aquel pais agreste y salvaje no debian resonar las alegres y tiernas cantilenas: los habitantes bárbaros y duros, que habian dudado de las verdades de la relijion y de los milagros del cielo, aunque demostrados por su santo patron, mal podian creer en el heróico esfuerzo de los paladines y en el amor de las princesas.

Emma recostada en el lecho y pensando en Gualtero habia escuchado los preludios del laud y aquellos sonidos la hirieron vivamente: se acercó á la ventana; pero las grandes barras que la cruzaban impedian ver lo que pasaba al pie del muro. Sonó una voz dulce y armoniosa. ¿Qué habia en aquella voz que la encantaba? Emma no pensaba: todo su sér se cifraba en escuchar al cantor de los amores.

Los dias se pasan, trascurren los años,
Ayer la ventura, mañana el dolor,
Los rios se secan, las peñas se mueven,
Tan solo es constante mi duelo y mi amor.

Hoy pulso la lira cansado y quejoso,
Tambien otros dias feliz la pulsé,
Los bellos amores en torno vagaban,
Hoy son los dolores, la dicha fue ayer.

Ayer blando viento mecia las flores,
Ayer murmuraba la brisa fugaz,
Mas hoy rebramando desgaja los árboles
La furia potente del libre huracan.

Ayer majestuoso tendió en el Oriente
Su lumbre brillante, magnífico el sol
Hoy llega cubriendo la noche horrorosa
Con manto sombrío su vivo fulgor.

Hoy canto mis penas al pie de la torre,
Mis quejas que al aire perdidas irán,
Ayer los acentos de mi arpa sonora
Solia mi vírjen tranquila escuchar.

¡Oh! vuelvan los dias hermosos, serenos,
¡Oh! vuelvan las horas de calma feliz,
Aquellos instantes, señora del alma,
De encantos sin cuento, de dicha sin fin.

Mas ¡ay! loco empeño, tirano te guarda
Con fiera crudeza, tu vil opresor
Caricias te pide, caricias que un dia
Gozaba tan solo mi firme pasion.

Los dias se pasan, trascurren los años,
Ayer la ventura, mañana el dolor,
Los rios se secan, las peñas se mueven,
Tan solo es constante mi duelo y mi amor.

¡Tenia tanta relacion la troba con su desgracia!.... El canto habia cesado. Emma suspiró. De repente recobró todo su orgullo y exclamó:

—Este canto puede hacer mas llevadera mi suerte... no quiero privarme de él.

Tomó un pequeño pito de plata, que pendia de su cintura, lo llevó á los labios y á su sonido se presentó una camarera.

—Que introduzcan en el castillo á ese cantor y le lleven al jardin, allí quiero escucharle.

Emma se dirijió á un ángulo del castillo que dominaba la entrada del jardin y vió penetrar en él al trobador: una larga capa cubria su figura; un gracioso casquete ocultaba una porcion de su hermosa cabellera; Emma, al distinguirlo, lanzó un ay de lo mas profundo de su pecho. Habia conocido al trobador... éste se habia parado, y apartó de su frente los cabellos: «¡Emma!» murmuró.

—En esa frente sellé el juramento hecho por el corazon de amarle siempre....

La esposa de Patrick volvió á suspirar, no por el hombre con quien habia compartido su lecho, no; sino por el amante que hubiera podido trocar aquel castillo que tanto aborrecia en un paraiso de delicias y amor..... ¿Quién se atreveria á culpar á Emma? No

hacia mas que ceder al influjo de la suerte. De repente exclamó:

—Resolucion: los juramentos son sagrados y deben cumplirse. Juré amar á Gualtero Dunmore y le amaré toda mi vida. Tambien juré fidelidad á Patrick; bien puedo cumplir con el primero sin faltar al segundo: el cielo me fortalecerá.—Y con seguro paso se dirijió al jardin.

Dunmore vió llegar á la jóven esposa y palideció. Aquel rostro habia perdido una gran parte de sus encantos; la alegría y la animacion habian desaparecido, quedando pintada solo una triste resignacion que demostraba sus padecimientos. Emma hizo una señal á sus criados de que se retirasen, y quedó sola con el trobador. Este iba á hablar, y un millon de ideas se agolpaban en su cabeza, queria espresarlas, pero le era imposible, y solo pudo balbucear.

—Emma!

—Gualtero.....

—Qué pesares agobian tu hermosa frente? ¿no eres feliz?

—Ingrato! la mujer que ama tu corazon es muy desgraciada..... es fiel á su juramento y te ama siempre, á tí, que eres el señor de todos sus pensamientos.

—Te lo agradezco, vida mia; es tan agradable tu voz; si hubiera tardado mas en oirla hubiera muerto.

—Con mas jenerosidad te juzgaba; no he llegado á dudar de tu fidelidad: ¿no debia esperar yo igual juicio?

—Emma, amor mio, mi pasion se aumenta segun pasan los dias; de un sentimiento dulce y apacible que

era cuando comenzó, se trocó despues en un frenesí que me alteraba, robándome la tranquilidad, siendo ahora tan enérjico é impetuoso que me domina y me arrastra.

—Bien mio! en tu lenguaje reconozco al que mereció mi amor.

—La existencia me era aborrecible, y mas aun mis semejantes, ¿no tenia motivo? Me arrebataron el bien, el tesoro de felicidad.....

—Pero no mi corazon.

—De Emma nunca he dudado yo.

—Dunmore; ¿no merezco ya tu confianza? Hubo un tiempo feliz en que yo sabia todo lo que hacia mi amante en las horas que de mi lado estaba separado. Ahora que han pasado tantos y tan terribles dias ¿mereceré igual revelacion?

—Poca importancia tiene mi vida. Cuando se verificó la solemne ceremonia que decidió de mi suerte, alli estaba yo contemplándote con ojos ávidos, deseando verte padecer para convencerme de tu fidelidad, al propio tiempo que queria hallarte tranquila para considerarte indigna de un amor tan puro y aborrecerte..... pero te contemplé lívida como la sombra de la muerte; ví la espresion del espanto que asomaba á tu semblante y que estabas próxima á desfallecer.... mi corazon se dilató y fuí feliz en medio de mi desgracia. Tus miradas errantes, por nadie comprendidas, eran buscadas ansiosamente por mí..... ¡Emma! solo yo podia leer en ellas tu corazon. Seguí en pos de la comitiva y presencié las fiestas; solo advertí que no veias á nadie, y mi complacencia llegó al extre-

mo..... te seguí cuando te retirabas y gocé advirtiendo tu espanto y terror, que llegó á su colmo á la vista de este castillo..... te ví entrar..... ¡Emma, considera si padeceria! y cerrarse las puertas, ¡ay de mí! necesité de todo mi valor; ratifiqué en el fondo de mi corazon y del modo mas solemne el juramento de amarte y obedecerte siempre y me alejé con tardo paso de un sitio en que quedaba depositado mi amor y mi felicidad.

—Gualtero mio, créeme, mi cuerpo era arrastrado, por una fuerza superior á las mias, al lecho de un hombre; pero mis pensamientos, mi corazon se hallaban puros..... Era una víctima, la cual terminó el sacrificio.

—A no pensar asi te hubiera despreciado. Anduve errante de sitio en sitio y ninguno era á propósito para calmar mi ajitacion; cada uno presentaba un recuerdo diverso de lo que habia perdido. Juré no volver á mi castillo; me decidí por los parajes mas desiertos é incultos y en ellos permanecí largos dias. Un confidente mio, el unico hombre en quien tenia confianza, estaba encargado de avisarme cualquiera suceso de importancia y comencé mi vida, aquella nueva vida de abyeccion y de abandono.

—Pobre Dunmore!

—Una triste casualidad hizo que corriendo como de continuo por los bosques hallase á tu padre tendido desangrándose de una herida de dardo que le habian arrojado. Al ver á mis pies á aquel anciano que me habia privado de la dicha estuve á punto de abandonarle; pero tu recuerdo, Emma, hizo tornar los

pensamientos jenerosos y no ví en aquel cuerpo inanimado á mi enemigo, sino á tu padre: restañé la sangre con mis ropas; puse sobre mis espaldas tan triste carga y con grandes dificultades pude conducirle á una choza. Hice avisar á sus criados y amigos, y entretanto me dediqué á prodigarle socorros. El cielo premió la buena obra. El anciano volvió en sí: me vió á su lado y suspiró; de alli á un momento con débil voz exclamó:

—Dunmore! te creia muerto! Hijo mio, en este momento fatal, cuando se pisan los umbrales del sepulcro, todo tiene el sello de la eternidad. Escucha: siempre te he querido; pero era por merecerlo tú; pues un odio inestinguible me obligaba á aborrecer tu apellido. El moribundo Denwill, porque yo muero, hijo mio, te tiende una mano de amistad, no á tí, que siempre la has tenido, sino á tu familia. ¿La aceptas? Mis lágrimas regaban su mano; luego continuó: Yo tengo una hija; ¡infeliz! á tí debí unirla, que bien la amabas; el cielo permitió lo contrario; hágase su voluntad, y esta hija es muy desgraciada, tal vez lo será mas en faltando mi débil apoyo. Las palabras que se pronuncian en el lecho de la muerte deben ser sagradas. Dunmore, ¿quieres ser su protector? sé que lo serás..... ¡Hijo mio! si algun dia Emma estuviese libre y sola sé su esposo que te hará feliz. Mi bendicion que ahora os doy, en nombre del cielo, os acompañará..... Dunmore, el que no cumpla lo que prometió á un moribundo, sea maldito... vela... vela por mi hija.

—Padre mio..... me hicisteis desgraciada; pero ya

soy feliz; vuestra bendicion santa cayó sobre mi cabeza y la del hombre á quien amo. Desde las moradas celestes complaceos, Señor, en la inefable felicidad de que vuestras postreras palabras me han colmado.

—Los criados y amigos de tu padre se acercaban y me retiré, no considerando prudente el hacerles ver que yo existia. El anciano debió conocerlo... me miró; aquella mirada equivalia á cuanto podia decirme, y no volvió á nombrarme. Algunas horas despues habia espirado: veinte veces en las altas de la noche escalé la muralla y fuí sobre su sepulcro á derramar lágrimas y orar por el descanso de su alma. Era mucho el bien que me habia hecho para que no se lo pagase.

—¡Cómo lo agradezco, amor mio...!

—Desde tan fatal suceso rodeé sin descanso este castillo, no pudiendo hallar medio seguro de introducirme. ¡Cuántas veces ví tu figura deslizarse al través de las ventanas! Entonces llegaba al colmo mi furor; ¡con qué tristeza me retiraba á la montaña sin haber logrado el objeto de mis deseos! un pensamiento feliz me iluminó; tú eres muy aficionada al canto; ayer ya estaba equipado de trobador; mi voz debias conocerla, y en el arrebato de la pasion me decia: oirá mi canto, mandará me introduzcan en el castillo y seré dichoso, ¡oh, muy dichoso...! Emma, me inspiraba el amor y se compadeció de un desgraciado que no busca otro consuelo que el de verte. Cien veces estuve á punto de quitarme el disfraz, de presentarme á Patrick y decirle: «tú me has robado una perla,

vengo á rescatarla: empuña tus armas y Dios protejerá la virtud...» pero tu imájen me contenia. ¡Ah! dichoso yo que puedo en este momento estar á tu lado, escuchar de tus labios dulces palabras de consuelo, estrecharte entre mis brazos y llamarte mia.....

—Dunmore, Emma escucha con entusiasmo tus palabras que resuenan en su corazon como las de los ánjeles; pero la esposa de Patrick no puede consentir la menor ofensa á este, y sus brazos no se ligarán á otro ínterin el cielo permita exista aquella union.

—Pues bien, yo desharé esa alianza; yo cortaré esa ligadura que te oprime y te ahoga; las palabras de tu moribundo padre me autorizan y el amor me guia: buscaré á Patrick hoy mismo, en esta hora: «tirano, le diré, yo soy el protector que el cielo ha destinado á Emma; dame cuenta, mal caballero, de tu conducta, de los malos tratamientos que con ella has usado, de la felicidad que me has robado; solo viendo correr toda tu impura sangre; solo recreándome en tus angustias y agonías de la muerte puedes satisfacer la deuda que tienes contraida para con Gualtero Dunmore....» y tu imájen, Emma mia, me dará un valor sobrenatural y una fuerza irresistible, y la sangre se derramará y serás libre.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! libradme de un crímen tan horroroso.....

—Crímen! ¿Dónde existe? ¿no me amas? ¿nuestros corazones no los crió el Señor el uno para hacer la dicha del otro? ¿no me juraste el primero eterna fé y constante amor? Nuestra pasion es santa; todos los obstáculos que entre los dos se han elevado son obra

de la perversidad de los hombres, de esas almas de hielo incapaces de sentir una pasion tan noble, tan hermosa. El cielo aprueba nuestra union y tu padre la bendice, los hombres la reprueban..... ¡Ah¡ teniendo el cielo, desprecia á los hombres; no existe ese crímen en amor tan puro!

—No te dejes guiar de tu imajinacion acalorada. Respetemos nuestros juramentos; le hiciste de amarme y obedecerme. Escúchame y obedéceme. Permanecerás en clase de trobador en este castillo sin atentar contra su señor, y todos los dias oirás mis palabras de amor. Seré para tí siempre Emma Denwill; pero cuenta que no escucharé una palabra que ofenda á la esposa de Patrick.

Estas palabras pronunciadas con grave tono confundieron á Dunmore; la jóven se separó de él, llamó á sus criados y dijo:

—Conducid al trobador á una buena habitacion y prestadle el servicio mas esmerado. He escuchado sus desgracias y me han interesado vivamente. Llegado que sea vuestro señor le dareis cuenta de esta mi órden.—Hizo un lijero y gracioso saludo al atónito trobador y se dirijió á su estancia; luego que llegó se arrojó en el lecho y comenzó á derramar abundantes lágrimas: acababa de hacer un esfuerzo superior á sí misma y estaba agobiada; pero creia haber obrado bien y la consolaba. Desgraciado el que no puede elevar los ojos al cielo y decir «soy inocente.»



DECIDME, preguntó Patrick al regreso de una larga espedicion, ¿ha parado algun noble caballero en el castillo?

—Ninguno, mi señor, solo un trobador que tañe y canta con mucho arte, y que la noble señora mandó quedar despues de oir sus desventuras. Si vos no disponiais lo contrario.

—Asi pudiera arrojarla de mi lado con tanta facilidad como al cantor ¿Qué tal hombre es?

—De gallarda figura. En muchos castillos han querido retenerle, mas se ha negado porque no eran bastante poderosos, y solo en el del Rey y.....

—Está contento en el mio?

—Demuestra mucha satisfaccion: muchas veces ha repetido no desea mas premio por servir á tan poderoso señor que hacer olvidar los pesares con las delicias de su canto.

—Me place. Díle que será perfectamente tratado y que yo le señalaré premio segun sea su mérito, que ya le escucharé cuando esté fastidiado.—El soberano tiene dos trobadores, no hay noble que posea siquiera uno, esto demostrará mi poder.

Dos dias habian trascurrido desde la llegada del trobador al castillo, los cuales se habian deslizado cual un solo momento para los jóvenes. Dunmore sufria mil humillaciones de Patrick; pero cuando estaba á punto de contestar, una mirada, un leve suspiro de su amada le contenia, desapareciendo como por encanto la vergüenza y los pesares que sufria tornando á su corazon la alegría, puesto que creia que ellos le hacian mas digno de aquella Emma que nunca se habia mostrado mas pura y mas amorosa, de la mujer cuyas palabras le hechizaban.

Muy triste era en verdad tener que consentir que hasta los criados se juzgasen autorizados para hacerle cantar, aquellas dulces trobas que eran incapaces de comprender; mas qué importaba, veia á Emma, la escuchaba..... cuando algun pesar anublaba la frente de la hermosa, el trobador tomaba su laud y á su lado ó al pie de sus ventanas entonaba alguna canti-

lena llena de fuego y espresion, que revelaban los sentimientos de un corazon verdaderamente amante, y tales acentos solo la persona á quien se dirijen los pueden comprender; ellos son el lenguaje de las sensaciones inesplicables..... Emma olvidaba hasta su misma existencia escuchando á su amante, y era feliz. ¿Esta felicidad tan pura y santa debia ser duradera? ¡ay de mí! está escrito que no haya felicidad en la tierra..... El trobador de continuo hacia resonar sus dulces acentos por entre los antiguos y tristes muros del castillo: las horas trascurrian y no habia vuelto á ver á Emma, deseaba hablarla; ¡tenia tanto que espresar aquel corazon apasionado! Toda su ventura la cifraba en poder estar al lado de la jóven esposa, y esta esperanza alimentada con la ocasion de verla, tardó poco en verse realizada.

Un dia Emma salió de la fortaleza y se dirijió á un inmediato bosquecillo donde ya comenzaban á estenderse las negras sombras de la noche que se desprendian de las montañas; Dunmore la seguia, y su corazon palpitaba con violencia, queria hablar, mas no se atrevia á distraer á la bella de la meditacion que al parecer la ocupaba: la vió sentarse al pie de una añosa encina, levantar la frente al cielo que estaba hermosísima, y entonces, rielando en su rostro los plateados rayos de la luna, contempló á la hermosa que en sus primeros años le inspiró tan ardiente pasion, exaltándose su imajinacion sobremanera al contemplar aquel rostro anjelical en que tan al vivo se demostraba la pureza y dignidad que caracterizaban á la joya de Denwill.

Para anunciarla su presencia preludió una cancion: Emma sintió un estremecimiento involuntario



y un fuego desconocido circuló por sus venas, presentándose rápidamente en su mente los hermosos dias de amor, abandonando el relijioso libro en que habia fijado la vista que aquel recuerdo turbaba. Dunmore cantó con toda la espresion de la inspiracion, y sus acentos eran la poesía del cielo, que hacia olvidar todas las penas á la esposa del poderoso; mas no tardó en resonar en su oido una voz lúgubre y misteriosa, de aquellas cuyo sonido nos mata:

«no eres libre» decia, y todo el encanto desapareció. Entonces los acentos del trobador ya no causaban el mismo efecto, y solo resonaban en su corazon con aquella languidez que nos domina cuando escuchamos al objeto de nuestro amor; pero cuyo placer se acibara si la idea de la muerte se ha fijado en nuestras cabezas. Asi tambien sucedia al cantor; de los mas alegres y bulliciosos sones, instantáneamente y sin advertirlo pasaba á los sentidos y melancólicos, pues eran impulsos del corazon que nunca engaña; aquellos acentos dolientes y misteriosos eran cánticos de muerte que debian escucharse como profecías que debian cumplirse; los acentos de un corazon inspirado muchas veces son sagrados.

Emma derramaba lágrimas..... miraba al objeto de su amor, y temia perderle: los ojos de una mujer amante y desgraciada todo lo ven bajo el prisma del terror. Asi era en verdad; el destino con mano de hierro habia escrito *la muerte*, y debia cumplirse. Esto presentia el corazon de Emma.

Gualtero se acercó á su amada, y tomando una de sus manos la llevó á los labios.

—Que vuelva á oir de tu boca las dulces palabras de amor; renueva el juramento de amarme siempre...

—Tengo un triste presentimiento y no veo sino desgracias... pero si en ello encuentras felicidad, sabe que te amo con igual pasion que cuando era libre... ¡Ah! desgraciada! ¡qué he pronunciado! Olvídame, porque yo hago la desgracia de los que me rodean.

Llevó las manos á la frente que oprimió con fuerza, apartó los hermosos cabellos que caian sobre su

rostro, hizo una señal al jóven de que no la siguiese y con presteza regresó al castillo dejando á Dunmore asombrado del cambio tan repentino que habia observado en aquella mujer que tan tierna y amorosa se mostraba.

Emma llegó á su aposento; un horrible pesar la aquejaba. La secreta voz de la conciencia, ese juez constante de las acciones la acusaba de haber olvidado sus deberes renovando un juramento de amor: era esposa de Patrick y ni aun el afecto tan puro, tan respetuoso de Gualtero la era permitido. La infeliz conocia bien toda la fuerza de este triste deber y suspiró ¿qué debia hacer? Pocos instantes duró la lucha: la virtud habia dominado siempre en su corazon, y no vaciló en seguir la senda que le mostrára en esta ocasion. Se postró ante una imájen del Redentor, elevó sus manos al cielo y exclamó:

—Perdon, Dios mio! Vuestra divina misericordia envia el consuelo á los desgraciados, no abandoneis, Señor, á esta infeliz mujer..... Encontraba tanto encanto en oir el acento del hombre á quien mi cariño ha hecho desgraciado que, cediendo á una secreta fuerza, fuí culpable en permitirle entrar en este castillo..... Dadme fuerza, Señor, para renunciar á la felicidad! para apartarle de mi lado, para que ni una palabra revele lo que pasa en este corazon destrozado por una culpable lucha..... Padre mio, interceded por mí.... conociais la pasion que alimentaba en mi alma, y abrumada con vuestras maldiciones hicisteis que jurase eterna fé al hombre que aborrecia, pues aun asi he cumplido mi juramento; mas soy

una flaca criatura; rogad, rogad al cielo para que me dé el espíritu necesario para apartar de mi lado al hombre que me hace olvidar hasta de mi salvacion.

Emma ocultó su rostro entre ambas manos rogando al Sér supremo la fortaleciese, y aquella ferviente súplica se elevaba en toda su pureza al trono del Altísimo, el cual en premio de tan sincera virtud la apartaba del camino del mal.

Concluyó la oracion; la frente de la bella se mostraba con una resignacion tranquila y melancólica, apretó con fuerza su corazon que parecia querer salirse del pecho y despues mandó llamar al trobador. No se hizo esperar éste é iba á hablar; pero una señal se lo impidió: Emma con acento lúgubre y profundo comenzó:

—Debemos separarnos: el castigo seria inmenso si continuásemos en esta situacion...... un precipicio se halla abierto á nuestros pies, evitemos caer en él. La esposa de Patrick ha sido culpable.....

—Por Cristo santo, interrumpió Dunmore, esto es insufrible; ¡tú culpable! la víctima sacrificada á los mas bárbaros proyectos, la mujer maltratada y humillada, y que no obstante se resigna sin murmurar; que no maldice la mano que la atormenta, y que no se aparta en lo mas mínimo del camino de la virtud mas severa, decirse culpada!

—La esposa de Patrick no ha debido escuchar las palabras del amante de Emma.

—Ni aun ese pequeño consuelo quieres conceder á tu corazon..... ser inocente, en todo hallas un pecado. Confia en Dunmore: te ama y te respeta dema-

siado para inclinarte á romper esos lazos contraidos bajo los auspicios del infierno para mi condenacion; pero por piedad no me prives del único consuelo que existe para mí en la tierra que es el verte.....

—La desgracia nos ha perseguido, hagámonos dignos de la proteccion del cielo. Abandona sin demora este castillo.

—Tu moribundo padre me encargó la guarda de tu persona, y no faltaré á mi promesa.

—Pues desde este instante me creo libre de lo que á tí he ofrecido: obrarás segun tu conviccion y Emma segun su deber.

—Por piedad!

—¿Quién tiene mas necesidad de consuelo que yo?

—Pocas horas hace que estoy á tu lado..... y tener que abandonar esta felicidad!

—Emma te lo suplica: en ello estriba su tranquilidad.

—Por tu tranquilidad me resuelvo á todo.

—El cielo premiará nuestro sacrificio.

—¿No podré saber el término de mi penar?

—La vida de los mortales está determinada. Si Emma torna á ser libre.....

—No concluyas.....

—De no serlo hasta la eternidad!

—Emma, aunque los cielos y la tierra se opusiesen.....

—No me obligues á sentir el haberte amado algun dia.

—A Dios.....

—Dunmore... á Dios—tal vez para siempre.

El trobador, oprimido por el dolor, salió pausadamente del castillo; Emma le vió partir y ni una lágrima derramó, que mas profundo era su dolor..... le vió partir sin volver ni una vez su vista á la fortaleza y comprendió todo su padecer; cuando le hubo perdido de vista se arrojó de nuevo al suelo y comenzó á orar que la relijion es el consuelo en todas las aflicciones; algunas palabras que se oian demostraban que daba gracias al Altísimo porque la habia apartado de caer en el pecado.







Los hombres poderosos, esos séres tan comunmente objetos de la envidia jeneral, son acaso las criaturas mas desgraciadas; el menor contratiempo les trastorna, y entonces consideran como una cosa molesta las atenciones y cuidados de sus criados, de sus parientes; enorgullecidos con sus riquezas, creen que nada puede resistirse á su deseo, quel el cielo mismo necesariamente ha de prodigar sus dones y esta es la causa de su impiedad.

Llega el momento de la tribulacion, y como no tienen fé no hallan los consuelos de la relijion y su padecer es infinitamente mayor que el del mas vil de sus esclavos.

Tal era la situacion de Patrick; todo le era enfadoso, pues se hallaba dominado de los mas tristes pensamientos: vió á Emma que á su lado espiaba la menor ocasion de complacerle y esta eficacia le disgustó.

Una señal imperiosa hizo que la bella se retirase á su aposento, y habiéndose presentado simultáneamente en la mente de Patrick los mas terribles recuerdos, se dejó caer con abandono en su ancha silla inmediata á los robustos leños que ardian en una mal formada chimenea.

Un fuerte aire zumbaba con espanto en las ventanas; el agua comenzaba á desgajarse de las nubes y algunas gotas que se introducian por los mal unidos techos cayendo en la lumbre hacian un ruido desagradable y monotono. Un silencio sepulcral reinaba en el castillo á pesar de ser apenas anochecido y todos sus habitantes, recojidos en sus estancias, parecian dominados del espíritu triste de la tempestad.

¿Qué pesar oprimia á Patrick? ninguno de importancia. Era uno de los momentos que los hombres dedican á pensar los motivos que tienen para ser desgraciados, de esos momentos en que apoderada la melancolía del alma sienten una necesidad indefinible de considerarse como los séres mas infortunados. El señor feudal tenia á su lado un perro favorito y el animal alzaba de cuando en cuando la cabeza que su

amo oprimia distraido, alguna vez con tanta fuerza que hacia refunfuñar al soberbio mastin. Patrick se revolvia violentamente en el asiento, tirando con furor de su crespa barba, demostrando en todos sus movimientos la ajitacion de su alma.

—Cuantos malos agüeros! tres dias seguidos cuando he regresado al castillo he visto posarse en su alta torre un negro pájaro como nuncio de luto y de llanto! Veinte de mis mas valientes vasallos han espirado al pie de las murallas de Armagh, siendo rechazados doscientos guerreros cuando dos solos bastan para tomarla... la cancion de muerte que á mi llegada entonaba el trobador... Debia haberle ahorcado. ¡Oh! cuantos signos... terrible es el porvenir y no poder penetrarlo....! ¡qué idea! Ega la hechicera ¿no lee en el libro del destino? consultémosla.

Dice, se levanta apresurado y manda poner un caballo, sin que le detengan las observaciones de su fiel escudero. Desafia la tempestad; la noche no debe detenerle; rehusa la compañía de su servidor y á pesar de la oscuridad toma el camino de la cueva donde habita Ega. ¿Qué ha de detenerle...? va á leer su destino, necesita saber los males y desgracias que le prepara la suerte.

El agua que caia á torrentes ha calado todas sus vertiduras, un frio horroroso ha penetrado hasta la médula de sus huesos y tiembla pero no es de miedo; los robustos pinos y castaños detienen á cada paso su marcha y al fulgor de los continuos relámpagos que se desprenden de la negra bóveda contitinúa de nuevo su carrera. Atraviesa velozmente el

valle, salva la vecina selva y ve á lo largo de las márjenes del rio correr fuegos fátuos y misteriosos que exaltan nuevamente su imajinacion, pues cree ver en cada una de aquellas llamas fosfóricas un anuncio de su próximo y desgraciado fin. El temporal le tiene yerto en la silla; pero no obstante su imajinacion le guia á ver la hechicera. Por fin alcanza el término de su penoso viaje, llega al pie de la cueva y toca con el regaton de su lanza en la puerta que impide la entrada; de allí á un instante se oyó una voz chillona y cascajosa que decia:

—¿Quién es el ser maldito que viene á estas horas á turbar la tranquilidad que reina en la mansion del terror y de la muerte?

—Bruja maldita, soy yo, el poderoso Patrick; abre la puerta.

—El orgulloso Patrick? ya te aguadaba; y la puerta se abrió sin que nadie la impeliese: se apea el caballero, y una mano desconocida le guia, atraviesa dos tortuosos callejones que la densa oscuridad no le dejan reconocer, sube algunos escalones y se halla en un pequeño terraplen donde vuelve á escuchar la misma voz desagradable que decia:

—Si quieres penetrar en la mansion del misterio y del saber deposita tu ofrenda.

Una luz pálida como la del relámpago iluminó la estancia; Patrick puso sobre una piedra su ofrenda que consistia en un puñado de monedas y la mano continuó guiándole: la luz habia desaparecido; un frio horroroso circulaba por las venas del señor feudal; toda su sangre agolpada á la cabeza y sin circula-

cion, estaba á punto de trastornarle, parecia que la muerte se mecia sobre él. Bajó una pequeña escalera y la fuerte llamarada de una hoguera le deslumbró obligándole á detenerse.

—El mortal debe seguir su marcha hasta la muerte, sin que su planta vacile: ¿tiemblas? grító la misma voz chillona.

—No, contestó el caballero, y se introdujo en la caverna con ánimo resuelto.

El sitio era para infundir pavor y espanto; en el suelo se veian cruzar en varias direcciones multitud de sapos, serpientes y animales venenosos que hacia muchos años desaparecieron totalmente de la feliz Irlanda para situarse en la mansion maléfica de Ega; dos gatos de un negro brillante saltaban de trecho en trecho á los asientos abiertos en la tapia, siendo destinados sin duda para los Sabat de las brujas que era pública opinion se celebraban en este sitio; diferentes cuerpos humanos estaban suspendidos, algunos de ellos mutilados, habiendo comenzado á servir para las operaciones malditas de la hechicera. Porcion de vasijas y cacharros se hallaban en diversos sitios, conteniendo unos mistos que exalaban un hedor insoportable. En el centro una hoguera de un círculo de seis varas que tenia el doble objeto de reducir á polvo los huesos humanos que estaban puestos á su accion, y tambien de hacer hervir una gran caldera que pendiente del techo con una fuerte cadena, contenia un líquido del color del bermellon; dificilmente podian distinguirse estos objetos, pues la atmósfera era tan densa é infecta que impedia absolutamente, no

solo la vista, sino la respiracion: se hallaban estancados en esta caverna el humo que despedia la hoguera, las exalaciones de los mistos y la hediondez de los cadáveres.

En el fondo, y como la reina de lugar tan tenebroso, se hallaba la hechicera recostada en un peñasco, revolviendo porcion de herramientas é instrumentos que á su lado tenia en una gran mesa: su figura era tambien correspondiente. La cabeza se ocultaba en parte por un alto bonete, un ropon de lana gruesa pintado de todos los colores cubria escasamente su cuerpo, y de entre sus pliegues salian las manos enjutas con dedos de una lonjitud estraordinaria. El rostro era horriblemente feo y reducido á la diseccion, asomándose por su frente un mechon de cabellos de nieve que venian á concluir entre dos ojos pequeñísimos que se ocultaban en el fondo de las sumidas órbitas, pero de una viveza diabólica, pareciendo á veces que despedian llamas; una boca desgarrada y despoblada de dentadura, la barbilla saliente y terminando en punta, y el color de azufre de su rostro completaban la repugnante figura del misterioso personaje.

Patrick llegó á donde estaba la hechicera.

—Bruja, disponte á complacerme.

—Humilla tu frente, contestó la nigromántica, ante mi poder desaparecen todos los otros poderes; de no hacerlo, tiembla.

—Venia.....

—Sabia tenias que venir.

—¿Quién ha osado penetrar mi pensamiento? gritó irritado el poderoso.

—Yo que he leido tus temores y tus deseos en el fondo de esas aguas májicas.

—Patrick no ha temido jamás.

—¿Pues á qué viene?

—A..... consultarte, bruja embustera.

—Pues bien, acércate y mira.

El caballero fijó los ojos en la caldera y vió la posicion en que hacia pocos instantes se habia hallado en su castillo, sentado en un sillon de familia, alterado con los pensamientos que le dominaban... hasta el perro se mostraba á su lado. Vaciló, cambió la direccion de su vista y reflejó con otra vasija, en cuyo misto vió retratada su alteracion y espanto; su rostro era horrible y tembló.

—Conoce mi poder y prosternate. El caballero inclinó la cabeza, la bruja continuó:—¿Qué premio me reservas si te revelo tus temores y satisfago tus deseos de saber el porvenir?

—Cien bolsas como esta, dijo arrojando una llena de monedas, te ofrece mi jenerosidad.

—Bien: escucha y mira, no pierdas nada, la cosa mas pequeña que te revele puede tener una influencia mortal.

Patrick aplicó toda su atencion y la bruja con una voz que parecia salir del fondo de la tierra continuó pausadamente:

—Patrick! Patrick! la desgracia te ha perseguido en tus últimas empresas. La sangre de tus amigos ha sido derramada.... esta sangre continuará vertiéndose, y morirás cuando hayas visto espirar á todos tus valientes.

—Maldicion!

—Silencio! no te es dado hablar, ó cesará la revelacion. Justo castigo del casamiento que hiciste; la mujer que es tu esposa me hizo arrojar por sus criados que me maltrataron: juré venganza; pero mi venganza debia ser grande. La maldicion, dije, acompañará al que se llama esposo de la incrédula: mis palabras se han cumplido, mi venganza se satisface. ¡Silencio! ¿Deseas deshacerte de la persona que hace tu desgracia en la tierra? cumple la voluntad del destino: y de lo alto del techo se desprendió á los pies del caballero un agudo puñal cubierto de sangre.

—Un asesinato! esclamó horrorizado Patrick, es injusto, no lo quiero.

—Miserable mortal! tiembla no sufras el castigo de tus imprudentes palabras.

El destino es fijo é invariable; lo que señala su dedo poderoso ha de cumplirse. Tú asesinarás á tu esposa; tu misma mano deshará los lazos que á ella te unen.

—Ega maldita! jamás me propongas un crímen de vileza, porque no te escucharé.

—Mis palabras han sonado, el cadáver de Emma tiene que venir á la caverna de la hechicera para ser colgado de esa cadena.

—Ese crímen no se verificará. Odio á Emma, pero no la sacrificaré injustamente.

—Mi boca va á enmudecer ante el presuntuoso que llama crímen á..... ¡Patrick! Emma te es infiel.

—!Oh rabia!

—Lleguen al colmo las pruebas de mi ciencia: y alzándose la maga y arrojando el ropon y bonete que la cubrian, enseñó al caballero un lienzo y añadio:—mira al través de la llama.



Patrick miró, y su mirada fue la de la estupidez; vió á su esposa en un bosque besando la frente de un hombre.

—Maldicion! ¿Quién es ese hombre cuyo rostro no distingo? dilo, bruja ladrona, ó de no.....

—En tu castillo está el hombre á quien esa mujer seduce: el destino ha de cumplirse. Mortal, retírate...

Y la hoguera quedó apagada repentinamente; las mas espesas tinieblas sucedieron, y en vez del calor insoportable se sintió un frio penetrante y húmedo. El caballero gritó; pero su voz no fue escuchada; quiso oprimir el lienzo que tenia en la mano; pero todo habia desaparecido; se sintió suspender sobre los aires; el terror se apoderó de su corazon y cerró los ojos; habia perdido el conocimiento. El frio que le helaba le hizo tornar en sí, miró..... ¡cuál fue su sorpresa al hallarse en medio del bosque y al pie de su caballo! reunió sus ideas de las que solo tenia un confuso recuerdo, y se estremeció al ver en su mano el maldito puñal. Reconoció el terreno; una distancia inmensa le separaba del sitio en que juzgaba hallarse la caverna de Ega. ¿Qué debia pensar? pero aquella arma fatal.....

Lleno de los mas atroces pensamientos tomó la vuelta de su castillo. La tempestad habia cesado y densos vapores cubrian el firmamento, era poco mas de media noche. Llegó y ya le aguarban sus vasallos impacientes disponiéndose á salir en su busca





MAS que nunca reinaba el silencio en el palacio de Patrick; todos sus moradores se hallaban entregados al descanso, que les era muy necesario despues de una espedicion guerrera que habia durado diez dias: mas no habia sido inútil el trabajo, pues tomado por sorpresa el castillo de Rathgall el botin habia sido inmenso. Satisfecho Patrick de su fortuna se retiraba á sus estados en la persuasion de que el enemigo que acababa de destruir no

le molestaria jamás; pero no sucedió asi: un jóven reunió á los dispersos criados y soldados, les arengó enérjicamente haciéndoles ver la vergüenza que sobre ellos habia recaido y la desgracia de Rathgall que se hallaba herido gravemente, concluyendo con mostrarles la honra que alcanzarian y las riquezas que se repartirian si lograban destruir á tan orgulloso contrario. El unánime juramento de vengarse ó perecer en la empresa interrumpió las palabras del guerrero que, confiado en el entusiasmo que habia inspirado, y tambien en el descuido natural con que debia hallarse Patrick despues de la victoria, dispuso atacar al enemigo en su propia fortaleza.

Ni un vijía tan solo cuidaba de la seguridad del castillo, pues los escasos centinelas que habia, rendidos de las fatigas, abandonaron sus puestos con la confianza que daba la persuasion de no haber enemigo que se atreviera á molestar á los habitantes de tan respetable fortaleza. El defensor de la casa de Rathgall no desaprovechó tan importante descuido, animó de nuevo á sus soldados, los cuales comenzaron á escalar sijilosamente la muralla y pocos instantes despues toda se hallaba coronada de enemigos que deliberaban el punto por donde principiar el ataque; pero en aquel momento una persona á quien la desgracia ahuyentaba el sueño, habia visto su entrada, y con sus gritos esparcia la alarma en el castillo. A los acentos de Emma, Patrick y varios de sus principales soldados acudieron á medio vestir, no tardando en conocer la causa, pues resonaba una confusa gritería en que se mezclaban los gritos de ven-

ganza, de terror y de muerte para aumentar el espanto. Los soldados de Rathgall sembraban por do quiera el terreno con cadáveres de sus desapercibidos contrarios; mas no desconocian el valor del jefe, que era á quien temian. Patrick dictó apresuradamente algunas órdenes para que sus parciales se refujiasen á uno de los estremos del castillo, y á fin de que lo verificasen con mas facilidad atacó con la desesperacion propia de una situacion semejante á los contrarios, que pronto advirtieron la necesidad de inutilizar á tan animoso guerrero; para lograrlo se fueron reuniendo en gran número, sin tener en cuenta que era un solo hombre con el que tenian que pelear. Patrick resistió largo espacio, mas rotas sus armas, cubierto de heridas y estenuado de la fatiga, quedó desarmado y en poder de sus enemigos.

Los de Rathgall, temiendo que algunos fujitivos se destacasen con objeto de reunir los vasallos de Patrick, y que serian infinitamente superiores en número, dispusieron apoderarse con presteza de los efectos de mas valor, para tornar prontamente á su fortaleza y dos horas despues se dirijia en aquella direccion una estensa cabalgata conduciendo todos los prisioneros y alhajas. Patrick caminaba tristemente: Emma á su lado procuraba con dulces palabras distraer el penar del prisionero, y en galardon de tan apreciable intento recibia alguna fiera mirada de su esposo que no sabia agradecer su bondad: mas no por eso desmayaba la infeliz, creia que su mision era endulzar los pesares, aun de aquel mismo hombre que tanto la atormentaba, y seguia prodigándole los mas afectuo-

sos cuidados. Patrick no tardó en exhalar su rabia.

—Aparta de mi lado, dijo, mujer traidora, que no escucho tus palabras, pues te daré la muerte; ¡deseabas deshacerte de mí...! tú has impelido á venir á mis enemigos; tú les has franqueado la entrada en mi castillo... maldicion! Desgraciado el dia en que te elevé hasta mí..... ¡Con qué placer hubieras visto mi cadáver desangrado...! ¡Con qué ansia te hubieras apoderado de mis tesoros y de mis estados...! pero no será asi, que antes de realizarse tales intentos he de beber toda tu sangre.

Emma fijó en el cielo una mirada suplicante; de sus ojos se desprendió una gruesa lágrima, y calló la infeliz, conmoviendo su dolor á todos los que marchaban á su lado, excepto al feroz Patrick que demostraba el intento de inmolar á tan inocente víctima, por lo que para evitar los efectos de su ciego furor le apartaron de su lado.

Rato hacia que se hallaban descansando los soldados: Emma sentada en la falda de una montaña pensaba en sus desgracias, cuando una voz sonó que la llamaba; aquel acento penetró hasta lo mas profundo de su corazon.

—Dunmore!...

—Silencio, nadie existe que lleve ese nombre, dijo acercándose un hombre con traje de soldado.

—¿Eres Dunmore? ¡Dios mio, en que ocasion!

—En la precisa para salvarte, dijo descubriéndose.

—Abandóname.

—Para eso no he salido del retiro que habia elejido, ni arrostrado tantos riesgos.

—¿Qué intentas?

—Sacarte del poder de estos guerreros y huir contigo á lejanos climas donde libres de temores y de tiranos seamos los amantes mas dichosos.

—La esposa de Patrick no le abandonará mientras viva: si sufrió resignada sus malos tratos cuando era poderoso, con mas razon los aguantará con humildad en su desgracia.

Estas palabras pronunciadas con acento un tanto severo, trastornaron á Dunmore que no obstante continuó diciendo:

—Los vínculos que te unian á ese hombre van á ser disueltos: dentro de pocas horas recibirá el justo castigo de sus crímenes.

—Mis consuelos le acompañarán hasta el último instante.

—Emma! cede á los impulsos de tu corazon; abandónale para siempre.

—Jamás faltaré á mis juramentos.

—¡Juramentos! ¿No han sido quebrantados por el tirano cien y cien veces? El cielo nos proteje; sigamos la senda que nos traza. Me es muy fácil sacarte de entre esos soldados; huiremos muy lejos, á un pais donde todo sonria en derredor nuestro; pasaremos una vida de delicias y amor olvidados de todos los humanos; trascurrirán dichosos nuestros dias, y cuando llegue su término, al ver la mano que cierra nuestros ojos, la misma que nos ha dado la felicidad, se habrá completado nuestra dicha en la tierra y comenzará otra mas prolongada é inefable por toda una eternidad. Abandonemos, bien mio, este pais que

tan fatal nos ha sido; que ningun cruel recuerdo te haga vacilar: siguiendo á tu amante sigues al protector que tu padre te designó al lanzar el postrer suspiro.....

—Gualtero, en nombre de ese cielo á quien invocas recuerda tu juramento, recuerda la insuperable valla que nos separa. ¿Juzgas seriamos felices siendo criminales? ¡infeliz! En medio de los tormentos nadie puede privarnos de la dicha de amarnos y ser virtuosos.....

Emma se arrodilló á los pies del jóven y continuó:

—Esta infeliz mujer te suplica no la obligues á aborrecerte; no la prives de su único consuelo en la tierra que es tu amor.....

—¡Qué hacer! murmuró Gualtero.

—¿Qué hacer? seguir la voz de tu conciencia: me darás en ello la mayor prueba de amor y el cielo premiará tu sacrificio: ¿obedecerás á la mujer que te idolatra?

—¿Qué pretendes, Emma?

—Hacerte aun mas digno de mi cariño: ¿tienes facilidad para librarme de la esclavitud? usa de ella para librar á Patrick.

—Maldicion! antes permitiria.....

—¿Rehusas hacerme feliz justificando mi pasion?

—¡Emma! eres un ánjel, salvaré á Patrick; pero ofréceme que si lo hago, é igualmente á tí, me seguirás.

—Libertarás á mi esposo, y si te es posible me devolverás á su lado.

—Jamás lo verificaré.....

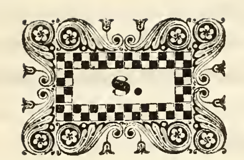
—Yo te lo suplico!

—Hermosa mia, pídeme la vida; pero no un sacrificio que me es imposible realizar.

—Sé que el esponer la vida seria pequeño esfuerzo para tí, y por lo tanto, es mas grande la prueba que exijo.... ¿confio en tu corazon...?

—Te obedeceré.





Se hallaba bien pronto Patrick nuevamente en su castillo sin temor alguno de agresiones enemigas. Un guerrero al darle libertad le habia anunciado que tan grande favor era debido á Emma: esta era una carga insoportable. ¡Quién sabe si hubiera sentido menos su desgracia si esta le hubiera proporcionado el deshacerse de aquella mujer que, habiendo satisfecho su ambicion, era para él un objeto de enfado y de disgusto! al menos asi lo demostró, tratando con mas dureza y despego á su virtuosa esposa, la cual ni se quejó ni mostró el mas pequeño resentimiento.

Emma estaba rezando cuando su esposo se pre-

sentó con el semblante sañudo, en el que se leian sus malos pensamientos; al verle, le saludó con agasajo, no obteniendo mas respuesta que una fiera mirada que heló la sangre de la infeliz. Patrick cojió con dureza una de sus manos, la condujo á un estremo de la estancia y dijo:

—Tú eres la causa de mis desgracias: la sangre de mis amigos ha sido derramada.... esta situacion debe terminar.....

—¿Qué pretendes?

Patrick no la escuchó, se hallaba absorto en sus ideas y murmuraba:

—Yo, el mas poderoso noble, sufrir el ser atado á la cola de los caballos..... ¡fatalidad....! ¡Ega! ¡Ega! tenia razon... destruiré el sér maléfico que me oprime. Y dirijió involuntariamente su mano al puñal. Emma esclamó:

—¡Dios mio! si es llegada la hora de mi postrer sacrificio, hágase tu voluntad... derrámese mi sangre...

—¿Qué dices de sangre? sér vil y miserable, gritó el caballero, á quien volvieron en sí estas palabras: tú lo has pronunciado, tus labios han mercado tu destino..... ¡aun mas sangre!.... ¿Conoces al hombre que te habla? ¿juzgas que le detenga ningun poder humano cuando resuelve el camino que ha de llevar? nada, nada es capaz de resistirme; escucha bien: yo asesiné á mi padre.....

—Recuerda, dijo la asustada Emma, que unos vínculos sagrados nos unen....

El rostro de Patrick se inflamó de furor, y con voz de trueno continuó:

—Yo no soy tu esposo: somos dos enemigos, preciso es que el uno se destruya al otro, sin esto no puede existir tranquilidad para ninguno. Te detesto, pues veo en tí al reptil venenoso que se ha deslizado hasta mis pies para emponzoñar mi vida.

Por la frente del poderoso corria un copioso sudor frio, hizo un esfuerzo, y añadió—Emma vas á morir!

La jóven dió un grito lastimero al ver brillar el acero en la mano de Patrick, el miedo se apoderó de su corazon y cayó desmayada. El caballero la contempló con diabólica sonrisa, dudando lo que haria, despues murmuró:

—Un crímen mas...! ¿Cómo evitarlo?...

De repente como si un pensamiento bueno le inspirase, se mostró la alegría en su rostro feroz, salió aceleradamente de la estancia, observó cuidadosamente si algun habitante del castillo podia verle y cerciorado de que no, tornó donde se hallaba Emma, y tomándola en sus brazos la condujo al través de las largas galerías, bajó al gran patio y con el temor de un niño se detuvo, y un temblor convulsivo le acometió; habia creido escuchar las pisadas de otra persona que venia detrás. Se detuvo, no se atrevia á respirar, pero ningun ruido se escuchó y continuó con precipitacion su descenso; llegó á una pequeña puerta que abrió, y depositando su carga en un subterráneo, exclamó:

—He aquí tu tumba: te creerán muerta, conseguiré mi objeto, y vivirás! Dijo, cerró la puerta y con el espanto en el corazon volvió á su habitacion de la que algunos momentos antes habia sa-

lido para consumar un asesinato. En la puerta vió á Dunmore y gritó:

—Qué haces en este sitio, cantor?

—Esperaba á mi noble señor rato hace.

El poderoso respiró.

—¿Dónde has estado los dias que has faltado de mi castillo?

—Cumpliendo un voto religioso.

—Retírate.

—Bien, mi Señor.

Patrick entró en su estancia. Dunmore continuó:

—Infame caballero! me retiro, sí, me retiro; pero es para disponerme á derramar toda tu sangre..... Eres cobarde y no mereces que una espada atraviese tu pecho—el puñal es lo que te corresponde. Creías, traidor, que las sombras de la noche ocultarian tu crímen, y que para todos seria desconocido.... infame! no tenias en cuenta que un hombre te seguia cual tu sombra, que no apartaba la vista de tu mano y que antes que descargáras el golpe, ya habria abierto en tu pecho profundas bocas.... A quel á quien has robado la felicidad en la tierra, el que ama con delirio á la mujer que ultrajas, el que respeta unos vínculos que Dios y los hombres han maldecido, es el que te observó sin descanso, el que se mofa de tí porque eres un miserable y te he visto temblar: pocas horas te restan, las precisas para asegurar á la mujer que debiste adorar....

—Dunmore se dirijió hácia el calabozo de su amada murmurando.

—El Cantor á quien desprecias, será tu verdugo:

tiembla, porque es un caballero que no ha faltado jamás á sus juramentos, y el mas sagrado para él es beber tu impura sangre.

Llegó á la puerta que le separaba de Emma. ¡Con qué violencia palpitaba su corazon! oyó suspirar: la infeliz tornaba en sí y al hallarse en tan horroroso sitio, queria reunir sus ideas cuando escuchó una voz dulce que decia ¡Emma! y conoció á Dunmore.

—Oh! ya no me creo tan desgraciada si te hallas en el castillo. Mis desgracias....

—Pronto terminarán, dijo el impetuoso jóven, elije el sitio á donde debo conducirte, pues dentro de pocos momentos te hallarás doblemente libre.

—No lo permita el Cielo!

—Que pronuncias! es un sacrilejio el permitir continúe atormentándote ese hombre cruel y degradado y Gualtero Dunmore no lo consentirá.

—Escúchame: mis palabras son irrevocables: Emma es esposa de Patrick y aborrecerá al que atente á su existencia.

—A los ojos de Dios el esposo de Emma es Dunmore.

—Jamás abandonaré esta morada si de ella no me saca Patrick.

—Emma! mi alma se destroza al verte padecer: al verte tratada peor que al mas vil esclavo. Olvida los temores: sobrado has resistido: decídete por fin y crèeme, no habrá un mortal que no vea en tí el sér mas virtuoso.

—Como agradezco tu amor! Mas aun no ha lle-

gado la hora de la felicidad: suframos con resignacion y el cielo nos premiará. Dunmore retírate.

—Esto mas! al separarme, al cumplir lo que ordena este ángel, Dios mio, admitid el juramento que hago de no abandonarle y velar continuamente por su seguridad.

Algunos dias transcurrieron: Emma en su calabozo recibia un escaso alimento; pero en medio de su padecim'ento era dichosa, pues largas horas pasaba al lado de su amante, separado solo por una puerta. Gualtero no se atrevia á retirarse del subterráneo, y esta asiduidad no tardó en ser advertida.

Todos los malos pensamientos dominaban á Patrick: era vengativo, y no apresuraria un instante la venganza, á trueque de poder lograrla bárbara y atroz. Aquel hombre que odiaba en el fondo de su alma á la esposa que habia hecho infeliz, se ponia frenético pensando que pudiese amar á otro hombre que no fuera el que la tiranizaba y hacia desgraciada ¿Y este es el corazon del hombre?.... El orgullo es el móvil de las acciones.

Patrick sospechaba, y habia puesto en práctica para cerciorarse cuantos medios le sujeria su maldad; con calma aguardó muchos dias, mil veces empuñaba con rabia el puñal, pero murmuraba « esperemos », y esperaba. Los sucesos hicieron por último fijar su mirada en el trobador y decretó su muerte. Miserables criaturas! en su necio orgullo quieren elevarse hasta el criador, se creen tan poderosas; ¿por qué? por la facilidad que hallan en satis-

facer con sangre sus pasiones; ¡desgraciados! ignoran que hay un Sér Supremo que penetra en los corazones, que vela por nosotros y que muchas veces, cuando los hombres privan á sus semejantes de una vida terrestre y miserable, el supremo Hacedor que premia la virtud, les da una existencia eterna y deliciosa.... Temblad vosotros, los que con la mas fria indiferencia, con la sonrisa en los labios tal vez, condenais á muerte á otro que no se diferencia de vosotros sino en estar menos protejido por la fortuna, ó en ser acaso mas virtuoso; hombres que orgullosos sacais á plaza vuestro infame poderío, temblad, que los tormentos que os reserva el ser justo y omnipotente que lee las conciencias y conoce el fondo de las acciones, han de ser terribles; ¡temblad!

Patrick, fijos sus ojos en el cantor, se apresuró á realizar su venganza. Ya no se satisfacia el tener sepultada á la mujer mas virtuosa: era preciso que muriese; su corazon se habia acostumbrado á esta idea y ninguna repugnancia le causó en calcular todos los medios que se le presentaban de llevar á cabo este nuevo crímen. Para realizarlo dispuso sacar á Emma del subterráneo; tenia las reconvenciones de su esposa; pero ni la menor queja escuchó de la víctima que continuó tratando á Patrick con la misma humilde afabilidad que anteriormente sin recordarle nada que pudiese disgustarle.

Patrick dispuso trasladarse al castillo de Denwill, acompañándole solo las víctimas que conducia al sacrificio. ¡Con qué inocencia, con qué sencillez caminaban los jóvenes! !qué contraste hacian sus se-

renas y alegres miradas con las torvas y sanguinarias del poderoso...! Y una risa de bárbaro placer asomaba de vez en cuando á sus labios; era la espresion de la alegría diabólica del espíritu malo que se complace en su obra. Se acercaban al castillo y su señor esclamó:

—Bardo, entona aquella troba que escuché hace dias del amante que se disponia á dejar la morada de pesares, como decís vosotros los locos.

Dunmore se mordió los labios, habia escuchado el insulto, pero Emma le miró y todo desapareció de ante sus ojos menos su amada. Se olvidó de que le escuchaba Patrick, y en su canto pintó el amor con toda la fuerza que su alma sentia, pintó los tormentos del corazon de un amante á que se oponen obstáculos invencibles; despues de una pausa continuó el cantor:

¡Ay tiempos felices qué pronto pasasteis!
¡Qué pronto os huísteis ensueños de amor
al alma dolida! ¡qué pena dejásteis
al pecho amoroso! !qué estraño dolor!

Pasaron, que todo trascurre y fenece,
huyeron cual humo que vaga sutil,
asi velozmente se agosta y florece
la cándida pompa del májico abril.

Oh tu, bella imájen, que escuchas serena
la cantiga triste del fiel trobador,
oh! dame un consuelo que calme mi pena,
oh! premia constante mi férvido amor.

Recuerdas, hermosa deidad peregrina,
que un tiempo tus gracias felice canté
brillaba luciente la antorcha divina
de amor, de constancia, de dicha y de fé.

Mas hoy conmovido mi pecho blasfema
y el llanto en mis ojos no puedo impedir;
no quiero la vida, la vida sin Emma;
sin ella no hay dicha, mas vale morir.

Y tú, vil tirano, no escuches sereno
la cantiga triste del fiel trobador,
que tiene incesante guardado en su seno
contínua venganza y eterno rencor.

«Emma» habian pronunciado sus lábios, sin advertir que habia revelado el secreto de su alma. Emma palideció. Patrick frunció las pobladas cejas y su mano oprimió la crespa barba.

—Por Cristo, que es bella la cancion... murmuró el caballero á tiempo que entraban en el castillo, y añadió con voz inteligible: ya se ha oido tu último canto.

Emma sintió en su corazon una opresion espantosa ¿qué tenia? sin duda un presentimiento de la desgracia le hacia oir el eco misterioso que repetia las palabras de muerte pronunciadas por el cantor en el castillo de Patrick, y las mismas repetidas por su poseedor al entrar en el de Demwill.

El poderoso señor mandó que nadie penetrase en su estancia en todo el dia, y aquella espresion de nadie, pronunciada con fuerza y mirando á Emma equivalia á decir: te prohibo que entres. La jóven bajó sus ojos á tal humillacion.

Se hallaba en su castillo, en el sitio en que habia pasado feliz los primeros años, en el que habia sentido los primeros latidos amorosos de su corazon, en donde habia jurado amar siempre.... ¡En qué situacion volvia!

Un instinto vago la guiaba, bajó al bosque, y sin advertirlo se dirijió á la pequeña colina donde ofreció á su amante eterna fé... La naturaleza la pareció muerta, y asi como en otras ocasiones habia juzgado aquel sitio en estremo alegre y delicioso, ahora la parecia triste y monotono; pero sintió un interior contento de permanecer en èl, recordaba las espresiones que escuchó en dias mas felices, y suspiró. Se sentó lánguidamente en la misma piedra que antes se sentára, se reclinó sobre el tronco de un robusto castaño y dió libre curso á sus pensamientos.—Tristes debian de ser, pues las lágrimas asomaron á sus ojos.

De repente sintió un estremecimiento involuntario, unos sonidos habian venido á sacarla de su letargo, dirijió errantes miradas en su torno y vió á alguna dis-

tancia al trobador que la contemplaba embelesado.

—Eres tú Gualtero! Y en su lívido rostro se mostró un leve carmin; un lijero movimiento de su mano indicó al galan que se sentase á su lado.

—Prenda mia ¿qué pesar aflije tu inocente corazon? dijo Dunmore, por qué ese abatimiento en tu rostro celestial? ¡temes! mira cuán tranquilo estoy yo... á tu lado no temo nada, ni aun la muerte; olvido los pesares y desgracias y me considero feliz: tengo á mi lado al ánjel de mi corazon, á la que constituye mi delicia, escucho su voz encantadora, y.... bien mio, todo lo olvido cuando pienso que tu me amas.

—Gualtero mio! estoy tan triste... tengo un presentimiento tan horroroso... Ah! quiero apartarlo de mi mente, quiero unirme á tí en la alegría; pero... escúchame: una vision se presentaba á mis ojos toda ensangrentada, descubrió su rostro, y eras tú, querido mio.... con el semblante airado me acusabas de ser yo la causa de tu muerte ¡ay Dios mio! En esto oigo tus acentos y te veo á mi lado. Preciso es que ofendamos al cielo con nuestro amor, con este amor tan puro que constituye la felicidad en la tierra. ¿Quieres que nos separemos? Sufriremos, pero tal vez de este modo apartemos los males que nos amenazan.

—Separarme de tí! jamás! jamás!! Emma, te amo con tal pasion, que si supiera me amenazaba la muerte permaneciendo á tu lado un solo instante, estaria aguardándola muy tranquilo; ¿qué seria la vida sin tí? un desierto espantoso.—La muerte, pero terrible y prolongada.—A tu lado quiero estar. Jamás he sentido mas entusiasmo por tí que ahora que los malos

presentimientos se agolpan, yo tambien los he tenido, mi vida, pero pensé en tu amor y desapareció de mi mente la desgracia.

—Te he hecho tanto daño.... yo infeliz mujer que te amo con entusiasmo hacerte padecer.... pero tu alma es hermosa como tu rostro y me perdonas, ¿es verdad?

—Cesa, por tu amor, olvida los pesares, ¿no te amo y me tienes á tu lado?

—Sí; esto me consuela—ya no estoy triste—te he escuchado ¿no has dicho que me amas?

—Y has podido dudarlo....

—No, pero... necesitaba oirlo, repítelo otra vez...

—Bien mio...!

—Siento un inefable placer al escuchar tus palabras, ellas tornan la calma á mi corazon...

Y tomando una mano del jóven continuó:

—Yo tambien soy trobadora y he compuesto una cancion de amor... Ah! siento un peso sobre la cabeza que me abruma, y me hace olvidar las ideas.... ¿Recuerdas cuando me juraste amor en este sitio?

—Emma! Emma!

—Calla por un instante, amor mio, estoy recreándome con la memoria de dia tan feliz.

Y los jóvenes callaron: el cielo se habia cubierto de pardas nubes, un color rojizo era el de la luz, el astro refuljente habia desaparecido, la tarde concluia y anunciaba una noche de horror; un fuerte viento estremecia las enhiestas cúspides de los rozagantes pinos, el fuerte vendabal completaba el efecto de tan riste escena; las nubes se condensaban por inst
t

tantes privando á la tierra aun de aquella luz desagradable que continuaba iluminándola; todas las aves habian desaparecido, solo alguna de mal agüero continuaba posada en las ramas salientes de los árboles sirviendo sus tristes graznidos para aumentar la tristeza; la naturaleza parecia muerta y segun el color parduzco que se mostraba en toda ella, nadie diria sino que los efectos del rayo se habian ya dejado sentir en aquella comarca.

De repente, Emma se levanta, impele á su amante, y los dos jóvenes caen de rodillas: parecia inspirada, levantó sus ojos al cielo, y esclamó con acento conmovido:

—Dios de bondad! La hora de la espiacion se acerca. El castigo se halla suspenso sobre nosotros: humildes lo sufriremos, pues que viene de vuestra mano, Señor. Vos que leeis en el corazon de los mortales, sabeis nuestra pureza y amor, protejednos ¡ Dios mio! y si fuese preciso morir que sea juntos, os lo pedimos gran padre, y compadecido de nuestros tormentos nos librareis del castigo eterno. Solo confiamos en vos que sois el consuelo de los desgraciados... Pecamos, pero no dudamos de vuestra infinita bondad que nos perdonareis; mostradnos vuestra misericordia.

En este momento se abrieron repentinamente las negras nubes, dejando ver la hermosa bóveda celeste que de allí á un instante volvió á cubrirse. Los jóvenes humillaron sus cabezas; Emma continuó levantándose.

—Ya estoy tranquila, Dios nos perdona.—¿No ves como la alegria ha vuelto á mi rostro? No dirás que

temo los peligros. A tu lado los miro con desprecio.

—Emma, dulce prenda, cuanto te amo...! Cuando llegue el dia en que pueda mostrarte á la faz del mundo como mi esposa, cuán feliz seré. Entre tanto quiero escuchar de tu boca sin descanso que me amas....

—Gualtero, la debilidad se apodera cada instante mas de mi naturaleza, no sé si será el nuncio de la muerte que me aguarda; pero ni aun esto altera mi alegría, se me figura que voy á ser tu esposa, y por Dios que es muy hermoso dia el en que una mujer pueda llamarse la esposa del hombre á quien ama ¿y tú no estás alegre? tú que hace un instante demostrabas el contento, huyes la mirada triste é inquieta; no te turbes amor mio! sabes bien que nunca te he engañado, pues ahora te aseguro que nuestra felicidad se halla próxima á realizarse: el medio lo ignoro.

—Emma mia, tus temores hicieron renacer los mios; pero tus palabras son un consuelo divino para mi pecho; te amo, y solo temo por tí. El cielo está muy cargado y parece que va á hacer una noche espantosa ¿quieres que nos retiremos al castillo?

—No, Dunmore, permanezcamos en este sitio, encuentro cierta relacion inesplicable entre el estado del cielo y el de nuestros corazones; quiero ver el curso de la tormenta y escuchar tus juramentos que en medio del trueno suenen como los cánticos celestes. ¿Estarás á mi lado?

—Emma querida, no me apartaré nunca de [tí; mi corazon siempre ha sido tuyo; mi vida es una cosa pequeña, fuerza es ya abandonar consideraciones....

—Dunmore por el cielo....

—Quiero romper la cadena de nuestras desgracias: entonces...

—Amor mio!

—Tu me amarás siempre....

—Siempre te he amado, siempre te amaré; estas palabras, que resuenen en todo trance en tus oidos. En este sitio te juré un amor eterno y mis labios sellaron mis juramentos, fuerza es que en esta ocasion los ratifique.

Y los brazos de la jóven rodearon el cuello de su amante, y el ardiente beso de amor sonó en sus labios. Dunmore esclamó:

—Dios mió! en pos de tanta felicidad que venga la muerte, sereno la espero.

—Ahora la tendrás malvado, gritó una voz espantosa.

Patrick cual furia del averno se habia lanzado sobre Dunmore y sepultado en su espalda el maldito puñal. Los jóvenes permanecian abrazados, el amante al recibir el golpe mortal vaciló, pero los brazos de la bella le retuvieron con mas fuerza. Patrick los contemplaba con una sonrisa infernal.

—Concluye tu obra, esclamó con entusiasmo la jóven.

—La terminarè repuso friamente el poderoso, cuando te haya visto sufrir mas; cuando haya espirado en tus brazos ese impuro amante.

Un torrente de sangre salia de la ancha herida abierta en la espalda de Dunmore; la jóven aplicó una parte de su blanco ropaje para contenerla, su amante ya cadavèrico la miró con una espresion de agradecimiento y amor que hubiera conmovido á una

fiera. Una horrible carcajada sonó sobre su cabeza: era de Patrirk que se habia acercado para recrearse en su obra; el puñal estaba suspendido sobre Emma, Gualtero lo vió y quiso hacer un esfuerzo, «te defien-



do.... murmuraron sus labios: Patrick, te tengo compasion» añadió volviendo á caer en los brazos de su amada. Aquel esfuerzo era el último de su vida... miró á Emma, y en aquella mirada suplicante la decia.—Amame siempre!.... Cesó la voz del moribundo.

—Dunmore, amor mio. .

—Dunmore! gritó el poderoso, con que no era un trovador? con que era un caballero encubierto...malvada mujer, sufre el castigo.—Ve ahí tendido al hombre que seduciste.—Mírale inanimado por tu amor... tu amor, malvada, ha sido una sentencia de muerte. Complácete en besar al hombre que has privado de la existencia, al caballero que envilecistes hasta el punto de presentarse como miserable trovador... recréate estos cortos instantes que te restan.

—Te desprecio... ¿no has escuchado las palabras del moribundo? «Te tengo compasion» y yo tambien, clava el puñal; mi desnudo pecho se presenta sin defensa; pero sabe que antes que jurára ser tu esposa, juré serlo de Dunmore, del hombre cuyo amor constituia mi felicidad, del hombre jeneroso que nunca exijió nada contrario á la virtud.... me sacrificaron, fui tuya, pero en el fondo de mi pecho te aborrecia y el horror se aumentaba por instantes; la vida á tu lado me era insoportable y hubiera terminado sin ese ánjel de amor... Gualtero mio, ya se abren las bóvedas celestes para recibirnos y seremos felices.—Dios y mi padre nos bendijeron, hágase su voluntad—en vida fuimos desgraciados; tu esposa, Dunmore, te sigue gozosa al sepulcro.

—Patrick reia. Emma continuó:

—Nos has hecho felices, ¡oh muy felices! y nuestra union será eterna... tú, hombre sanguinario, tendrás el torcedor eterno de los remordimientos, esta sangre que has derramado te seguirá por do quiera y serás atormentado sin descanso... amor mio, respóndeme... ¡Oh! ya estás en las moradas eternas, espera

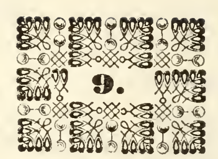
á tu amada que te sigue: juré ser tuya en la muerte... mis palabras jamás te engañaron, te decia que la felicidad estaba muy próxima, ya se ha realizado... Patrick, has roto los lazos que á tí me unian en la tierra... yo te lo agradezco... mira mi nuevo esposo— que hermoso está, aunque pálido. Su sangre de que me veo cubierta, es el vehículo que nos une para siempre... En medio de todo... Patrick, te perdono.

La tempestad descargó de un modo espantoso, el sonido de los truenos y la inmensa lluvia ocultaron por algunos instantes todos los objetos de la tierra, al través de los relámpagos se viera brillar repetidas veces un puñal, y despues un hombre que se alejaba murmurando imprecaciones. . . . .

La tempestad habia cesado: el castillo de Denwill estaba desierto, el rayo habia hecho desaparecer su inmediato bosquecillo, quedando despoblado de arbustos y plantas: en la colina donde sucedió lo escrito, desde entonces no se ha visto en ella vejatacion alguna, es un sitio de terror para todo el pais, y es voz jeneral que hasta el aire que se respira en ella es maléfico.

Una voz se oyó:

—Desde este momento comienza la tradicion: has leido lo escrito, escucha la voz del pueblo y tiembla; pues ningun suceso ha destruido lo que refieren los hombres. Acatemos los altos juicios de Dios.



Esas ruinas que antes te mostraba, son los últimos restos del castillo de Denwill. Dios maldijo ese lugar, y desde entonces todos sus habitantes huyeron apresurados; se alejaban de la mansion del crímen para dejar que la ocupára libremente las fieras de los bosques. ¿Qué se habia hecho de su propietario Patrick? ¿era feliz? ¿habia elejido nueva esposa? ¡ay de mi! Patrick era muy desgraciado. La memoria de su crímen le aterraba de continuo; el tiempo, ese constante recurso de consuelo para los mortales, era para él solo la esperanza de mayor padecer. Una sombra vaga y errante le perseguia presentando á sus ojos todo lo hor-

roroso de su crímen, en sus oidos resonaban sin descanso las terribles palabras «eran inocentes....» suspiraba, clavaba sus miradas frenéticas en el cielo, cruzaba las manos sobre su pecho mas frio qne el hielo, y murmuraba:—Mi padecer está marcado por el Sér Supremo con el sello de la eternidad. Asi era la verdad, el justo cielo queria castigar la muerte que habia dado á dos inocentes; pero tenia que ser el castigo solemne para que sirviese de leccion á todos los mortales. ¿Qué deseaba Patrick? nada; porque nada podia darle descanso en su afliccion. La muerte, que para un desgraciado es el último recurso, era para él lo que una gota de agua en una gran llamarada; la temia , porque ella aumentaria sus tormentos: cual la agostada oja que el viento abrasador hace correr sin descanso, el caballero buscaba en vano la tranquilidad, pues esta por siempre habia desaparecido de su corazon.

Poco despues del triste suceso, fortalecido aun con los ausilios del espíritu malo, parecia un tigre, que solo respiraba sangre y esterminio: movió cruda guerra á los señores vecinos á quienes causó males sin cuento; multitud de guerreros espiraron á su furor espantoso, y aun se oye en el pais con horror, que despues de haber asaltado y tomado el castillo de Rathgall, hizo asesinar delante de su propietario á su esposa y dos hijos, tales eran sus deseos de que nadie fuese feliz.

Los habitantes del pais, que ya le aborrecian, comenzaron á mirarle como un sér maldito. Todos le abandonaron, hasta sus mismos criados, quedando

solo sus esclavos ó compañeros de sus crímenes; pero nada le detenia en su anhelo de destruccion en que permaneció por largo tiempo. No obstante su imajinacion ocupada con tantos pesares se alteraba visiblemente: á los raptos mas grandes de furor, sucedia un abatimiento que le rendia; pasaba las largas noches del invierno solo y errante por las montañas, cual misteriosa fantasma, causando espanto á los infelices habitantes que juzgaban la llegada de Patrick á sus míseras viviendas como la mayor de las desgracias.

El desarreglo de su mente debia producir un fatal efecto en su naturaleza, cayó postrado en el lecho con una fiebre que lo devoraba, y de que con gran dificultad pudo salir. Desde su restablecimiento se advirtió un cambio total en sus sensaciones. Ya no respiraba deseos de sangre, al menor ruido temblaba, y un movimiento convulsivo se notaba en su persona, cuando á ella se acercaba alguno. No era ya el temible y arrogante caballero que sin descanso corria con su lanza en busca de peligros; era un niño que no salia del castillo, que todo le causaba terror, y que solo disfrutaba algun sosiego cuando permanecia solo y entregado á sus meditaciones. Sentia el infeliz el disgusto y desaliento que se nota al lado del lecho, cuando escuchamos los compasados y monótonos golpes de la péndola, que nos anuncia el inmediato fin del sér por quien velamos.

Ninguna de sus anteriores pasiones le dominaba: no ambicionaba riquezas ni estados, solo, sí, la tranquilidad, y no podia conseguirla.

Una noche sentado en un gran sillon en su castillo feudal, se hallaba rodeado de algunos de sus criados que le prodigaban las mayores atenciones. Aunque la hora era muy avanzada, ninguno se atrevia á retirarse dejando á su señor en el estado tan deplorable. El viento zumbaba en las ventanas, y este triste y prolongado ruido era el único que se sentia.

Despues de algun espacio pareció que se serenaba el caballero y mandó á sus siervos que se alejasen, lo que verificaron.

Patrick estaba desasosegado: se dirijió á su lecho y no tardó en levantarse; por todas partes le acompañaba la imájen de su crímen, se erizaban sus cabellos, sus dientes rechinaron y el infeliz postrado por el padecer cayó en el sillon.

—¿Por qué sufro estos tormentos? ¿por qué lavé la mancha que empañára mi honor? ¿no me era infiel?...

—No! respondió una voz que pareció salir de lo mas profundo de la tierra.

Patrick tembló. El viento abrió con fuerza una de las ventanas, y al estenderse por la estancia, apagó la oscilante llama de una lámpara que la alumbraba. El caballero sobrecojido de horror y espanto, se embutió en lo mas hondo de su silla: aun tenia que sentir mas. Un ruido subterráneo se dejó oir; poco despues pareció que caia al suelo una de las paredes de la estancia, una llama fosfórica y pálida reflejó y los ojos del caballero distinguieron frente de sí una figura aterradora: la de la muerte; cerró los ojos y un sordo mujido salió de lo hondo de su pecho. La fantasma dió un paso mas, todos sus huesos crujian al an-

dar, y su sonido era uno de los que hielan el corazon. Con una voz sepulcral dijo:

—¿Me conoces?

Patrick involuntariamente abrió los ojos; pero lleno de espanto volvió á cerrarlos y murmuró:

—Mi padre!!!

El sudor comenzó á correr por la frente del desgraciado; la fantasma tomó una de sus manos, que ni aun fuerza tuvo para retirar.

—No era este el modo en que nos debiamos volver á ver—pero Dios lo ha permitido por mis ruegos.—Mi asesino, el que me dejó perecer en una oscura prision, donde me sepultó el vencedor, antes que sacrificar alguna pequeña parte del poder que le rodeaba, está maldito por su padre. El asesino de su inocente esposa y de un ilustre caballero, lo está tambien por ambos... El destructor, el jenio del mal, que ha inmolado en su bárbaro furor la mitad de sus vasallos, tambien está maldito de todos....¡ Patrick! el Dios justo y omnipotente ha escuchado todas las maldiciones y dispone el castigo horroroso que merecen tus maldades....

Patrick temblaba: sentia desgarrarse sus entrañas y lloraba; este llanto era el del niño que tiene miedo: Patrick tenia miedo...! la fantasma continuó:

—La sangre derramada pesa mucho; mas el Eterno quiere tu salvacion. He rogado por tu alma y mis súplicas han sido escuchadas.

Patrick levantó la cabeza y su mirada era la de un demente.

—Grandes pruebas te están reservadas; un paso que

retrocedas te hará caer en los tormentos eternos: tiembla, miserable!

Y el infeliz temblaba.

Tus víctimas ruegan por tí. El cielo ha permitido confiarme esta mision, y solo he vuelto á la tierra para seguirte por do quiera; siempre que te encamines al mal, me verás á tu lado: á los cuarenta dias volveré á la mansion que he abandonado por salvarte.

Dijo, y el mismo ruido volvió á sentirse: la fantasma habia desaparecido: un criado que entró á ver á su señor, le halló cadavérico y sin conocimiento: era digno de compasion.

Patrick no se arrepintió de sus pecados; el espíritu malo le fortaleció de nuevo, y sintió un vigor hasta entonces para él desconocido: la sombra de su padre le seguía de continuo y con tristes lamentos le recordaba sus culpas mas infructuosamente, pues el caballero habia buscado su consuelo en el demonio y este le animaba. No dejó sus antiguos hábitos y costumbres y creyó ¡desgraciado! que entre el estruendo de la caza y de la guerra olvidaria sus delitos; volvió á ser el terror de la comarca, cuyos habitantes huian de él apellidándole el maldito. Nada le detenia en su carrera, la sombra de su padre, si bien le alteraba por algunos momentos, luego la olvidaba despreciando el poder del Señor.

—Por tu vida, Suew, decia el caballero una tarde al regresar de la caza, por tu vida que te has portado como un hombre; ha sido de las mejores cazas que he presenciado.

—Justo es que vuestros vasallos demuestren de algun

modo el regocijo que les domina al advertir vuestro restablecimiento, que ha sido tan completo, que ni aun vestijios ha dejado de lo que habeis sufrido.

—Mucho ha sido, Suew, pero ya soy otro; afortunadamente los temores han desaparecido.

El caballero detuvo su caballo, algo habia que interrumpia su marcha.... la sombra de su padre. Poco despues continuó caminando y como queriendo desechar los recuerdos que tal vision le trajera, añadió:

—En cuanto concluya la estacion de los hielos pienso que ejecutemos una gran caminata: atravesaremos los mares y olvidaremos los disgustos en medio de los placeres.

Ya se hallaban próximos al castillo, cuando en una plazoleta que formaban los dos caminos que se unian para quedar solo el recto que marchaba al castillo, distinguieron un caballero perfectamente armado que permanecia descansando sobre su lanza.

—Gran ofensa me hace ese guerrero en no posar en mi castillo.

—Triste debe ser su mision, pues son negras sus plumas y armadura.

—Veamos.

El guerrero se colocó bien sobre su caballo, empuñó su lanza y salió á colocarse en el centro del camino; cuando se halló la comitiva á razonable distancia, gritó:

—Gloria al cielo! honor á los valientes!

—Asi sea, contestó Patrick, y me es sensible no hallarme armado correspondientemente para en este

instante satisfacer tus deseos de combate; pero si gustas diferirlo el tiempo preciso....

—No soy yo quien debe medir tus armas. Mi encargo es decirte que mañana á la salida del sol te encuentres en la gran plaza que se forma á la terminacion de esa cordillera, para contestar en voz alta á las preguntas que respecto á Emma Denwill se te dirijan, ó en otro caso probar la suerte de las armas.

—Escucha la contestacion de Patrick: mañana se hallará en el sitio indicado, y no hablará, porque sus palabras están en el hierro de su lanza: parte á comunicar mi resolucion.

El guerrero bajó la punta de su lanza en señal de respeto y partió al galope. Patrick oyó un jemido; miró y vió á su lado la imájen de su padre, y menció tristemente la cabeza; queria apartar de ella los malos presentimientos que le acosaban.

—Gran dia se presenta mañana para hacer conocer la fuerza de vuestro brazo.

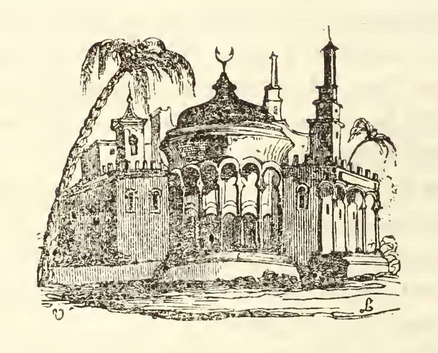
—Por cierto, que ha sido famoso encuentro.

En esto llegaron al castillo, y al entrar por sus puertas añadió el caballero:

—Marcha sin demora y preven á los señores vecinos, mis amigos, que deseo se hallen mañana en el sitio del combate, para darle toda la solemnidad posible.

El escudero partió, y Patrick con el corazon lleno de horribles pensamientos, se reclinó en el lecho, sin poder penetrar el misterio de aquel guerrero. ¿Quién era el que le enviaba? ¿Qué interés le unia á aquella mujer que tantos disgustos le habia acarreado?

lo ignoraba. La voz del pueblo fué siempre que eran séres sobrenaturales.





ACABABA la aurora de mostrarse al universo, y los dorados rayos del sol herian las elevadas cimas de los montes de Monhagan. Contra la costumbre se presentaba un dia claro y sereno; la atmósfera estaba limpia y el cielo se mostraba eu todo su esplendor; no reinaban los nocivos aires que estienden por todo el pais su maléfica influencia para irse á perder en el Occeano.

A la vertiente de la cordillera, en el centro de dos ramales de eminencias que forman un pequeño valle, habia un sitio de los mas amenos por la lozanía que mostraba la naturaleza, y por un pequeño rio que se formaba con las aguas que se desprendian de las mon-

tañas; los tiernos arbustos de que estaba cubierto el valle estendian sus hojas formando en las dos orillas largas y caprichosas guirnaldas; la blanda brisa alteraba lijeramente las aguas que corrian mansamente. En el centro de la corona, que formaban las antiguas encinas que poblaban las cimas de que se hallaba circundado el prado, se veia el cielo del azul mas bello que jamás se mostrára en Ultonia.

Este era el sitio en que debia verificarse el combate; los habitantes de las inmediaciones instruidos por sus señores de tan estraordinario suceso, se habian apresurado á llegar al puesto designado, cuando aun le cubrian las tinieblas de la noche: poco despues se presentaron los convidados y entre ellos se distinguia el santo obispo de Irlanda. No se hizo esperar el orgulloso Patrick que apareció seguido de cien vasallos armados, los cuales formaron el círculo donde debiera tener lugar el combate, y apartaron á los plebeyos del sitio que ocupaban los nobles. Largo rato hacia que esperaban la llegada del retador; pero no parecia. ¿Qué motivaba su tardanza? ¿Reusaria el duelo pedido con tanta arrogancia?

De repente un grito de los circunstantes anunció un suceso, y era en verdad; pues muy luego se divisó una comitiva lúgubre. En el centro de cuatro caballeros cubiertos de negras armas y sin penacho ni divisa alguna, caminaba en un palafren una señora, á la que un largo traje tambien negro ocultaba sus formas, asi como un denso velo sus facciones. Delante, y como el señor de aquella comitiva, marchaba un guerrero que montaba un brioso caballo de ba-

talla, sus armas eran del propio color que las de sus compañeros, si bien mas ricas y finas. Detras y cerrando el acompañamiento venian dos etiopes llevando de las bridas otro caballo que conducia todas las piezas de armadura, para en el caso de inutilizarse la que al guerrero cubria.

La marcha de todos era grave y pausada; llegaron por fin al sitio del combate, se adelantó el campeon y pidió sitio para su comitiva, que en el instante le fué destinado. Dirijió su caballo al centro del círculo, y vió venir á Patrick ardiendo en deseos de sangre, pues el espíritu malo que le protejia, lo fortaleció con cuantos recursos pudo disponer para conseguir su diabólico intento que era el de lograr el alma que se le habia ofrecido, y todo era poco para este objeto.

—Las armas deben reconocerse, dijo el Sr. de Longford, al ver la actitud que tomaban los dos campeones.

—Dejad, por vuestra vida, seria perder unos preciosos momentos, cuando solo deseo anticiparme la victoria; gritó irritado Patrick.

—No es necesario, gritó una voz lúgubre que salió del fondo de la armadura del desconocido.

—Pero al menos, repuso Longford, preciso es saber, señor caballero, si vuestro nombre es de tal nobleza, que los que autorizamos este acto, podamos permitir cruceis vuestras armas con Patrick.

—Mi nombre! replicó el triste caballero, el cielo lo revelará, pues cumpliendo con un deber sagrado peleo.

—Jamás permitiremos la deshonra de un noble. El combate no se verificará.

—El cielo lo ha dispuesto. Hágase su voluntad, añadió el caballero.

—Qué importa el nombre, gritó enfurecido Patrick, su sangre es lo que necesito.

El desconocido dobló su cuerpo sobre el arzon, se acercó al oido de Longford y murmuró una palabra:

—Cielos!!

—Silencio!

—Combatientes, cumplid vuestro destino y la victoria corone á la razon.

El desconocido hizo señal de que iba á hablar, todos guardaron un profundo silencio.

—Patrick, en nombre del cielo ¿qué es de tu esposa, la noble Emma Denwill?

—Pagó su infame alevosía.

—Espiró?

—A mis golpes.

—Al verificarse su muerte....

—La lanza, gritó Patrick, la lanza y daré cuenta de tu muerte.

—Confiesa....

—Palabra alguna pronunciará mas mi boca hasta terminar el combate.

—Ha de cumplirse... que sea.

Y los dos campeones tomaron terreno y volvieron lanzas en ristre, siendo tal su encuentro que el eco repitió el choque estendiéndose por lo largo de las inmensas montañas. Ambos caballeros resistieron, sus lanzas hechas astillas fueron reemplazadas por las es-

padas y los golpes fueron terribles, por un movimiento simultáneo saltaron de sus caballos y á pie



firme se renovó la pelea de un modo horroroso. Pero el cielo protejió la buena causa. Un golpe descargado sobre la cabeza de Patrick le hizo vacilar un instante y por último medir con su cuerpo el suelo. El desconocido cuando le vió postrado puso la punta

de su espada en la garganta de su vencido contrario, al parecer no queria matarle, y asi era ciertamente.

Hizo seña de que iba á hablar, y con voz fuerte aunque lúgubre gritó:

—La vida de Patrick está en la punta de mi espada y soy dueño de ella.

—No la terminareis, interrumpió Longford; vuestra nobleza es tanta como vuestro valor.

—Silencio! Patrick ya no existe para el mundo; su carrera ha terminado si á mi mano place. Santo obispo, dijo dirijiéndose al prelado que se habia acercado á ver si podia evitar aquella desgracia, este caballero puede haber terminado dentro de un instante.

—A qué aguardas? dame la muerte, gritó con acento de estertor el vencido.

—El cielo, repuso el obispo, no quiere esta muerte.

—Yo cumplo la voluntad del cielo. Escuchadme todos los que os hallais en este sitio: Emma Denwill fué asesinada por su esposo y éste debe sufrir ahora la muerte. Los lazos que los unian quedan doblemente rotos. Confesadlo, caballero, pues de ello pende vuestra vida.

—Mi union con Emma está disuelta, dijo con voz apagada Patrick.

—Todos lo habeis oido; Emma Denwill es libre. Señora, mostraos.

La que habia cabalgado en el palafren apartó su velo y se mostró á los circunstantes el hermoso rostro de Emma.

Una aclamacion universal resonó en todo el valle, mil gritos alegres se escucharon.

Emma en medio de todo un pueblo que la admira permanece muda é indiferente ; su hermoso rostro parecia impasible ; los lindos cabellos que hacia mecer blandamente el fabonio sobre su torneada espalda y garganta, la daban cierta espresion marcada de divinidad. Todos tienen sus miradas fijas en aquel ánjel que no se digna mirar á nadie: mas elevada era su mision en la tierra que la de demostrar su encantadora hermosura; sus ojos permanecen fijos en el suelo, sin que sean poderosos á alzarlos los gritos de la muchedumbre de quien es el ídolo.

El incógnito se habia apartado algunos pasos para dar lugar á que los criados de Patrick recojiesen á su señor y le curasen de la profunda herida que tenia en la cabeza; luego volvió el guerrero á hacer un noble ademan para pedir silencio, y esclamó:

—Acatemos los altos decretos del Dios omnipotente que siempre han de cumplirse. Para ser felices en el cielo necesario es la bendicion de la tierra. Emma es libre.... hizo una corta pausa durante la que soltó las correas de su casco, y continuó al quitárseles: Gualtero Dunmore de Irlanda la toma por esposa.

Al descubrirse el caballero un grito de espanto y admiracion sonó entre la muchedumbre, uno de esos gritos ahogados y profundos que salen de los labios, sin advertirlo, para demostrar el terror. En todos los semblantes se veia pintada la sorpresa; las miradas se buscaban con las de otros queriendo; no atreviéndose á preguntar, leer en los ojos de los demas si habian penetrado aquel misterio, que tenia trazas de ser espantoso. Los ancianos se santiguaban; los jóve-

nes oprimian con mano fuerte sus cuchillos ó espadas; en todos reinaba una misma sensacion: la sorpresa.

Luego que pasó el primer asombro, Dunmore se dirijió á Emma, la tomó de la mano y la condujo al centro de la esplanada.

En los semblantes de los dos jóvenes se advertia algo de misterioso y estraordinario. Carecian sus ojos de toda vivacidad; sus facciones no demostraban la animacion de la juventud; se pintaba en ellas una cosa triste y sepulcral; la palidez de la muerte, ese color que tan á menudo nos asusta, se hallaba dominando los rostros de los jóvenes, que parecian unos autómatas.

—Sed todos testigos, gritó Dunmore, de lo que habeis escuchado, y vos, santo obispo, autorizad nuestra union en la tierra, que la bendicion de la iglesia autorice este enlace.

—Antes es preciso, repuso el sacerdote, que la iglesia penetre los sucesos que se presentan oscurecidos tal vez por las artes reprobadas y malditas.

—Nada, padre, es obra del sortilejio: todo es efecto de la virtud mas pura.

—La juras?

—Por Cristo nuestro señor, dijo Dunmore besando un crucifijo que el relijioso presentaba.

—Siendo así, de rodillas.

Los jóvenes se arrodillaron; todos los espectadores siguieron su ejemplo y el prelado continuó, poniendo las manos sobre las cabezas de aquellos.

—Dios de bondad, pues que no es dado al mísero mortal penetrar los santos arcanos de tu divina volun-

tad, debe acatarlos y obedecerlos sin alzar su atrevida frente. Tu voluntad se ha mostrado en el juicio de las armas, y no será tu último siervo el que se oponga; mi bendicion os una, jóvenes esposos, por el tiempo que el Sér Supremo os sostenga en su gracia. Ya teneis mi bendicion; rezad, hijos mios.

Los jóvenes se levantaron. Emma con tono grave y solemne esclamó:

—La bendicion del cielo ha caido sobre nosotros: nuestros pecados estan perdonados: ya podemos presentarnos en el tribunal del Señor. Rindamos gracias al Sér omnipotente que apiadado de nuestros padeceres, se ha dignado llegar á nosotros, y con él la felicidad.

—La felicidad en la tierra es caduca y perecedera, esclamó el obispo estasiado de relijioso fervor.

—La felicidad de Emma y Dunmore no está en la tierra! gritó una ronca voz sobrenatural que nadie supo de donde habia salido, pero que á todos asombró, pareciendo habia sido pronunciada en lo mas hondo de la tierra. Todos guardaban un silencio profundo. Dunmore tomó la mano de Emma, y comenzó á caminar.

—Deteneos, caballero, deteneos, gritó el señor de Longford.

—Detenerme! no hay poder alguno en la tierra que pueda hacerlo....Ved allí mi morada, dijo señalando el cielo, único asilo de los desgraciados.

—Os suplicamos, repuso el anciano, que nos permitais solemnizar cual corresponde una union sellada on la proteccion de Dios. Dunmore, habeis sido el

ídolo del pais y muchas lágrimas se han derramado cuando se ignoraba vuestro destino; dejad que nuestro corazon se ensanche con la felicidad que os proteje; hacednos partícipes de esos sucesos que llevan en sí el misterio, teniendo mucho de maravillosos. Noble Emma, tambien á vos rogamos permanezcais algun tiempo en la compañía de personas que tanto os aman.

Emma elevó sus ojos con toda la espresion del sentimiento y dijo:

—Nuestra mision se ha concluido: el cielo se opone á toda detencion.

La bella se colocó en el palafren; Dunmore se dirijió á su caballo y el pueblo comenzó á arremolinarse, pero Dunmore separó con el brazo á los que se oponian.

—A Dios, amados irlandeses. No olvideis jamas lo que habeis visto.

Dijo, y comenzó á caminar la comitiva en el mismo órden que habia venido. Los circunstantes maquinalmente seguian al caballero; pero éste haciendo una señal, obligó á que permaneciesen en el mismo sitio, contemplando con asombro aquellos séres que tanta influencia ejercian sobre la voluntad de la muchedumbre, como subian pausadamente por el camino de la montaña. Cuando llegaron á la cima Emma y Dunmore, se volvieron hácia el valle, contemplaron á los que en él se hallaban y desaparecieron.

Patrick se hallaba en el colmo de la cólera y de la desesperacion; lanzaba profundos mujidos, cual una fiera herida de muerte; se desgarraba con sus

propias manos; sus ojos estaban inflamados con un fuego infernal, exhalando su rabia en denuestos contra el cielo y la tierra, demostrando en todo el furor que le dominaba.

Entretanto, el pueblo reunido formaba mil comentarios á cual mas estraños: las opiniones se dividieron como siempre; todos hablaban y todos creian penetrar el misterio. Mas hé aquí que se presenta una nueva cabalgata en la alta montaña por donde habia marchado la comitiva y aparecen algunos criados de Patrick: el pueblo se agolpa á recibirlos, pues precisamente tienen que haber encontrado á Dunmore y Emma, y saber el camino que han tomado; mas crece el asombro al escuchar las inútiles respuestas de los criados, ignorantes del suceso, que nada han visto, á nadie han encontrado, y juran por la salvacion de sus almas que por el lado opuesto de la montaña no han pasado las personas que se les indica. Los circunstantes querian conocer el misterio: no estando á su alcance, bruscamente se dirijen al santo obispo que se hallaba de rodillas y en oracion; un relijioso respeto les contiene y aguardan que termine; un grito de la muchedumbre espresa su deseo.

—Padre mio! reveladnos el misterio.

—Los arcanos del cielo son impenetrables, dice el prelado con tono dulce aunque solemne; pero os mostraré lo que es dado á un miserable mortal. El enlace de Patrick y Emma no fué del agrado de Dios, por lo cual permitió la muerte de esta y de Dunmore, mas como son muy poderosos en el cielo los lazos que nos unen en la tierra, el Sér Supremo dispuso que se rom-

piesen los que en ella se hicieron: su soberana voluntad fué cumplida, los espíritus tomaron cuerpo para obedecerla; y verificado, la forma humana ha desaparecido, y los espíritus han volado á las mansiones de la gracia.

Un sordo grito de alegría sonó en la muchedumbre, pues nadie habia pensado en que fuesen espíritus, y esto les halagaba. La multitud gusta siempre de sucesos maravillosos que no esté en su imajinacion el comprender, y no procura profundizarlos. Basta que les sorprenda. Esta es la verdadera estupidez. El obispo continuó:

—Ilustre Patrick, has sido vencido, no lo fuiste por un hombre, el cielo protejia al espíritu de tu adversario, y no hubiera sido bastante á evitar tu suerte toda la tierra. Acata la voluntad del Señor, humíllate y pide el perdon de tus pecados: y volviéndose al pueblo reunido en su torno, continuó: cristianos, retiraos á vuestros hogares y alabad á Dios.

El concurso le obedeció: todos fueron desapareciendo. Solo quedaron el obispo, Longford, á alguna distancia, los criados y Patríck, recostado en unas pieles. Muchos esfuerzos hicieron sus servidores para trasladarle á su castillo, pero él se opuso abiertamente, arrojando espuma por la boca. El espíritu malo, que durante el combate le habia abandonado, se posesionó de nuevo del desgraciado caballero, y le hacia prorumpir en las blasfemias mas espantosas. El venerable prelado, que permanecia á su lado decidido á no abandonarlo, y ver de lograr aquella alma para el cielo, continuaba silencioso á su lado; sus la-

bios se movian imperceptiblemente: rezaba por él. Las maldiciones é imprecaciones no cesaban de salir de los labios de Patrick; á ellas se mezclaba el suspiro ahogado del sacerdote, y á estos sonidos de diabólico frenesí, que retumbaban en las elevadas cimas de los montes, parecia que el cielo contestaba; oyéndose el pavoroso sonido de la campana del inmediato monasterio: aquellos sonidos pausados y lúgubres hicieron enmudecer al caballero; habian retumbado en su corazon, como en el del moribundo que oye la campana que anuncia á los cristianos su agonía.





Muchos dias habian trascurrido, tristes y monotonos, de aquellos que pasan por el hombre cuando está en la desgracia y espera el remedio de ella, ó cuando los remordimientos se han apoderado de su corazon; ¡qué diferencia! en los momentos de placer las horas se suceden con una rapidez májica; pero cuando el corazon está despedazado ú oprimido por el pesar, por cierto que son eternas, pues parece retardan su curso para aumentar el tormento.

¿Cuál és el mortal que no ha visto en su vida uno de esos horribles dias?... ¡desgracia! ninguno está exento de sufrir. De esas épocas en que se siente el alma desgarrada, en

que nuestra imajinacion está turbada, en que se dobla la cabeza para resistir el infortunio que nos oprime en fin, entonces es cuando se sufren todos los tormentos reservados al réprobo del Señor... quisiéramos que todos nuestros semejantes padeciesen, que la naturaleza misma demostrase su penar, pero.... ¡oh rabia! En torno no se ven sino séres que disfrutan; ya se escuchan los armónicos sones de los festines, ya el alegre toque de la bocina de los cazadores, y todo lo criado rie, salta, bulle y es feliz, mientras nosotros somos desgraciados; vemos á un hombre insensible que pasa á nuestro lado, sin mirar siquiera, y esta fria indiferencia nos mata y le aborrecemos; observamos esa naturaleza tan rica y hermosa en nuestros dias de bonanza, que se muestra igualmente tan bella y tan galana en los de padecer... quisiéramos trastornos, revoluciones destructoras.... y esto no se verifica... todo sigue el curso marcado; ninguna diferencia se advierte por nuestro dolor y maldecimos hasta de la existencia.

El que padezca no busque consuelo en sus semejantes, porque de estos en cambio de su humillacion, solo recibirá una mirada sarcástica ó una carcajada mofadora que suena en nuestros oidos «bien empleado te está» y este tormento es mayor que todos los otros ¡Estos son los hombres!

Patrick se hallaba aterrorizado por el recuerdo de sus crímenes; donde quiera que se hallaba los tenia presentes, pero de un modo tan vivo que era infinito lo que sufria el desgraciado; por todas partes se presentaban á sus ojos las imájenes ensangrentadas

de sus víctimas; queria huir tan horrible vision; tornaba acelerado la vista á otro lado y veia delante de sí la figura severa y glacial de su padre y en el fondo de su corazon sonaba la palabras ¡Parricida! como suena el acero que choca con un hueso de la víctima.. ocultaba la cabeza en ambas manos, ¿á donde habia de mirar? aun allí se le figuraba ver la imájen de un Dios Todopoderoso irritado justamente con sus maldades: ningun reposo podia hallar ¡Qué desgraciado es el hombre que no puede descansar con la conciencia tranquila! la noche que sirve de lenitivo á la desgracia y suspende instantáneamente los padeceres, era para Patrick de mayor pesar; ¡cuán largas y horribles le parecian las horas! En aquel silencio que tanto alhaga al sabio y al hombre feliz, sufria mas, se hallaba dominado por el temor.... Si alguna vez el sueño se posesionaba por breves instantes de la víctima, era para verse afectado por ensueños espantosos, por imájenes pavorosas y visiones que le hacian tornar á la vida lanzando gritos de horror para ser mas desgraciado, pues se presentaba fielmente á su memoria lo que entre sueños le habia atormentado.

¿No veis su figura inmóvil y fria parecida á una gran estátua? pues está escuchando los cantos de muerte que resuenan de contínuo en su corazon.

Ved por medio de una transaccion violenta la espresion del terror que asoma en su rostro: parece á un hombre á quien ha herido el sagrado fuego.

Sér desgraciado: en su mente se figura escuchar el sonido del trueno que retumba sobre su cabeza criminal; vé la tierra entreabierta bajo sus pies; vé el

fondo de los abismos, aquel abismo en que debe ser sepultado vivo; vé los tormentos que le esperan, y tiembla... porque escucha los sonidos de la terrible y temida trompeta que llamará un dia al hombre aterrado para que se presente al juicio final, y siente en sí mismo, en aquel momento, una parte del desfallecimiento y desesperacion que se apoderará de los réprobos cuando oigan de la boca del juez inexorable la terrible sentencia de su condenacion.

Todo sirve de aumento de pesar á un desgraciado, todo, hasta la misma existencia es un peso insoportable que le abruma. La luz del sol que regocija la naturaleza por la benéfica influencia que derrama y que hace renacer la alegría en los corazones mas tristes y abatidos, era para Patrick una claridad insufrible que le demostraba las llamas eternas, que no resplandecia sino para hacerle ver la deformidad de su sér, para poner delante de sus ojos todo lo execrable y atroz de sus crímenes.

Patrick era poderoso y sus riquezas se derramaban por conseguir algun alivio á su dueño. Agotados todos los medios de distraccion y viendo que las fiestas y romerías solo servian para atormentarle mas y mas, se arrojó por instinto en los brazos de la iglesia esperando por su grande influjo conseguir el perdon de sus pecados y la tranquilidad de su espíritu. Esta no rechazó al desgraciado; solemnes rogativas se hicieron, fiestas esplendorosas tuvieron lugar, cien mil voces resonaron en diversos templos, que se elevaban al trono del Eterno confundidas con el humo de inciensos y de aromas; mas ¡ay! nada aliviaba la situa-

cion de Patrick; los mismos puros y sagrados cantos solo servian para que comparase la hermosura de la virtud con lo horrible de sus hechos, y esta comparacion le destrozaba.... ¡desgraciado, ni aun confianza tenia en Dios!

Sacerdotes de ejemplar virtud le acompañaban de continuo y de sus lábios salia el mas consolador bálsamo; sus palabras de paz debian conmover el corazon mas endurecido; pero el caballero por efecto del trastorno en que se hallaban sus potencias, escuchaba á veces con fervor á los ministros del Altísimo, y su devocion entonces pasaba á ser un fanatismo degradante é impropio de la dignidad de la relijion; pero otras, cuando acababa de oir las mas fervorosas y sentidas palabras, contestaba con imprecaciones y blasfemias; la impiedad que le dominaba, el demonio se la inspiraba.

Todos los lugares célebres para la relijion fueron visitados sucesivamente; penosas y duras peregrinaciones hizo para lograr se mitigase su mal, pero era inútil, se aumentaba en vez de aliviarse. Santas reliquias se habian traido: semejante Patrick á un ciervo herido de muerte que lleva consigo el dardo que le ha atravesado el costado, corria buscando el alivio y su carrera solo servia para introducir mas y mas en las entrañas la acerada punta.

Momentáneamente habian suspendido su dolor las induljencias de Roma y las bendiciones del Santo Padre derramadas benéficamente sobre su cabeza, pero no tardó en volver con mas violencia: habian cerrado la llaga sin curarla y al abrirse de nuevo se habia presentado como incurable.

Las turbaciones, las inquietudes, los remordimientos de conciencia, los terrores pánicos le ajitaban, le oprimian, le atormentaban mas que nunca, cual un torrente impetuoso que rompiendo los diques que le oprimian se hace mucho mas furioso por no hallar mas obstáculo que le impida el desbastar las ricas tierras que ha inundado. Parecia un cadáver e desgraciado caballero; su naturaleza por momentos se debilitaba; tanto padecer era infinitamente superior á las fuerzas humanas: la consuncion hacia rápidos progresos y se podia calcular cuánta vida le quedaba como puede decirse la duracion de una flor hermosa cortada por la hoz del segador.

Patrick reusaba los alimentos: el sueño benéfico no se acercaba á sus párpados; errante siempre no hacia mas que llenar el aire con sus jemidos; los valles y las montañas repetian sus ahullidos espantosos.

Toda la comarca estaba aterrorizada; á su vista huian todos los habitantes y sus gritos eran escuchados con mas espanto que el bramido de la tempestad. «Patrick, el maldito,» este era el nombre con que le apellidaba la muchedumbre y este horror se aumentó de una manera prodijiosa, por un suceso en que solo obró la imajinacion del caballero. Recorria sin descanso los montes y los valles; al volver de una de estas correrías, acercábase ya á unas habitaciones, cuando algunos niños que jugaban tranquilamente en la pradera le distinguen, lanzan el grito de

—Patrick el maldito! y comienzan á huir con cuanta velocidad permitian sus fuerzas, gritando sin des-

canso, que viene el maldito, huid, huid, que os coje el maldito.

El caballero se paró: sus dientes rechinaron fuertemente; sus facciones se contrajeron violentamente y murmuró:

—Estoy maldito: esa voz es del Cielo.... Demonios, protejedme.... ¿qué mas quereis si ya soy vuestro?

· Y sintiéndose repentinamente dominado por un furor diabólico se lanzó tras de las criaturas que ya inmediatas á las habitaciones continuaban esparciendo el terror con sus voces. Al ver la impetuosidad de la carrera de Patrick, todos se metieron en las casas cerrando las puertas detras de sí: las víctimas huian de su furor: un niño de unos seis años pisaba ya el umbral de la puerta, cuando una mano homicida le ase por medio del cuerpo, lo levanta y lo contempla con una risa diabólica.... los gritos que lanzaba la criatura eran horribles; en ellos se pintaba el espanto que le dominaba y en medio del miedo «el maldito» pronunciaban sin descanso sus inocentes labios. A lo lamentos del niño, salió la madre, y al ver la espresion horrible del rostro del caballero, se vió sola y temió por la vida del hijo de sus entrañas.

—Entregádmelo, Señor, dejad que acalle esos lamentos que me matan: por Dios no le oprimais, ¡oh no le hagais mal, una madre os lo suplica; no sabeis lo que hieren á una madre los gritos de dolor del hijo; de rodillas os pido me deis el hijo de mi alma.

—El maldito! murmuró el caballero.

—El maldito me mata, gritaba el niño.

—Es mi hijo! esclamaba la madre.

Y estas tres voces se mezclaban y Patrick continuaba con sonrisa infernal.

—Tú eres su madre! su madre! y eres feliz y yo soy tan desgraciado.... yo, el maldito! debo confundir al que me ha maldecido! debo hacerte participar de mis penas.... tú no sabes cuán sabroso es para un maldito el hacer daño.... ¡ah! se complace en la destruccion: vierte la sangre, sin mas que por ver padecer; mi mision es en la tierra la de esterminar.... ¡Yo estoy maldito!....

—Piedad, señor.

—Piedad? la ha tenido el cielo conmigo? no.... mira tu hijo.... mírale por la postrera vez: qué rubio y hermoso se presenta á tus ojos! pues va á desaparecer.... bésale....

Y la infeliz se arrojó al niño que estaba cárdeno del llanto y del susto, y con fuerzas sobrehumanas quiso arrancarlo de los brazos de Patrick: éste reia y murmuraba:

—En mis manos quedará la cabeza y en las de la madre el cuerpo, y oprimió con sus manos la cabeza de la criatura.

La infeliz madre conoció las fatales consecuencias de sus esfuerzos, y volvió á llorar é implorar la piedad del Señor; este continuó:

—Conociste á mi padre? conociste á Emma? conociste á Dunmore? ¡Ah como me persiguen! me hacen mucho daño.

—Por piedad dejad á mi hijo, yo no os he hecho ninguna ofensa.

—No me has hecho daño.... es verdad: si vieras cuanto padezco. Tú no sabrás el modo de aliviarme de este fuego que me consume; de estas garras que me destrozan las entrañas....

—Ah! sí señor, creedme, dejad al niño, los dos os bendeciremos y rogaremos sin descanso por vuestra tranquilidad y los ruegos de una madre pueden mucho ante el tribunal de Dios. Y cuando no, la imájen de mi hijo os acompañará evitándoos la desgracia.

—Tienes razon.—A unas imájenes espantosas es necesario oponer otras mas agradables.—Sí, sí, este será un talisman que atenuará mi padecer.

Dijo, y se lanzó á lo mas hondo de los bosques, llevando en sus brazos á la inocente criatura, dejando á la infeliz madre anegada en lágrimas.

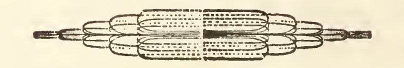
Desde entonces no se volvió á saber de aquel niño y en vista de la inutilidad de las pesquisas practicadas para hallarla, y del completo olvido que de semejante suceso tenia Patrick, se creyó jeneralmente que lo habia destrozado en su estraño furor.

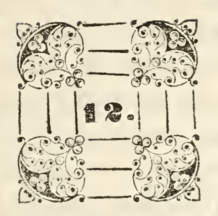
Un piadoso sacerdote compadecido del tormento del infeliz, le indicó como único medio de salvacion el sitio mas célebre de devocion, donde por grandes que fuesen los pecados, eran perdonados con solo entrar en verdadero estado de penitencia. Puso el ejemplo de los varios que, atormentados por las huellas que habian dejado las culpas, habian entrado en la cueva de S. Patricio y habian sido absueltos y perdonados.

Estas palabras sonaron en el corazon de Patrick como las de verdadera salvacion. Varios dias estuvo pensando en este medio, y se observó con admiracion

que habia cesado su furor insensato, sucediéndole una especie de abatimiento melancólico. Por fin se decidió á buscar al Obispo y manifestarle sus intentos. El prelado exijió ante todo una pública confesion de sus culpas, y la admiracion aun fué mayor al ver la contricion con que el infeliz caballero se acusó de sus espantosos y atroces crímenes.

Luego que tuvo efecto este acto con no poca edificacion de los circunstantes, el prelado puso en manos de Patrick un pergamino para que el superior del convento de canónigos reglares, que era el intendente de la cueva, permitiese, si le creyese en verdadero estado de penitencia, penetrar en el santo asilo á buscar el perdon de sus pecados y el remedio á sus males.





En el condado de Dongall que hace parte de la Ultonia, provincia septentrional de Irlanda, sobre el célebre lago Earne, existe otro mas pequeño llamado Derg, antiguamente Liffer, formado poco despues de su nacimiento. En el centro de este pequeño lago se halla una isla que por estar en ella la entrada de la cueva, se llama Ellanu'Frudagory, esto es, Isla del Purgatorio.

Esta famosa caverna que está situada en el paraje mas agreste y salvaje de la isla, no puede conte-

ner dentro mas que nueve hombres á la vez, y se llega á ella despues de haber atravesado un bosque de cipreses cuya sombra es mortal á los que se detienen allí mucho tiempo; nunca se oye en su torno el dulce canto de las aves, pues huyen de aquel sitio: solamente se escuchan los gritos lúgubres de los mochuelos, de los vichos, el graznido de los cuervos y el silvido de las serpientes. La campiña que la rodea, ingrata y estéril, está casi siempre cubierta de hielo y nieve reinando un invierno perpétuo: en lugar de las hermosas flores de la primavera y de los dulces frutos del otoño, no produce mas que zarzas y espinas, ó cuando mas, algunos frutos salvajes. Las yerbas y legumbres que crecen son simples é insípidas, que no teniendo aquella sal y aquel jugo propio para servir de nutricion al hombre, forman una sangre espesa que apenas puede circular en las venas, y rara vez llega á su perfecta salud el que con ellas se ha alimentado; hasta el mismo sol parece que no derrama sus rayos sino con disgusto para alumbrar tan triste mansion. Al rededor de la caverna hay un lago del cual se elevan incesantemente vapores malignos que corrompen el aire y que forman densas nieblas cambiando el dia en un sombrío crepúsculo casi continuo; las aguas son negras y amargas, y en ellas no se crian sino áspides, serpientes y otros animales venenosos; á lo largo del lago se oyen voces tristes y jemidos como de personas que sufren crueles tormentos; se ven fuegos fátuos, espectros, fantasmas bajo diferentes formas, y en la orilla una multitud de almas en pena que van de un lado á otro implorando oraciones de

los vivos para procurarse algun alivio á sus padeceres. Los escasos habitantes de esta desgraciada comarca no gozan ni alegría ni consuelo y por casualidad se les vé reir: jeneralmente son defectuosos é ineptos para todo, y su aire es feroz y salvaje; hablan entre ellos una jerigonza bárbara y desconocida al resto de los mortales; la mayor parte abandonan una tierra que no les suministra con qué vivir, y se marchan á los paises vecinos; pero llevan con ellos sus costumbres de que no se deshacen casi nunca y son conocidos por su estupidez y desaseo.

El gran Patricio predicando en Irlanda el Evanjelio, donde se hizo ilustre con los muchos milagros que Dios obraba por su intercesion, procuraba convertir los bestiales hombres de aquella rejion con el terror de las penas del infierno y con la esperanza de los goces del paraiso; pero ellos resueltamente le decian que no se habian de convertir á Cristo, si ocularmente no les mostrase aquellas penas y aquellos goces, y el les prometió uno y otro. Por lo que, aplicándose el santo con fervorosísimas oraciones, vijilias y ayunos á solicitar de Dios este favor, apareciéndosele Cristo Señor nuestro, le condujo á un lugar desierto y mostrándole allí una cueva redonda y oscura le dijo: «cualquiera que verdaderamente arrepentido y constante en la fé entrase en esta cueva, y estuviese en ella por espacio de un dia y una noche, saldrá purgado de todos los pecados con que haya ofendido á Dios en el discurso de su vida. En ella, no solo verá los tormentos que padecen los malos, mas tambien, si perseverare en el amor de Dios, las dichas que go-

zan los bienaventurados.» Desapareciéndose luego el Señor, San Patricio, alegre por esta revelacion y por el descubrimiento de la cueva, esperaba convertir al miserable pueblo irlandés. Para realizarlo dispuso edificar al punto en aquel lugar un oratorio cercano á la cueva que está en el cementerio delante de la iglesia, y la cerró con una puerta para que nadie entrase en ella sin su licencia. Introdujo canónigos reglares, y entregó al prior la llave de la cueva ordenando que ninguno pudiese entrar en aquel purgatorio sin obtener licencia del obispo de la diócesis, ó llevando carta del prior á fin de que este le intruyese. Muchos, en tiempo de San Patricio entraron, y al salir certificaron que habian padecido graves tormentos y visto grandes é inefables gozos.

Patrick, solo, abatido y á pie, camina hácia el convento de Derg; la esperanza influye á darle un aliento de que sus fuerzas carecen; vé á lo lejos la sombra del edificio; suspira, y sus brazos se estienden como queriendo atraerlo, pues cree no poder llegar. Cierto es que no siente ya aquel furor que le hacia cometer mil desmanes; pero conoce que su vida se vá apagando insensiblemente. Jóven y robusto ha sentido el viento de las desgracias soplar en torno suyo, aniquilando su vida, estenuando sus fuerzas y encorvándole como para mostrarle el sepulcro do en breve debe morar. La luz habia desaparecido sucediéndose á su vez las tinieblas, pero estas eran comunes en un pais como el que pisaba Patrick, todo triste, monotono, y de mal agüero. Desde que llegó á la isla, la tristeza le iba dominando por instantes, y cuando se acercaba al

monasterio, se habia apoderado enteramente de su persona.

Las puertas están cerradas; á tales horas ninguno se acercaba á aquel sitio. Patrick rodea la iglesia, todo está silencioso, glacial, su espíritu comienza á desfallecer, su imajinacion á desarreglarse, y murmura:

—Las puertas cerradas...! todo para mí está cerrado... ¡Ah! el infierno es el que me espera... Vió una larga cadena que pendia en uno de los costados del edificio; una alegría infantil asomó á su rostro, y ava-



lanzándose á ella la oprimió con temór. Una campana sonó entonces, lúgubre, misteriosa, y su sonido le heló la sangre en el corazon. Despues de algunos instantes, preguntaron quién era el que venia á interrumpir el sosiego en la mansion de la penitencia.

—Patrick el peregrino, que viene á buscar la remision de sus pecados.

Un largo rato se pasó y todo permanecia silencioso; despues, se abrió la entrada principal y se mostró toda la comunidad que con cirios encendidos salian á recibirle. Los rostros de los sacerdotes del Altísimo que mostraban la calma, la paz y la felicidad, formaban un contraste muy marcado con el enjuto, acobrado y desencajado del caballero, que al ver la procesion se arrojó al suelo y besó el polvo en señal de penitencia: luego se alzó y toda la comunidad marchó á la iglesia á implorar el auxilio del Redentor. Concluido este deber piadoso, Patrick pidió al abad hacer sin demora confesion de sus culpas, y concedido que fué, todos los relijiosos se retiraron. Solos quedaron el prior y Patrick; la iglesia estaba cubierta de tinieblas; una pequeña lámpara era la única luz que interrumpia la oscuridad en que al momento desaparecian sus fulgores. Todo alli era grande, silencioso, sublime: era el sitio que por su gravedad imponente convenia mas á la relijion, que se muestra mal, y se estima menos en lugares y sitios en que la bulla, la luz y la concurrencia fijan nuestra atencion arrebatándola del verdadero objeto. El templo estaba como necesita una alma atormentada, y en él era fácil recobrar la calma con solo pensar en lo que existia en derredor. El silencio solo era interrumpido por algunas palabras que sin comprenderse alteraban el sosiego. En un estremo, Patrick postrado, se confesaba; á su lado y en pie, el prior le escuchaba; de sus ojos se desprendia una lágrima, tal era la com-

pasion que le inspiraba; sus manos daban vueltas sin descanso á su largo rosario. Despues de un rato se oyó.

—¿Qué intentas?

—Hacer gran penitencia... Quiero penetrar en el purgatorio de San Patricio para purificarme; y si aun así no hallo el descanso, entonces... entonces... el infierno.

—Mortal! no blasfemes y ten confianza en Dios. ¿Tú sabes las pruebas tan terribles á que te vas á ver espuesto si penetras en tan sagrado recinto? ¿Te conceptuas con el valor suficiente para luchar con todo el infierno que mostrará todo su poder para vencerte? Piensa, hijo mio, en la infinita misericordia, de ella aguarda tu remedio, y no te espongas por la flaqueza de la carne á perder una alma preciosa.

—Padre mio, estoy firmemente resuelto. Por piedad os suplico me permitais dar el último paso. Quiero visitar la cueva del santo patrono.

—Si tu resolucion es firme, será inspirada por el cielo y no debo oponerme. Disponte á la mortificacion y á la penitencia para poder entrar en estado de salud en sitio tan sagrado.

—Padre, á todo estoy dispuesto.

—No olvides que el sitio donde vas á penetrar causa divinos efectos en los que se hallan en gracia, pues salen salvos y perdonados; pero que son infinitos los que yacen en aquella mansion sin salir jamás: los muchos peregrinos que han llegado, poco tiempo hace, todos han temido un fin funesto y desgraciado...

Estas palabras conmovieron vivamente á Patrick,

debilitaron su valor, y su indecision se mostraba entre el temor y la esperanza. De repente se sintió como inspirado, y con voz resuelta y firme contestó:

—A todo estoy resuelto, á todo.

El prior le condujo á una celda donde lo dejó hasta el dia siguiente en que debia comenzar los piadosos ejercicios, para estar en estado propicio antes de acometer la terrible empresa que le aguardaba.





De la celda salió al dia siguiente y fué á la orilla del lago, sin que le detuviesen los vapores infectos que de su fondo se elevaban: entró en un pequeñísimo barco que con dificultad podia contener su persona y dió la vuelta entera al lago, en medio de una atmósfera tan corrompida que trastornaba, y de infinidad de animales dañosos que circundaban sus orillas como si á ellas se hubiesen acojido los que antiguamente contenia el pais hasta que el Santo protector los arrojó de él. Patrick no vaciló; su debilidad era grande; pero un fervor relijioso le animaba. Al estado de su naturaleza, se agregaba el rigoroso ayuno á pan y

agua que era lo único que le alimentaba. Nueve dias seguidos dió la vuelta al lago, dias eternos, entre el padecer y los remordimientos; dias de verdadera espiacion; á su conclusion, el caballero, con la mirada fija y glacial, postrado por la fatiga, era un semi-cadáver; pero si su cuerpo comenzaba á ser insensible, su espíritu le mostraba con mas viveza que hasta entonces, las infelices víctimas, y sus remordimientos eran atroces; sentia el infeliz concluir sus fuerzas, pero esto mismo le horrorizaba mas y mas, pues se presentaban ante sus ojos los tormentos eternos.

Al advertir la torpeza en los movimientos y la palidez de la muerte que mostraba el rostro del penitente dispuso el prior otorgarle dos dias de descanso para que recobrase sus fuerzas. Pero como no puede haber descanso donde no hay tranquilidad, Patrick reusaba los alimentos, y si admitió el alojamiento que se le preparó en el monasterio fué para ocuparse en él de nuevos ejercicios piadosos. Todo le parecia poco si lograba la tranquilidad de su alma: hasta entonces no habia conseguido tanta dicha á pesar de sus grandes penitencias; ¿podia quejarse de la providencia? Dios lée el fondo de los corazones: Dios es justo: el caballero no estaba en estado de gracia.

Muchas horas hacia que la noche estendia sus sombras por la tierra. Patrick solo en la iglesia iba á hacer una gran prueba que debia aliviar en parte sus pesares: á privarle de la esperanza para siempre. Un frio intenso le helaba la médula de los huesos y por su frente corria un sudor glacial: la sangre se habia agolpado á su cabeza. En la iglesia se conservaba

una famosa reliquia de S. Patricio. Una gran piedra en donde los vestijios de sus pies estaban milagrosamente impresos. Patrick postrado en tierra besaba aquella piedra regándola incesantemente con sus lágrimas.... el infeliz con el frio en el corazon, los cabellos herizados y temblando de espanto no osaba arrostrar la prueba, pues temia lo mismo que deseaba: á su lado el rústico vaso con el agua.... alargaba la mano y la retiraba horrorizado.... hizo un esfuerzo violento, un movimiento convulsivo le ajitaba, llevó el vaso á los labios y tragó toda el agua de un solo sorbo. En seguida asombrado de su arrojo pegó el rostro al pavimento y comenzó una ferviente oracion, al parecer un tanto menos atormentado.

Es tradicion que los penitentes que desean penetrar en la cueva y beben, desleido en agua, porcion de polvo de la santa reliquia, conocen cuasi siempre el éxito del viaje, porque los que son llamados al cielo la encuentran dulce y sabrosa, fortificándoles y animándoles con nuevo vigor, cuando por el contrario para los réprobos es amarga y desagradable, sintiendo grandes dolores y vómitos violentos hasta que logran arrojarla.

Patrick habiendo terminado su oracion volvió la cabeza y vió á su lado al prior que le dijo:

—Veo tu valor, hijo mio, y no desconfio de tu salvacion, pero te advierto que las pruebas que están reservadas son infinitamente mayores las que has esperimentado: ¿tendrás la suficiente resolucion?

—Todo es poco.... á todo está resuelto el que busca la salvacion de su alma.

—Rindamos gracias al señor.

Y condujo el prior al precito á una celda del tamaño y forma de una tumba. Siete dias debia permanecer en ella; en este intervalo ninguna voz humana se le dirijiria y con nadie debia hablar. Siete veces saldria cada dia de la celda y pasaria á la iglesia á rezar sus oraciones que debian durar cada vez una hora.

Ningun ruido venia á turbar el sosiego, el silen-



cio del hosario que reinaba en la estrecha celda. Patrick solo, entregado á sus profundas y tristes reflexiones, le desgarraban los recuerdos que asaltaban su mente; hasta en aquella reducida morada las sombras ensangrentadas de sus víctimas se le presenta-

ban.... en sus oidos resonaban las terribles palabras de su padre, los acentos dolorosos y sensibles de su inocente esposa, de aquel sér tierno y anjelical, que se habia complacido en inmolar bárbaramente—El guerrero, aquel Dunmore sobre natural que le habia vencido.... los acentos de todo un pueblo que le apellidaba ¡maldito! todo lo veía, todo lo escuchaba, y en tan espantosa confusion dirijia al rededor dementes miradas que careciendo de espacio se estrellaban en las negras paredes de la celda.

Rezaba de continuo, sus oraciones las elevaba en la postura mas humilde, devota y penitente y acompañándolas con cuantas austeridades y flajelaciones permitian sus fuerzas; pero se advertia que en medio de su fervor relijioso, en el de las mas sentidas plegarias habia momentos que aparecia algo de horrible en su rostro; su boca lanzaba una imprecacion mal comprimida, como que tornaba á su antiguo furor; pero esta ráfaga desaparecia volviendo humilde y contrito á continuar sus oraciones.

Solo un dia faltaba de penitencias: Patrick fué conducido á otra celda que mas bien parecia el último sitio que en la tierra tiene el cuerpo: sepultura que iba á recibir una verdadera imájen de la muerte, sin mas espacio que el casi indispensable para estar de pie, sin cama, silla, alimento ni agua, el espíritu alterado por los sufrimientos y las privaciones: ¡triste era la situacion del caballero!

Encerrado se hallaba en la estrecha celda.... al dia siguiente debia entrar en la temida cueva.... Patrick suspiró y amargo era su suspiro. ¿Temia? no,

tal era el estado de congoja y debilidad de su cabeza que no era ni capaz de apreciar los peligros que iba á arrostrar. Al dia siguiente debia acometer la atrevida empresa para la que se habia preparado con tantas penitencias y este debian ser mayores, privándole del pan, del agua y de ver luz alguna: en rededor de su cabeza parecia que notaba una sombra vagorosa que le hacia ver todos los objetos bajo un prisma horroroso.

De repente se oyen voces, suenan mas inmediatas las pisadas y advierte que alguna persona se acerca á la puerta.

—Dejad al desgraciado, gritó Patrick, no vengais á turbar su oracion; si sois los espíritus malos yo os conjuro, sí, huid, os lo suplico.

La imajinacion del caballero desarreglada por la debilidad solo veía objetos diabólicos y habitantes de los infiernos. El abad abriendo la puerta contestó:

—La iglesia ha debido proporcionarte todos los consuelos; ahora se presenta uno y vengo á interrumpir tus preces, pues en mi conciencia veo en esta mujer un enviado del cielo y en sus palabras creo escuchar la voz de todo un pueblo que levanta su maldicion: acercaos, hermano.

Patrick lo hizo maquinalmente: una mujer, la madre á quien en otra época arrancára su hijo, se arrojó á sus pies esclamando:

—Bendito seais, señor! no dudeis en el perdon de vuestros pecados, pues el cielo habrá atendido mis súplicas.

—Quién eres, mujer?

—No me conoceis? aquella infeliz madre á quien

aterrasteis privándola del hijo querido, porque os habia llamado maldito.

—El maldito! murmuró Patrick.

—Ah! señor! ya no sois maldito, y yo la madre mas feliz porque he hallado á mi hijo, y le he visto hermoso, con ricas vestiduras....de un miserable habeis formado un señor poderoso, haciéndole poseedor del castillo de Denwill, vengo á arrojarme á vuestras plantas para pediros perdon, para demostraros la gratitud de una madre, para deciros que hasta mi postrer suspiro no cesaré de rogar por vos al Eterno, y el Dios justo que sabe toda la verdad de las súplicas de una madre, os hará feliz y sereis por mucho tiempo el talisman que proteja al hijo de mis entrañas.

Patrick llevó las manos á la frente y quiso como apartar la densa nube que no solo le entorpecia la memoria, sino la vista.

—Tu hijo! ah! sí, ¿es feliz?... cuantos tiempos hace que no le veo....sí, era muy pequeñito, y me protejia....alargaba sus manos hácia mí, y me indicaba....con qué es feliz?

—El pobrecito aun no puede comprenderlo, pero su madre sí....mucho.

—El fué el que hizo pensase en mi salvacion....

—Considera el bien que reportan las buenas acciones, hermano, y alaba á Dios.—Era el prior el que esto decia; Patrick hizo un brusco movimiento y se cerró la puerta: se oyó que decian:

—Dejad, padre mio, que le reitere mi agradecimiento, que le diga que el cielo le ha de premiar. Oh!

no sabeis lo agradecido que es el corazon de una madre.

—Hija mia! retiraos, el consuelo se ha dado, no le privemos de alcanzar los medios de la salvacion eterna.

Y cesaron las voces y los pasos se alejaron, y Patrick murmuraba: «no estoy maldito!» pero no se presentaban á su mente sino figuras del averno.

Llegó por fin el terrible dia: un movimiento estraordinario reinaba en la isla, se iba á verificar la entrada de un penitente en la cueva de S. Patricio, cosa que hacia algunos años no se verificaba. Tanto por esto como por la importancia del personaje y la celebridad de los sucesos que habian precedido, era infinita la afluencia de naturales y estraños que se hallaban al rededor del monasterio aguardando con ansia el terrible suceso.

A invitacion del prior habia concurrido toda la clerecía del condado y aun de fuera de él. Patrick fué sacado de su celda y conducido otra vez á la iglesia, donde se hallaba toda la concurrencia; allí se confesó y comulgó de nuevo. El infeliz causaba á todos lástima; los ojos con la vivacidad errante de un demente, los cabellos cubiertos de polvo, el rostro líbido y mas desencajado que el de un cadáver, con una debilidad tal que tenian que sostenerle dos sacerdotes cuando andaba, todo revelaba sus padecimientos, y un murmullo de compasion y de asombro resonó en los circunstantes desde el momento que entró en el templo.

Un féretro se hallaba en el centro de la iglesia, y en él se colocó al penitente cubierto con el hábito de

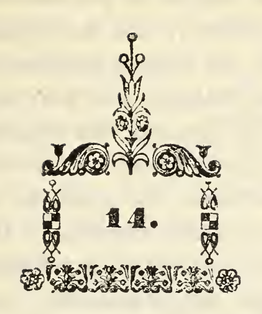
relijioso; el prior pronunció un discurso sobre la importancia de aquel suceso: pintó de un modo enérjico y terrible los peligros y tormentos, y despues las ventajas de la empresa. Se acercó en seguida al féretro, tomó la mano del penitente y con fervor relijioso le prescribió los medios de evitar los lazos de Satanás y de salir victorioso del combate que iba á emprender con enemigo tan audaz y temible. Las palabras del prelado sonaban en el corazon del desgraciado, como las del relijioso que muestra al reo las mansiones de la gracia cuando la víctima solo distingue el patíbulo.

Comenzó una misa de requiem: el cadáver era el caballero que veia las ceremonias, que se hacian por él considerándole muerto.... Ah! mucho padecia.... se acercaron á él los sacerdotes, ¡que temblor! el celebrante le incensó, le roció con agua bendita.... que horror! que confusion de ¡voces! el caballero queria salir de la tumba ¿que escuchaba? mil voces piadosas que con acento fúnebre entonaban el *Libera* y demas cantos de difuntos....

Terminada la ceremonia, la procesion se ordena, el silencio del espanto reina en todos los circunstantes, y caminan á la cueva; el penitente es alzado de su féretro y sostenido por dos sacerdotes, se dirije al santo lugar: ya ha atravesado el mortífero bosque de cipreses.... ya se halla al pie de la cueva.... Todos los sacerdotes y relijiosos sucesivamente le van abrazando tiernamente; oye los suspiros, siente las lágrimas, se despiden de él por toda una eternidad.... y sus ojos vidriosos sienten una sequedad abrasadora: advierte que todos los objetos dan vueltas en torno suyo.... el

ruido desapacible de la llave en la cerradura ha sonado....El prior se acerca al desgraciado, abundantes lágrimas corren por el rostro del austero relijioso, su voz se halla embargada....besa la frente del penitente y este se arrodilla, todo el pueblo sigue su ejemplo, solo los sacerdotes quedan de pies, estienden estos sus manos y bajan sus cabezas....la bendicion universal se ha dado por el prelado....Coloca en el cuello de Patrick varias cruces y una milagrosa reliquia, le levanta y le entrega una órden ó pasaporte para el otro mundo, estendido en nombre y por las facultades de S. Patricio. El caballero siente por un instante la animacion y vigor de la juventud, se abre la puerta lo suficiente para que penetre un hombre, y Patrick con el pasaporte en una mano y un crucifijo en la otra, avanza atrevidamente hácia la abertura.... todos los circunstantes detienen sus pasos por el temor; el penitente resuelto entra solo, ¡qué mortal se hubiera atrevido á seguirle! Entra y la puerta, con un golpe que resuena en el corazon de todos, se cierra tras de él....

El espanto, la admiracion y el terror, se veian pintados en todos los semblantes....Los sacerdotes y el pueblo volvieron al templo á ofrecer votos y sacrificios al Altísimo por la vuelta del pecador, inciertos de si le volverian á ver.



CERRÁNDOSE detrás de Patrick la puerta su sonido le hizo estremecer. Miró, y las mas densas tinieblas le cercaban: consideró que debia temer, y en su imajinacion resonó la palabra *mucho*: que debia esperar, y con terror escuchó tambien *nada*. El infeliz suspiró amargamente; una lágrima de fuego corrió por su mejilla, conoció que sus fuerzas se agotaban, cayó de rodillas y esclamó:

—Gran Dios, conozco mis pecados! conozco lo horrible de los tormentos que me esperan ¡ah!.... no descargueis sobre mi cabeza toda vuestra cólera, señor.... El hombre que asesina á otro hombre es maldito.... todas las

maldiciones del Cielo y de la tierra han caido sobre mí, ¿qué puedo esperar yo que tanta sangre he derramado?... Un padre.... una mujer imájen del Cielo ¡cómo resuenan sus últimas palabras! Si la hubiese amado, entonces hubiera sido feliz mi suerte, mas el frio interés, el egoismo, los espíritus del averno me guiaron... á sus inspiraciones debí el ser su esposo; aunque tarde advierto los resultados de una union contraida bajo tan malos auspicios... Dios mio! Dios mio! mi razon se trastorna, perdonadme no pienso en lo que debiera: en mi salvacion: en mi alma.... jamas he pensado en ello! Todavía puedo espiar mis pecados, puedo hacerme digno de vuestra santa misericordia—Y el infeliz falto de fuerzas dobló la cabeza con el abatimiento de la desesperacion. . . .
. . . .

Alargó su mano y tocó la tapia; estendió la derecha y encontró un grueso muro que se prolongaba; siguió todo lo largo de él y halló una gran roca que se alzaba en medio deteniendo sus pasos, no habia otro sitio por donde caminar, á tientas, sin luz y con el temor en el corazon imposible era el poder avanzar una línea mas; pero el pecador comenzó á costear la roca; un buen éxito coronó su esfuerzo; al segundo paso distinguió una abertura en la roca y por ella una luz opaca y triste como el crepúsculo matutino en un dia de tempestad, tendió la vista en derredor, merced á aquella luz protectora, y vió un pequeño sendero descendente con una rapidez que hacia sobrado peligroso este camino; pero no vaciló, aquel auxilio que él atribuyó al cielo le fortaleció dándole ánimo

para arrostrar mayores trances. Su planta atrevida pisa ya el sendero.... un sudor frio corrió por su frente ¿qué nuevo temor le aquejaba cuando estaba mas animoso? que el desgraciado sentia moverse la tierra bajo sus pies, que conocia iba á undirse y la luz que le guiaba habia desaparecido.... su mano temblorosa buscó la abertura de la roca por donde habia penetrado, pero ya no existia, y la masa informe de granito estaba cerrada herméticamente.

La mas completa oscuridad reinaba; oyó mujir la tierra con aquel acento pavoroso que precede á los terremotos, y el cielo resonó con el horrible de los truenos, los rayos comenzaron á hendir la caverna y á caer en rededor de Patrick haciendo temblar toda la cueva.... aun mas; el sitio donde se encuentra el penitente empieza á entreabrirse y por las anchas grietas sus ojos, ávidos por el temor, dirijen inesplicables miradas y vé inmensos torrentes de fuego y las llamas mas horrorosas que por intervalos se van elevando en aquel nuevo terreno que la conmocion de la tierra les ha facilitado; el pobre vé estas llamas y calcula la profundidad de aquellos abismos abiertos á sus pies para tragarle; el corto espacio que estos ocupan tambien siente se mueve y un temor horroroso se apodera de él; los cabellos se le herizan; un sudor frio circula por todo su cuerpo; la sangre helada detiene el movimiento en sus venas; su corazon palpita con gran violencia, y la tierra se conmueve mas y mas.... aquella oscilacion contínua le trastorna, le faltan las fuerzas, sus rodillas vacilan y conoce que un instante despues habrá ya caido en el abismo.....

¡oh! es muy espantoso el ver á los pies la muerte, contemplar los tormentos que esperan y no poder evi-



tar nada; entonces conoce el hombre su impotencia, se despoja de aquel orgullo mofador con que en la prosperidad desprecia el cielo y el infierno; entonces conoce que existen, y que sus fuerzas para contrar-

restarlos es como un grano de arena en el desierto, y llora y sus lágrimas son las de la debilidad; evoca al Dios misericordioso que antes insultó en su loco delirio, y el Dios justo, que cien veces le ha facilitado el arrepentimiento, torna á otro lado el airado rostro y abandona al pecador á los tormentos eternos.

Patrick conoce muy bien que solo un instante le resta, sus rodillas y el mas rápido movimiento de la tierra se lo anuncian sobradamente; pero el temor de las llamas y de la muerte pueden mucho; tiende una mano por la roca, y la encuentra enteramente lisa, ninguna abertura ni saliente le ofrecen un punto donde apoyarse; mas no desmaya; el temor le ofusca, quiere clavar sus uñas en el granito y sus uñas se rompen, sus huesos han chascado de la violencia con que apretó, la carne ha quedado en la masa de piedra, un caño de sangre sale de cada uno de sus dedos y suspira amargamente; un relámpago ilumina la roca y vé una hendidura en ella, tiene una mano útil aun y desea con ansia afianzarse en aquel pequeño estribo: no bien lo ha verificado cuando la tierra que sostenia sus pies desaparece y no le resta mas recurso que aquella mano que sostiene todo el peso del cuerpo cimbrándose sobre el abismo; conoce que muy en breve no podrá sostenerle y lleva la otra al mismo punto, pero sus dedos desechos se niegan y tiene que abandonarla con la desesperacion que le inspira el conocimiento de la imposibilidad.... ¡horrible tormento, cuando falta la esperanza!.... el peso de su cuerpo es grande y su mano flaquea.... un momento de tan

amargo padecer agota toda una vida.... Ah! la roca protectora comienza á su vez á conmoverse como se conmovió tambien el suelo: Patrick siente el movimiento, conoce su desgracia, se balancea sin advertirlo.... « Gran Dios, perdon » exclamó con débil voz y.... La roca se desplomó; Patrick cayó de una altura prodijiosa confundido con los escombros y piedras que indudablemente le iban á sepultar, pero cual la nave que impelida por el furor de las ondas toca con su proa lo profundo del abismo, é impulsada nuevamente se eleva hasta los cielos, así despues de su descenso de una altura horrible volvió á elevarse por una fuerza májica, salvándose de la sepultura que la derruida roca debia darle.

Todavía se hallaba aturdido de la caida y no se atrevia á abrir los ojos de temor.... Las llamas eternas, el abismo espantoso ¿cómo no le habian tragado? ¿seria algun extremo de la roca donde se hubiese salvado? y el infeliz recojió sus piernas, deseaba ocupar poco terreno ¿donde se hallaba? Hizo un esfuerzo, dirijió una mirada vagorosa y en vez de hallar aquellas llamas y tormentos vió que estaba en una espaciosa sala; una dulce luz como la que arrojan los primeros rayos del sol al asomar en el horizonte, iluminaba la estancia de un modo tan agradable que sorprendió al penitente; se puso en pie y vió en el centro una alta pirámide de una piedra incorruptible, en la que se veian muchas figuras alegóricas y signos misteriosos en los bajos relieves que la cubrian.

Las miradas del caballero se hallaban errantes contemplando con asombro lo que veia; cerraba de

vez en cuando sus párpados para abriéndolos de nuevo convencerse de la realidad de lo que le rodeaba— Sintió ruido de personas que se acercaban; dió apresuradamente algunos pasos á la parte contraria hasta que la tapia le impidió alejarse, mas desde allí observó con admiracion quiénes eran los nuevos personajes.

Fueron presentándose sucesivamente hasta doce ancianos venerables, al parecer relijiosos, tenian una larga barba blanca que les descendia hasta mas abajo del pecho, las fisonomías eran dulces y benignas, las frentes calbas y majestuosas, la estatura elevada y noble, el cuerpo derecho á pesar de los muchos años, los ojos vivos y penetrantes, sus túnicas eran de lino fino y encima traian una banda que les servia de cinturon. Pausadamente se fueron acercando al caballero; cuando estuvieron á muy corta distancia hicieron una profunda reverencia, tendieron sus manos en señal de paz y uno de ellos con un acento espresivo y afectuoso dijo:

—¿Quién es el mortal que ha tenido suficiente confianza en el señor de los cielos y la tierra para llegar hasta este sitio?

—Patrick, el penitente Patrick, esclamó éste postrándose en tierra, por respeto á tan inesperada visita.

—Cristiano, álzate del suelo, solo á Dios se dobla la rodilla. ¿Qué pensamiento te domina?

—El conseguir la remision de mis pecados.

—Bendito sea el Dios Todopoderoso que te ha inspirado tan santa resolucion.

Y todas las cabezas se doblan y el anciano continuó:

—Tienes valor, hijo mio, para combatir con todo el

poder del infierno y resistir los mas grandes tormentos?

—Tengo confianza en Dios.

—Ténla en él que te salvará. Escucha las palabras de la sabiduría. En el momento en que nosotros salgamos de esta sala la verás llena de demonios, que harán todos los esfuerzos imajinables para disuadirte de tu empeño y hacerte volver atrás. Mas líbrate de seguir sus pérfidos consejos; un paso que dieres para volver te perdería irremediablemente, pues jamás podrías salir de este sitio: no conseguirias el perdon de tus culpas y serías sepultado en lo mas profundo del tenebroso abismo destinado á los réprobos.

—Yo rogaré interiormente al Dios justo y por vuestra intercesion....

—Ruega por la intercesion del bendito San Patricio; por su santo mandato estamos en este sitio para advertir á los pecadores, que con el corazon en el Señor continúen su camino sin que los arredre los peligros con que los amenace el infierno si quieren conseguir la gracia eterna.

Patrick durante este discurso habia permanecido con la cabeza baja, cuando terminó alzó los ojos, los relijiosos habian desaparecido.

—Por el cielo, gritó Patrick corriendo de un lado á otro de la estancia, deteneos algunos momentos mas, que escuche vuestras palabras de consuelo; y desafió todo el poder de Satanás. Sus voces repetidas por el eco, por nadie eran escuchadas.

Fortalecido con tan agradable anuncio se puso en oracion al pié de una escalera de bronce, para ver mejor el sitio por donde los demonios debian aparecer.

Pasaron algunos instantes y ningun habitador de las mansiones del pecado aparecia, y ya el caballero comenzaba á respirar; pero poco despues cayó en tierra aterrorizado. Un ruido espantoso, ocasionado por una multitud de ahullidos, el chocar de innumerables instrumentos bélicos, los gritos de feroz alegría, el ruido de multitud de cadenas y de garfios, que con espantosos brincos acercaban al desgraciado una lejion de demonios, le hicieron desfallecer, en medio del terror miró y vió á los malditos bajo formas tan espantosas que hubiera espirado sin el auxilio interior que le daba S. Patricio.

Cesó el estrépito, todos los demonios se retiraron á los estremos de la sala para dar lugar á otra escena. Apareció una hermosísima doncella que se acercó al caballero, le tomó la mano y con la mayor bondad le dijo:

—¿Por qué llegas á este estremo, Patrick? No sabes que tus pecados estan perdonados? ¿no has escuchado una voz interior que te ha dicho: por qué arrostras los peligros? Yo que soy tu guarda te salvaré; sígueme, que por medio de todos esos espíritus yo te conduciré á la tierra donde te están reservados los placeres y la felicidad. Y comenzó á arrastrar al caballero; pero este permanecia firme en su propósito. La doncella continuó:

—Reusas mi proteccion? Pues bien, espíritus funestos atormentadle, hasta que conociendo su loco intento se humille á mi poderío.

Y comenzaron de nuevo los ahullidos y el estruendo y volvió el espanto al corazon del penitente.

Un varon de rostro bondadoso y cubierto con tosco sayal se acercó:

—Desgraciado! esclamó, á donde llega tu presuncion, á penetrar do á nadie es permitido; conoce la imposibilidad, quieres llegar á las mansiones de la gracia, y no consideras que antes terminarán tu vida y los espantosos tormentos que te harán sufrir. Recobra la razon; sigue mi piadoso consejo y torna á tu pais; al cual yo te conduciré: fia en mí y seré tu guia, tu protector.

El caballero permanecia silencioso, pero firme é inalterable en su resolucion. El infierno empleó toda suerte de astucias y de artificios para disuadirle de su designio, haciéndole ver la poca apariencia de salir bien con su empresa y los grandes peligros á que se esponía. Pero conociendo que era invariable comenzaron á ejercer en él toda suerte de crueldades.

Ultimamente le cargaron con gruesas cadenas que le abrumaban, le sujetaron los pies y las manos y con alegre algazara y cantos infernales le arrastraron por el pavimento. Triste era la situacion de Patrick! mucho padecia! le faltaban las fuerzas, cubierto de polvo y de sangre que habian arrancado los repetidos golpes con que le habian atormentado. En este estado le alzaron en el aire y le cimbrearon sobre una gran hoguera que habian encendido y le propusieron de nuevo con voces espantosas que abandonase la empresa, pero no consiguiendo su intento le arrojaron con rabia en el fuego y los diablos se alejaron. Pero, ¡qué asombro! el fuego desapareció tambien á su vez y el caballero sin lesion alguna se encontró á la en-

trada de una escalera en estremo pendiente. Los tormentos que habia esperimentado no eran sino el preludio de lo que los demonios debian hacerle sufrir.

Bajó la escalera y se halló en un valle que los hebreos apellidan *Sophet* y los griegos *Dicasteron*, esto es, valle del juicio. A su vista Patrick detuvo la atrevida planta, pero una multitud de demonios que no habia visto se abalanzaron sobre él y le llevaron por el aire á una eminencia desde donde viese lo que pasaba. Una multitud de almas de todos los paises se hallaban reunidas en él, é iban llegando en tanto número como granos de arenas cubren las playas del mar, como los átomos que llenan el aire y como copos de nieve que se desprenden en el invierno.

Los grandes y los pequeños, los magnates y sus esclavos, los sabios y los ignorantes todos se presentaban sin diferencia de sexo ni de condicion, en este sitio *único de verdadera igualdad.*

Oh! allí no se veía ese lujo con que el rico insulta la desnudez de su semejante, ese poderío humillante depositado jeneralmente en hombres que no se ocupan sino en oprimir á los desgraciados.... no existian tampoco esas engañosas caretas con las cuales aparece la mujer mas lúbrica y falaz, como la amante, pura y virtuosa; el hombre vil, el asesino, como modelo de honradez y de virtud; no se veía, cual en el mundo, que cuando una madre rodeada de criaturas grita con el estertor de la muerte: ¡pan para mis hijos! solo escuche con desesperacion el sonido que producen e chocar de vasos, el estruendo de una orjía en que algun magnate reduce tal vez á la miseria á infinitas

familias solo por satisfacer su orgullo de riquezas; no escucha aquellos dolorosos acentos en medio de sus infames cantares, y si por un momento llega á sus oidos la terrible espresion ¡ pan para mis hijos! en su inmunda bacanal no sabe la espantosa significacion de aquellas palabras; no sabe lo que es el desgarrarse el corazon de una madre que vé á sus hijos, aquellas interesantes porciones de su sér, espirar de frio ó de necesidad... y el poderoso que oye aquellos gritos de inesplicable agonía, lanza una ruidosa carcajada y señalando con el incierto dedo á la infeliz mujer, grita con estúpida alegría ¡una loca!.... Si esa mujer de rostro cadavérico, cubierta de inmundos harapos, de demente mirada y escuálidas manos, esa mujer que no se halla perfumada con costosos aceites, cuya inmediacion es tan repugnante, esa mujer es una loca, si una loca que siente todos los tormentos consiguientes á quien no puede evitar la muerte de los séres á quien ama, que ella misma conoce su próximo fin... y contempla con asombro la ingratitud y maldad de los hombres que la repelen con desprecio ¿y por qué? porque no posee riquezas; porque no tiene poder ó medios para robar á sus semejantes esas porciones de oro que hacen ser la existencia una cadena de crímenes y maldades.... miserables! desconocen que llega un dia de terrible espiacion.... Desgraciado el que al presentarse al trono del juez supremo tenga que acusarse de haber despreciado á la viuda ó al huérfano, de haber escuchado sin compasion los lamentos del infortunio, ¡ desgraciado! porque sus tormentos serán eternos......



ALLI se veian mezclados el juez que por mala fé ó soborno habia privado á un inocente de la vida, en un cadalso ó por falta de recursos para subsistir; el juez con el rostro humillado y la víctima con la frente erguida y con la confianza que da la virtud.... Los príncipes y los reyes como el menor de sus súbditos, pero por cierto en bien diferente estado que el que representaban en la tierra: no venian cargados de esas esplendentes vestiduras, con que se presentan á nuestros ojos, revestidos con tesoros de perlas y diamantes para que deslumbrando y ofuscando nuestra vista les consideremos como una especie de divinidades,

no les cercaban esos muros de soldados y de siervos con que encubren su impotencia, y aseguran su existencia, carecian de esa turba miserable, de despreciables aduladores, de esos cortesanos que santifican sin pudor las acciones mas viles é infames de sus señores: entonces no traian mas que el bien ó el mal que habian causado.

Patrick vió todo esto y tembló; se le fueron acercando multitud de demonios y le dijeron: mira lo que tienes que esperar si sigues en tu propósito.

En el centro del valle se elevaba un trono, en el cual estaba sentado el juez á quien las almas debian dar cuenta de todas sus acciones. Su voz fuerte y vigorosa resonaba en todo el valle; su fisonomía austera, su mirada terrible y amenazadora, sus ojos vivísimos que despedian rayos de luz mas resplandecientes que el sol, sin que nadie pudiese resistir sus miradas, en vano los réprobos hubieran querido sustraerse á ellas. El caballero vió juzgar á multitud de almas; vió que los condenados eran conducidos entre horribles gritos de los séres malditos á las cavernas infernales, y que los justos radiantes de gloria y felicidad, eran trasportados á las mansiones de la gracia. Una alma acababa de dejar su cuerpo y los demonios con gran pompa y algazara la conducian al infierno, pero su ánjel guardian se oponia implorando la clemencia del eterno para conseguir su salvacion. El juez mandó se colocasen en la divina balanza sus buenas y malas obras. En el platillo izquierdo se pusieron las abominaciones, los sacrilejios, las blasfemias, las maldades é injusticias de toda especie

que habia cometido aquel caballero; y en el derecho se puso únicamente, pues nada mas tenia en su favor, el deseo que le habia animado de convertirse: el lado izquierdo sobrepujaba al derecho como una montaña comparada á un grano de arena; el juez iba á pronunciar la sentencia.

—Señor, esperad un momento, dijo el ánjel, en el peso segundo falta una buena accion, falta la paja que una noche facilitó para que descansáran dos infelices caminantes.

La paja se trajo, se colocó en la balanza y el peso de los méritos fué mayor que el de las culpas: el juez dió la sentencia á favor, y los ánjeles llevaron su alma al reposo eterno dejando confundidos á los espíritus malos.

Patrick al ver esto se arrodilló humildemente esclamando:

—¡Infinita es tu misericordia, Dios mio!—Pero llenos de rabia y de desesperacion los demonios se echaron sobre Patrick y le condujeron por los aires, trasportándole á una tierra inculta y negruzca en donde soplaba un viento norte tan frio que entorpeció sus sentidos: era el principio del infierno. Le hicieron pasar por un tránsito tan sumamente estrecho, que las dos tapias estaban casi contiguas, y concluia en un subterráneo oscuro y profundo, donde los demonios estaban tan apretados los unos contra los otros como los ladrillos en un horno, sin poder volverse, moverse ni menos respirar, atormentados tambien por el hambre y la sed. En medio de esta hornaza ardiente en donde se les reusaba una gota de agua para refres-

carse, la rabia y la desesperacion estaban pintados en sus rostros: invocaban incesantemente que se pusiera término á sus tormentos; pero este socorro no llegaba, la inexorable muerte sorda á los lamentos y súplicas no tiene oidos para los desgraciados que para poner término á sus padecimientos desean su propio aniquilamiento. A aquellos infelices les estaba reservado por toda una eternidad las llamas vengadoras.

—Contempla lo que te espera en caso de que no desistas de tu loco empeño, gritó una voz chillona al oido de Patrick.

—Dios mio, protejedme! esclamó éste.

Los espíritus infernales irritados de su constancia le arrojaron entre un grupo de desgraciados, y le apretaron con tal fuerza que ya creia morir sofocado; pero con admiracion vió una mano que se estendia hácia él — Soy tu ánjel guardian.— Estas palabras animaron al penitente y asiéndose á la mano salió salvo de entre los réprobos; y la mano desapareció. Patrick cerró sus ojos, y cuando los abrió fué para llenarse de espanto: se hallaba en un campo de prodijiosa estension lleno completamente de infelices que sufrian diferentes jéneros de suplicios, segun habian sido sus crímenes en la tierra. Patrick lo contempló todo con terror; iban ya muchas pruebas, y comenzaba á debilitarse su fervor: los espíritus malignos le hicieron ver con la mayor detencion los tormentos: al mostrarle uno terrible, le amenazaban con otro mas espantoso si no cesaba en su resolucion, pero á todo resistió; su triunfo parecia que debia ser completo: aun le esperaban mayores pruebas. Su constancia no hacia

mas que aumentar la desesperacion de los habitantes del averno, que rechinando los dientes y arrojando espuma por la boca, le cojieron por el centro del cuerpo y le llevaron á otro campo aun mas vasto, en donde los suplicios de los condenados eran insoportables. La admósfera estaba tan impregnada con los vapores infectos que despedian los betunes y mistos, que era imposible respirar: los gritos, los lamentos, las imprecaciones, todo se mezclaba, aturdiendo al mismo tiempo que oprimiendo el corazon: era verdaderamente la mansion del espanto.

De prodijiosa diversidad eran los tormentos con que se aflijia á los pecadores. Los unos estaban estendidos boca abajo y todo el cuerpo sembrado de gruesos clavos, otros atados por los pies y las manos, eran roidos por serpientes que les comunicaban su veneno, y sus carnes que renacian suministraban nueva materia á su tormento. Patrick contemplaba con todo el espanto que puede dar la idea de esperimentar aquellos tormentos; pero cuál fué su admiracion cuando entre los réprobos encontró muchos personajes célebres que su hipocresía habia hecho pasar en el mundo por otros tantos ejemplos de santidad y de virtud: el corazon del penitente se comprimió, pero no obstante sintió en su alma los mayores deseos de acercarse, de hablar á aquellos desgraciados: así lo hizo, pero aquellos quisieran huir su vista, la luz les era insoportable, se cubrian la cara para no ser conocidos, y hubieran deseado que los montes cayeran sobre ellos y los aplastáran; lo profundo del lago de azufre y betun les parecia preferible á mostrarse á la luz; tan

horribles se encontraban ellos mismos. Mas sus esfuerzos eran vanos; aparecian tales cuales eran: su conciencia era el mas cruel verdugo, llevaban en sí mismos la causa y los efectos de sus tormentos; los remordimientos, la rabia y la desesperacion les desgarraba el corazon y les hacia casi insensibles á los suplicios que despedazaban sus cuerpos.

—Cielo santo! esclamó Patrick al ver una mujer á quien unas serpientes desgarraban las entrañas, Emelina, la mujer mas ilustre y virtuosa de la Irlanda.

—Sí, yo soy, cuyos tormentos son infinitos ý no terminarán jamás; yo estoy condenada al eterno padecer, y en la tierra era considerada como un sér privilejiado del cielo ¡y lo era!....Tú, cuyas maldades son públicas, no tardarás en venir á este sitio....Patrick tembló.—Infeliz de tí, penetra en lo profundo de nuestros suplicios y considera cuál debes esperar.

—No puedo dar crédito á mis ojos; tú en los tormentos...

—Fuí virtuosa... sí, muy virtuosa hasta la noche fatal... Escúchame. Bien conocias á Rojerio el Pisano.

—¿Se halla tambien en este abismo?

—No: por él padezco yo. Rojerio me amó con esa pasion frenética que nos arrebata; yo contemplaba con gozo sus trasportes y creía amarle, sí lo creía; pero únicamente lo que sentía era mi orgullo de mujer satisfecho. Veía de contínuo á mis pies al mas gallardo caballero que arrostraba los riesgos y penalidades solo por complacerme, aquel jenio de leon á quien manejaba á mi placer con una sola mirada que encendia ó amortiguaba sus afectos... ¡oh! es muy dulce para

una mujer el verse amada de este modo, el ser la envidia de todas las otras mujeres... Es tanta la felicidad, que nuestro propio corazon cree que ama ¡ay de mí! cuántas veces no es así; aquel prisma encantador que nos hace advertir tantas bellezas, desaparece cuando otros afectos se presentan; el interés mas jeneralmente domina nuestro pecho; entonces conocemos que no existe el amor.

Mi tio el noble baron era poderoso, y mil veces me habia repetido que sus riquezas serian mias. Le escuchaba entusiasmada al contemplar que seria la mujer mas poderosa del reino, y en aquellos momentos ni aun la imájen de mi amante se presentaba á mis ojos, solo consideraba la magnificencia que iba á desplegar y la importancia que me darian las riquezas. Solo ponia mi tio una condicion, que jamás dispondria de mi mano sin su consentimiento. Mis atenciones para con el orgulloso baron, eran infinitas. Rojerio que me amaba verdaderamente, no consideraba de igual modo lo que yo debia al hombre que me haria poderosa.

Largo tiempo permanecimos de este modo; la pasion de mi jóven caballero crecia prodijiosamente; me instaba de contínuo para que le diese mi mano; sus palabras tenian tal elocuencia, que me decidí en un momento de entusiasmo y juré ser suya. Indiqué á mi tio tal intento pero lo rechazó fuertemente amenazándome de un modo terrible si lo llevaba á efecto. Aquella resistencia hirió mi orgullo; las apasionadas demostraciones de mi amante me impulsaron, y aunque por corto tiempo, consideré mas importante la

felicidad que las riquezas, se determinó pues, que una noche sijilosamente se verificaria nuestro enlace en un próximo santuario.

Pocas horas faltaban para la señalada; el baron en mi estancia se paseaba desasosegado, por último, parándose delante de mí y con sombrío acento me dijo:

—Emelina, mucho tiempo hace que he concebido un proyecto.—Yo temblé, el baron continuó.—Vas á ser mi esposa.—¡Es imposible! grité asombrada.—¿Por qué?—Porque amo á otro.—Está bien: desde este instante renuncia á mis riquezas.—¡Oh!... estas palabras helaron mi corazon, mis afectos luchaban, mas de dos horas duró la incertidumbre: mi tio no se separaba, yo queria hermanar lo ofrecido á mi amador, y lo que exijia mi tio... era imposible.—Rojerio me esperaba para que se verificase nuestro enlace.—El baron queria conducirme al altar sin la menor demora.—Lucha terrible y maldita.

Rojerio me brindaba con torrentes de felicidad y amor, entregándome un corazon de fuego que me idolatraba.—El baron frio, indiferente, exijia por premio de sus riquezas el poseerme.... ¡Ah! larga fué la batalla, terrible sus resultados, no quisiera recordarlos.... Rojerio me esperó inútilmente toda la noche, á la mañana que siguió rondaba en torno del castillo deseando inquirir el motivo de la falta y vió... que cercada de criados y parciales salí conducida por mi tio; mis ojos vieron al gallardo jóven, ví desencajarse su rostro, salir sus ojos de las órbitas; terrible me fué su vista, un instante despues no le distin-

guia; la ceremonia se realizó, y mis labios acababan de sellar mi union con el baron.—Una gran carcajada resonó en el templo y me heló el corazon; un grito lastimoso, el de la muerte que lanza el hombre antes de espirar, salió de mi lado; el cuerpo del baron cayó en tierra; una profunda herida habia terminado su existencia, y Rojerio en pie con el semblante cardeno y con el sangriento puñal en la mano, me contemplaba con una sonrisa feroz.

Los circunstantes recobrados de la sorpresa quisieron apoderarse del matador; cien aceros brillaron, y Rojerio no mostró la menor conmocion; tomó mi mano, de sus labios salió una carcajada aun mas sonora que la anterior y esclamó... ¡Eres esposa... del demonio! y oprimiéndome con violencia añadió:—dos esposos pierdes en este dia, y cual un furioso se arrojó contra los criados y soldados que querian aprisionarlo....

Trance espantoso! la sangre corria á torrentes, el pobre jóven no podia evitar tan multiplicados golpes; su cuerpo estaba abierto por cien heridas; él con su puñal cual jenio esterminador, habia sacrificado tres de sus contrarios.... pero la sangre de su cuerpo tenia sobradas bocas y la fuerza le faltaba; mis blancas vestiduras, regadas se hallaban con la sangre del baron y de Rojerio... éste completamente mutilado, cayó á mis pies murmurando:—Te amaba con el amor de un niño; hubieras podido ser el cielo de mi vida... contempla tu obra. ¡Horror! ví á tantos cobardes que se lanzaron sobre su exánime cuerpo, que le destrozaron. ¡Deteneos! grité, y nadie atendió á mi dolor, y tuve que

contemplar cómo se cumplia la infame venganza en el postrado caballero, y oí sus últimos quejidos y el suspiro mortal... y sus miembros palpitantes arrastrados por el pavimento, y sus huesos tronchados... oh! tormento! tormento!

Emelina se lanzó en lo mas profundo del abismo desapareciendo á la vista del asombrado Patrick.

La mirada del caballero se estendió por el campo y vió á porcion de infelices que estaban sepultados bajo montones de nieve, sobre los cuales estaban los verdugos que les metian agujas por todo el cuerpo, las que despues sacaban con violencia. Este era el castigo de las personas que en la tierra habian sido el tormento de los demas, de aquellos cuyas almas insensibles, incapaces de las grandes pasiones, solo, sí, encontraban placer en perseguir y estorbar, envidiosos, á los amantes y personas de elevados pensamientos aquellos á quienes, en medio tal vez de la felicidad, se les habian arrojado maldiciones; su existencia habia sido larga para prolongar los pesares de los corazones sensibles; pero aun mas largos y tremendos eran los tormentos que sufrian. Patrick observó que la mayor parte de aquellos séres desgraciados en una y otra vida, eran viejos, enjutos, con ojos de ardilla y color amarillento. Séres envidiosos por instinto, y enemigos constantes de la felicidad, aun en aquel asilo de la desesperacion dejaban asomar en sus labios la sonrisa feroz que tan maldecida fué en la tierra.— Envidiaban la suerte de los demas condenados á quienes creían mas felices. Sus gritos eran tan redoblados y sarcásticos que herian, sin que en nadie, ni aun en el

mismo infierno, escitasen compasion: ¡justo premio! aborrecidos en la tierra y en los abismos, jamás una mano amiga les habia ofrecido consuelo.

Los parricidas tenian tambien un suplicio espantoso: atados por los pies, con cadenas hechas áscuas, á una rueda llena de puntas de hierro y las cabezas sobre hornillas de azufre ardiendo, cuando los demonios daban vueltas á la rueda los cuerpos de los desgraciados eran hechos pedazos.

En una gran elevacion habia dos baños, uno de aceite y pez hirviendo y el otro de hielo y nieve, en el cual eran alternativamente zambullidos los que habian sido idólatras de sus cuerpos, los que habian gastado su vida en la compostura de sus adornos, y su hacienda, que debió socorrer á la viuda y al huérfano, en perfumes y esencias. En lo alto de los baños estaban constantemente dos diablos con picas para impedir que ninguno de los réprobos sacase la cabeza fuera de los tormentos.

Algo mas lejos se veían multitud de castigos: los tahures golpeados sin descanso con mazas de metal; los asesinos, cuyas entrañas estaban pasadas por multitud de puñales y cuyo dolor no cesaba jamás; cubiertos de paja los ímpios, cual cerdos eran chamuscados á fuego lento; los falsos y perjuros á quienes sacaban el corazon... todos los crímenes se hallaban reunidos en aquel lugar; cada uno tenia su castigo especial; pero todos horrorosos!

Patrick consideró todo aquel vasto campo donde se realizaban los castigos ofrecidos al réprobo del Señor... la sangre negra y espesa, corria á torrentes é inunda-

ba la campiña que resonaba con los lamentos, suspiros é imprecaciones de los atormentados, y con los terribles gritos y la alegria feroz de los demonios. El caballero, no pudiendo resistir mas la vista de objetos tan horrorosos, dobló la rodilla, y con todo el fervor de la relijion, rogó al cielo le sacase de aquel espantoso lugar; sus súplicas fueron escuchadas, los objetos desaparecieron y se halló en otra rejion: habia dado ya un gran paso para su salvacion, se hallaba en el purgatorio. En medio del espanto que en él reinaba tambien, se advertia un consuelo, un olor celestial que hacia llevaderos los tormentos.

Las llamas ocupaban todo el espacio de aquella abrasada rejion: las almas hacinadas las unas sobre as otras en grandes montones', estaban perseguidas por los espíritus malos que atizaban el fuego. En medio de sus sufrimientos, las almas ya casi insensibles á las crueldades que con ellas ejercian los ministros de Satanás, no sentian sino la privacion del objeto que amaban. Jamas piloto combatido por la tempestad y á punto de naufragar, desea con tanto ardor llegar al puerto, ni viajero que vaga errante en tierra estranjera y salvaje, pide al cielo con mas afan verse en el centro de su familia, que aquellos desgraciados pecadores que sin descanso suspiran por la patria celestial. Con los ojos y las manos elevadas al Supremo Hacedor, piden humildemente la gracia de abreviar su largo destierro. Su amor á Dios es en parte la causa de sus tormentos, pues cuanto mas grande es aquel, mas padecen y les es mas insoportable la dilacion. El ardor de su caridad es como un fuego violento, cuya actividad

es tanto mayor, cuanto mas se acerca á su centro. Dios es el imán de estas almas y se dirijen á él con todas sus fuerzas; pero una mano invisible parece que las repele. Sin embargo gozan ya de la bienaventuranza, por la esperanza que tienen y que es para ellos un poderoso motivo de consuelo y alegria; el espacio que los separa de la divinidad es aun muy grande, pues un obstáculo invencible impide unirse á ella enteramente: en este triste estado se quejan, pero sus gritos no son como los del infierno, no; son lamentos llenos de resignacion: jimen, pero sus acentos se forman en los corazones por el Espíritu Santo, interpolados con himnos que dirijen al Altísimo.

A la salida del purgatorio, una multitud prodijiosa de demonios vino por última vez á acometer á Patrick, y redoblaron sus esfuerzos para hacerle volver atrás; pero en vano. A la cabeza del ejército infernal estaba Satanuve seguido de Bahemonte, este era un monstruo horrible, con la cabeza y cuello de dragon, el pecho y estómago de buitre y la parte inferior del cuerpo de tígre. La salida del imperio de Satanás estaba guardada por un jigante prodijioso, cuyos pies estaban en los abismos y la cabeza se perdia en las nubes; cuando respiraba se hubiera creido que el monte Etna arrojaba fuego y llamas: el soplo de su boca inflamada era el viento abrasador del desierto.

Todos los séres infernales se acercaron á Patrick, manifestándole la certeza de la muerte que le esperaba sino volvia atrás y abandonaba la empresa; pero el caballero, implorando al criador, auyentó toda la tur-

ba de séres malditos, y estos al ver el ningun fruto de sus esfuerzos, lanzaron un aullido de rabia que hizo retemblar todo el imperio subterráneo y rujir las cabernas infernales.

Patrick vencedor de tantos combates, aun le faltaba uno que era el mas terrible: tenia que atravesar el rio Techelor, cuyo paso era no solo dificilísimo, sino que segun la tradicion, el divino juez hacia en él una prueba para conocer el mayor ó menor arrepentimiento de los penitentes. No habia sino un puentecillo estremadamente estrecho, pero de una altura prodijiosa, hecho de un solo pedazo de hielo tan compacto y tan escurridizo, que era absolutamente imposible sostenerse en él, mucho mas que se meneaba con igual movimiento que un columpio; carecia del menor sitio donde apoyarse, y soplaba un viento capaz de derribar los edificios. El anchuroso y profundo rio que corria por bajo del puente era de azufre y plomo derretido, cuyos peces eran serpientes y dragones, y sus vapores hediondas y espesas nieblas. Añadiase para complemento del terror gran multitud de demonios que sobre las sulfúreas ondas estaban dispuestos á arrojar arpones encendidos, luego que viesen atravesar el puente al penitente. El corazon de este se hallaba tan oprimido, que hasta de respiracion carecia: no osaba poner el pie en el angosto paso, aunque lo deseaba con ansia; todo el poder de los abismos se reunia para amedrentarle. Rouah Jedola, el demonio que mas sin descanso le habia perseguido desde su entrada en el infierno, le empujaba por detrás á fin de hacerle dar algun mal paso, pero Patrick, pues-

to el corazon en el Señor y conociendo que el tránsito era indispensable sino se resolvia á volver á la puerta de la cueva, á que le convidaban amigable pero dolosamente los demonios, comenzó á moverse con tímidos y perezosos pasos. Los ahullidos que desde el rio daban para atronarle eran muy espantosos. Veia las profundas simas abiertas á sus pies, veia volar por el aire, y llegar hasta él, multitud de dardos y de garfios encendidos, y su temor fué aun mayor, y sus plantas se detuvieron, y parado parecia una hoja sobre el puente que el viento cimbreaba á su capricho; sus ojos se cerraron por el espanto esclamando:

—Dios de bondad, perdonadme!

Una voz resonó en su corazon.

—¿Has perdonado á los que te han puesto en este estado?

—Si, Dios mio.

—¿Has acatado la voluntad del cielo al romper los lazos que te ligaban?

—En tanto grado que deseára se hallasen Emma y Dunmore en la tierra para velar incesantemente por su felicidad, escudándolos con mi pecho de cualquier peligro.

—Ten cuenta con las palabras imprudentes.

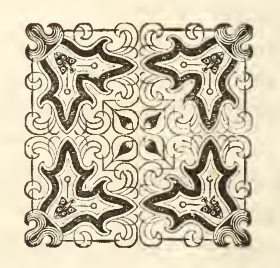
—Si el cielo accede á mis deseos....

—El cielo accederá. Vas á ser trasportado al pais donde habitan. Si cumples tus promesas, la gloria será el premio; de no, los tormentos mas espantosos que has visto te reservarán toda una eternidad de padecer.

—Dios mio, gracias te doy por tu bondad, me li-

bras de este paso tan terrible y me permites satisfacer el único deseo. Verlos, sin recuerdos y sin temores, que mi corazon se cerciore de que no hay otro desgraciado por su causa....

Cesaron los ahullidos, el silvido de las venenosas serpientes, no llegó á los oidos de Patrick, sus ojos se cerraron con violencia, sin que fuese poderoso á entreabrir sus párpados, el puente no se balanceaba, y el caballero, no obstante, tuvo que afianzar ambas manos en el suelo, pues su cabeza estaba trastornada sentia un desfallecimiento y mareo tan grande, que su razon se estraviaba; largo rato permaneció así.





NADA mas bello que la pradera que se presentó á su vista, sembrada toda de las mas olorosas flores que puede producir la primavera con dos grandes colinas que por uno y otro lado la cercaban llenas de viñas cuyos pámpanos entrelazados con las hojas de los álamos formaban un hermoso verjél: un pequeño sendero adornado de jazmines y rosas cuyo olor y colores halagaban dulcemente la vista y el olfato; un arroyuelo cuyas claras y puras aguas regaban este sendero formando la superficie de su blanda corriente un largo y trasparente espejo de cristal.

Terminado el delicioso camino se llegaba á un

campo espacioso en que la vista se confundia por la multitud y variedad de objetos que se presentaban á la vez: este campo estaba dividido en muchos verjeles y bosquecillos cuya hermosura siempre iba en aumento; grandes y bellos terrados colocados de distancia en distancia formaban una perspectiva de millones de dibujos y de cifras artísticamente trabajadas. De los cuatro ángulos de cada cuadro partian un número prodijioso de juegos de agua que se elevaban en los aires tan pronto separándose como juntándose, representando infinidad de objetos diferentes y ofreciendo á la vista un nuevo motivo de admiracion. En el fondo habia un espeso y triste bosque de cipreses que cercaba á un antiguo castillo, cuyas parduscas murallas se elevaban arrogantes desafiando al cielo.

Todos estos sitios fueron desapareciendo sucesivamente de la vista de Patrick que se halló en una magnífica estancia; una luz dulce, aunque opaca, la iluminaba, y abundancia de perfumes embalsamaban el aire que se aspiraba en tan encantada morada. El corazon del caballero latió con violencia al presenciar una escena á que no estaba preparado. Sobre un suntuoso lecho un hombre dormia; este hombre era Dunmore, aunque en su rostro se veían marcadas las huellas de la muerte, inmediata se hallaba de rodillas Emma, sus ojos fijos en el cielo indicaban lo ferviente de sus oraciones. Patrick la contempló tan bella con la sonrisa de la inocencia en los labios y la piedad en el corazon, y suspiró amargamente; la jóven reposó dulcemente su cabeza en el borde del lecho y sus ojos se fueron cerrando voluptuosamente, y un

sueño apacible la dominó, y al lado el ánjel de los hermosos amores, mecía sobre ellos olorosas guirnaldas y aun en ensueño les inspiraba amorosos pensamientos; pero á su lado, cual el espíritu malo, se mostraba un hombre con su humilde hábito y su desencajado semblante, con los dientes apretados fuertemente, la espresion del crímen en la frente, y todos los horribles presentimientos en el corazon; y este hombre era Patrick de quien habian desaparecido todos los remordimientos, los recuerdos y arrepentimiento; un hombre que no pensaba en Dios ni en el infierno; que solo se presentaba ante sus ojos la felicidad de aquellos séres que hacia algunos instantes queria tener bajo su proteccion, y que ahora, inspirado por su demencia, quiere esterminar y los contempla con horror, y vé sus ojos entreabiertos que se mueven imperceptiblemente y ¡ desesperacion ! esclama Patrick apretando las manos contra su pecho, que el hombre envidioso no puede ver impasible ni contemplar con calma la felicidad de otros.

Emma está hermosa y los ojos del caballero la miran con avidez; considera sus encantos y recuerda que el debió haber sido antes el hombre mas feliz, y próxima se halla á salir de sus labios una horrible maldicion; todos sus pensamientos de buenos y caritativos tórnanse en horrorosos; su cuerpo se estremece bajo el áspero sayal y sus cabellos se herizan yiertos de frio, mas su cabeza hierve; parece que en ella existe un volcan.... cree escuchar palabras de amor; le parece que Dunmore pronuncia: «te amaré siempre;» y el penitente rechina los dientes y murmura:

—Infierno! ayúdame para deshacer tanta felicidad; que yo los vea padecer, que sufran una parte de los tormentos que yo esperimento y despues la condenacion eterna, y sus uñas se clavaron en el pecho que un instante hacía solo pensaba en la salvacion, y en aquel se hallaba inspirado por todos los furores infernales. Sintió que le oprimian el brazo, volvió la delirante vista, y tembló: vió á su lado la sombra de su padre.

—Huid! esclamó, no me veis desesperado, no comprendeis el estado de mi corazon, no conoceis que el demonio me domina... quereis saber el motivo, mirad dijo, mostrando á los jóvenes, mirad tanta felicidad! Ah! ¡son tan dichosos! mirad bien y contemplad... al lado de tanta dicha estoy yo que soy el espíritu de destruccion.... ¿No os causo espanto? ¿no huis de mi vista? ¿no temeis mi horrible desesperacion?

Una voz lúgubre y misteriosa pronunció:

—Un momento mas de valor, piensa en el cielo, huye las asechanzas del demonio y tu salvacion es segura.

Y Patrick con el acento mas pronunciado de honda desesperacion continuó:

—Tambien se encuentra felicidad en la venganza... y fijando sus inciertas miradas en el espectro de su padre añadió: ¿no me habeis escuchado? huid; no esteis un solo instante á mi lado, pues puede suceder que ahora mas ni aun á vos respete mi furor... evitad el ser segunda vez víctima de mi insensato desvarío. Descansad, que vuestro demonio vela, que con gozo advierte puedo sacrificaros, y que su puñal vol-

verá á sonar crujiendo en vuestros huesos: el cielo os ha dispensado su proteccion, á mí el infierno, él fortalece mi brazo.

Patrick escuchó un acento lúgubre que decia: ¡Tiembla el castigo de los malos! y un sonido como el que producen mil carcajadas vino á llamar su atencion; tornó la vista y vió la entrada del estrecho puente; los séres infernales que se preparaban á arrojar sus harpones; los gritos eran cada vez mayores y Jedola que con sonrisa diabólica los contemplaba, que alargaba las manos incitándole á volver, que le hacia ver las ventajas de la venganza, miró á Dunmore y vió que la sangre salia á torrentes de profundas heridas; Patrick suspiró, dió un paso mas acercándose á Emma, y la vió no ya hermosa, sino descarnada y lívida... horrible era la presencia de aquellas víctimas, queria huirla, mas se halló con el espectro de su padre que le anunciaba se iba á alejar para siempre, que aquel momento era el decisivo: la virtud venció al fin, el penitente postrándose en el suelo esclamó:

—Perdonadme como yo perdono, salvadme como yo deseo se salven: misericordia para el pecador....

Un ruido espantoso resonó; los séres infernales se apoderaron del caballero, que al sentir le arrojaban á un abismo; cerró los ojos. Se hallaba aturdido de la caida. . . . . ,

. . . .

Sacudió tristemente la cabeza como queriendo arrojar un gran peso; abrió los ojos con espanto; todo estaba profundamente oscuro; tocó lo que le cercaba y solo halló las informes masas de las rocas... un rui-

do, unos ecos lejanos se iban acercando gradualmente; lúgubres y misteriosos eran los sonidos: no tardaron en dejarse comprender mas claramente, eran los cantos de cien relijiosos que venian en devota procesion á abrir la entrada de la cueva, llegaron al pie de esta y concluían los salmos penitenciales; todos se arrodillaron; el prior se adelantó; en todos los semblantes se vió pintado el espanto; habian terminado las veinte y cuatro horas que el penitente debia estar en el purgatorio y temian no volverle á ver.

Llegó el prior á la entrada: el austero relijioso vaciló; temia un fatal resultado del intento de Patrick; sus rodillas se doblaron, y postrándose en tierra esclamó con voz apagada:

—Rezad, rezad mis hermanos.



Los acentos relijiosos se elevaron hasta el trono del Eterno.

El prior se levantó y quedó abierta la entrada de

la caverna; los ojos del sacerdote se cerraron de un fervoroso espanto y su mano se introdujo en la caverna para que á ella se asiese el penitente, y los dedos crispados de éste oprimieron violentamente la mano del prior que sintió circular en sus venas el frio de la muerte; pero impulsó con fuerza hácia sí al desgraciado. La luz del dia ofuscó á éste, que debilitadas sus fuerzas totalmente, cayó en tierra privado del conocimiento.

Todos los sacerdotes le cercaron y comenzaron á prodigarle todos los ausilios imajinables; pero el exánime penitente se hallaba en tal estado de postracion que le era absolutamente imposible aun el hablar; le colocaron en unas angarillas y con el mismo órden marcharon al templo á rendir gracias al Supremo Hacedor, por la vuelta del precito.

La augusta ceremonia terminó: todos los circunstantes rodearon á Patrick, todos deseaban escuchar de sus labios los terribles sucesos que debiera haber esperimentado en las veinte y cuatro horas, pero ninguno era osado á preguntar: los semblantes demostraban la curiosidad, pero los labios permanecian mudos. El prelado quiso poner término á aquella incertidumbre, tomó la mano del caballero y le dijo:

—Las personas que están en rededor de mi, amado hijo, se interesan en tu suerte y en tu tranquilidad. Sí, el misterio no debe ocultar los sagrados prodijios que habrás esperimentado; si tus fuerzas te lo permiten, te ruego les instruyas. El caballero levantó lijeramente la cabeza.

—Padre mio, he visto los tormentos; he sufrido las

terribles pruebas... ¡ ay de mi !... mi cabeza se trastorna... dia llegará en que podré referir con toda estension los sucesos de mi penitencia, entretanto... sabed que estoy condenado á los tormentos de los réprobos; que necesito de vuestras oraciones y auxilios... retirado en este desierto con el sayal de la penitencia, he resuelto pasar el resto de mi congojosa existencia entregado á las austeridades y á la relijion para cuando llegue el dia en que termine mi carrera, pueda tal vez hallarme en estado que la clemencia divina perdone mis pecados.

—Lo habeis escuchado, mis hermanos, cúmplase la voluntad del pecador inspirada por el cielo. Retiraos, y todos lo verificaron, y dos relijiosos condujeron á Patrick á una celda para que descansase de tantos trabajos.





Muy pocos dias habian trascurrido desde aquel en que Patrick penetró en la cueva; los habitantes de la isla no trataban otros asuntos en sus conversaciones que lo grande de los crímenes de aquel y lo ejemplar de su penitencia; el obispo queria penetrar el misterio de los sucesos y se disponia á visitar al penitente, cuando una mañana se le presentó un hombre pálido y desencajado á quien tuvo gran dificultad en conocer. Este hombre era Dunmore que se arrojó á los pies del prelado esclamando:

—Escuchadme! vengo á implorar vuestra proteccion.

—Dunmore!

—Sí, yo soy ese desgraciado que llega anhelante á pediros un asilo donde terminar relijiosamente su existencia.

—Antes necesario es que yo sepa cuáles son los motivos que á ello te impelen.

—Yo los referiré, padre mio, y será por la vez postrera.

Dunmore se despojó de la larga capa que le cubria y mostró el desarreglo de su imajinacion en lo violento de sus movimientos y en lo desaliñado de su traje. Largo espacio permaneció mirando fijamente al relijioso sin que sus labios pronunciasen una palabra: por fin, con tono lúgubre y profundo, y con la espresion del sentimiento esclamó:

—Emma! prenda deliciosa de amor y de virtud, siempre has de estar presente á mi vista....

—Olvida pasiones criminales.

—Criminales! qué habeis pronunciado? conocisteis á Emma? cierto que no: la virtud era personificada en tan bella criatura; si la hubieseis visto, si escuchaseis sus santas palabras, no os espresariais así; jamás un mal pensamiento, ni un intento impuro, turbó su conciencia, y, padre, yo la amaba, porque es imposible no amar á un sér tan perfecto.

—Deseo saber....

Dunmore hizo un movimiento al advertir que se habia estraviado de su objeto y añadió:

—El puñal del hombre malvado, no satisfecho de haberse clavado en mí, se ensañó en Emma, y el cruel en su bárbaro frenesí, desgarró el pecho del sér mas

bello é inocente; y no temblaba de la ira del Dios justo y poderoso... ¡ah!.... La sangre corrió por nuestras heridas; pareció que nuestras existencias habian terminado, y esa es la opinion de los hombres. No sé el tiempo que trascurrió; abrí los ojos y nada ví, pues las tinieblas me cercaban; mas no tardé en escuchar unos acentos consoladores: oh! aquella voz no era de ningun mortal, solo era propia de un ánjel: el sér que me velaba me prohibió el hablar, porque mi debilidad era estrema; mas ¿qué influencia podia haber bastante fuerte para impedirme el que preguntase por Emma? á cerrar mis labios para que repitiesen su dulcísimo nombre? Pero mis lamentos no merecieron respuesta alguna, y un nuevo letargo vino á entorpecer mis sentidos: soñé con Emma, con sus amores, padre mio; soñé con la felicidad, con esa sombra que fugaz huyó delante de mí desde la primavera de mi vida, que me presentaba su faz halagüeña, que me brindaba con sus placeres, y cuando mi mano se acercaba, me mostraba un obstáculo invencible.... este ha sido mi tormento.... Desperté y me sentí con fuerzas para incorporarme en el tosco lecho donde me hallaba. Emma! pronunciaron mis labios, y escuché una voz que yo conocia, una voz que tantas veces hizo palpitar mi corazon de amor y de deseos; que decia: «á tu lado está la mujer que te ama!» y quise arrojarme del lecho; mas me faltaron las fuerzas para ello y suspiré; mis manos se movian en todas direcciones, querian hallar una prueba de que no era un desvarío de mi mente; nada logré, solo, sí, escuchar de nuevo á Emma que dijo:—Dentro de pocas horas sal-

drás de este asilo, marcharás á tu castillo, y como noble, obligarás á Patrick á declarar rotos los lazos que á mi le unian; si se niega, remitirás la decision al juicio de Dios.—Oh felicidad! esclamé; pero antes te ruego te dignes darme á conocer por qué medio nos hallamos en este sitio libres de las garras de la muerte, de quien ya eramos presa en aquel fatal instante.

—Ignoro todo lo que me preguntas: una mano oculta ha restañado la sangre de nuestras heridas, salvándonos la vida. El sér benéfico que tanto nos ha protejido, que me ha conducido á este sitio, me ha dicho las palabras que te he repetido.... —Y cuyo precepto cumpliré, añadí; pero entretanto, que yo te vea, que pueda estrecharte entre mis brazos....—Guardate, replicó Emma, de ofender al cielo; mi rostro no se mostrará hasta tanto que sea libre....y nada mas escuché; mas no tardé en convencerme estaba solo: trascurrieron algunas horas, y la claridad del dia penetró en la caverna, que pude distinguir y examinar: me hallaba bastante fuerte para levantarme, y con admiracion mia advertí que ninguna habitacion habia en todo el espacio que descubria mi vista. Comencé á caminar y conocí que estaba muy lejos de mi castillo, mas sintiéndome animado de nuevo ardor y despues de mil tropiezos llegué á él. Ni un instante quise detener el cumplimiento de la mision que me estaba confiada: reté á Patrick y cuando iba á marchar al combate, como por encanto hallé á mi lado á Emma, velada como la visteis; ni una palabra de consuelo pude lograr. El combate se verificó, los vínculos habian sido rotos, y nos visteis marchar sin atender á los

votos de todo un pueblo que pedia nuestra felicidad: yo seguía el impulso de mi amada y partimos: apenas las cimas de los montes nos ocultaron á vuestros ojos, cuando Emma detuvo su palafren y dijo: —Un suceso de inmensa importancia acaba de tener lugar: debemos separarnos por algun tiempo, y dando gracias al eterno, disponernos á la nueva época que comienza en nuestra vida. Quise oponerme, mas la terrible amenaza de una separacion eterna me obligó á obedecerla y ver cómo marchaba por una senda desconocida acompañada de un solo siervo; pero antes ofreció darme á conocer el sitio de su retiro tan luego como debiésemos reunirnos.

Dunmore calló; de sus ojos se desprendió una lágrima abrasadora que rodó por la descarnada mejilla; la febril volubilidad de sus pupilas; lo errante de sus miradas que ora indicando el dolor, ora el furor, demostraban cuan grandes debian ser los dolores que le ocasionaba el recuerdo de tan tristes sucesos. Asi permaneció largo rato esperando encontrar alivio y tranquilizar su corazon; pero era en vano: se aglomeraban á su imajinacion terribles ideas de desesperacion, y solo el nombre de Emma era suficiente para conformarse con las resoluciones de su amada, por quien tantas veces habia suplido todas sus fuerzas para obedecer á sus juramentos. Despues de algunos instantes y á la voz del obispo que le consolaba, tornó á su anterior abatimiento que no tardó en trocarse en impetuosa enerjía. Luego continuó diciendo:

—Me retiré tambien del trato de los hombres aguardando, para mostrarme á ellos, que llegase el instan-

te de mi felicidad; mas ¡ ay! trascurrió un dia y otro y muchos, y mi desesperacion no tuvo límites; mil proyectos á cual mas insensatos quise realizar; pero siempre me detenia el recuerdo de que Emma me habia dicho confiase en su promesa; queria obedecerla y la obedecí: ¡ Terribles dias! animado por la esperanza aguardé aun mas... ¡pluguiese al cielo que nunca hubiese llegado el instante que tanto anhelaba, causa de mi eterna infelicidad...! Recibí el aviso de Emma y salvé con la velocidad del rayo la distancia que me separaba del sitio donde se albergaba... ¡Con que alegría y secreta conmocion palpitaba mi pecho! la alegría infantil asomó á mis labios.... Emma! Emma! grité algunos pasos antes de llegar á la mezquina vivienda donde se depositaba mi tesoro... ¡Silencio! dijo una voz glacial y aterradora, y el espanto penetró en mi pecho. Aquella palabra me horrorizó y detuve mi planta: miré al hombre que tanto daño me habia causado; le miré, y mi mirada fué la rabiosa é impotente que se dirije al que nos roba la felicidad; y ví, padre mio, compadeceos, ví á un relijioso que salia de la casa; ¿qué denotaba? os lo diré: la muerte, el infierno.., ¡ah! perdonadme;... mi cabeza se abrasa; siento que destrozan mi cráneo... porque, padre mio, Emma, el ánjel de mi ventura, estaba moribunda.... sí, moribunda! Vedla en el lecho que debió ser de amores y se ha trocado en lecho fúnebre... vedla hermosa, aunque en su rostro se muestre ya la horrible sombra de la muerte; vedla entreabrir los párpados... aquella mirada es divina... su mano hace una seña... Emma! te adoro; si mueres, moriré tambien, por-

que mi vida á la tuya se halla ligada... no respireis que perderiamos sus palabras, porque ella va á hablar y sus palabras deben escucharse de rodillas, ¡de ro-



dillas! Las palabras de la virtud siempre fueron sagradas... ¡silencio que Emma habla!

—Dunmore, este es el instante supremo de la vida, las fuerzas me van abandonando y próxima me hallo á comparecer ante el trono del Eterno... No era este ciertamente el modo en que debiéramos volvernos á ver; otro premio merecia tu constancia y tu amor;

perdona á esta infeliz mujer el haberte hecho desgraciado, perdónala que su delito es solo haberte amado... Mucho hemos sufrido, mas la virtud nos ha fortalecido; nuestro destino en la tierra debia ser el padecer y se ha cumplido.... Si hasta este instante he ahogado en mi pecho mis afectos, ninguna consideracion me impone ya tan cruel sacrificio.... dame tu mano.... ¿ves qué débilmente late este corazon, que todo es tuyo, que hasta el último suspiro será dirijido á tí; ¡derramas lágrimas, amor mio! ¿por qué te entristeces? ¿por qué la mitad de tu alma va á abandonar la mísera morada terrestre? consuélate que nuestra felicidad se encuentra allí, en el cielo, en ese sitio donde únicamente pueden hallar asilo la virtud y el amor, mira con que pureza luce el sol; pues asi brillaremos radiantes de felicidad en el encantado pais de los bienaventurados. ¿No ves la alegría que me domina? Allí sin verdugos y sin enemigos viviremos una eternidad de felicidad. ¿Quién mas dichosos que nosotros? ¡Oh! envidiable es nuestra suerte... Si hemos sufrido un corto tiempo, el galardon es la gloria sin fin... Quiero darte este beso como despedida—porque nos vamos á separar.—¿Es verdad que no te olvidarás de tu Emma?... ¿de la mujer que tanto te ama, que todo lo olvida menos la virtud y el hombre que elijió su corazon.—¡No tiembles! eso acibararia mi gozo... nos amamos; terrible cosa es el separarnos; pero corto sacrificio nos resta... no ocultes el rostro, mírame... quiero contemplarte por la vez postrera..! hermoso eres como mi pasion.—Dios mio! Dios mio! verme privada de tanto bien, todo el recuerdo de vues-

tra misericordia es necesario para no murmurar por que soy una mujer, mujer que ama, que encuentra otro amor y que va á perderle... Las fuerzas me faltan... por piedad, por piedad Dunmore, ámame siempre... no me olvides y considera los tormentos que habré sufrido adorándote y teniendo que dominar mis pasiones: perdóname... yo rogaré por tí al Señor, que una mujer que ama es desde el cielo el guia de su amado en la tierra... horrible pena causa el sentirse separar de tí, verte... perderte... y no poder llevarte en este inmenso viaje... Dunmore... perdóname...!

—¡Ya está muerta!!! ya voló á las mansiones celestes un nuevo ánjel... ya estoy solo en esta tierra maldita, admitid Señor el sacrificio de mi vida... yo no debo vivir y no viviré.... la muerte es lo que deseo y la anticiparé.

—Considera la justicia de Dios y su misericordia... dijo el obispo enternecido: Dunmore tornó en sí y con acento apagado añadió:

—Vengo, padre mio, á que me ordeneis el sitio donde me he de consagrar á la oracion y á la penitencia. Emma me fortalecerá.

—Bendito sea Dios que te ha inspirado tan buena resolucion. El convento de Dierg te proporcionará todos los auxilios de la relijion si tienes valor para hacer un gran esfuerzo.

—Para todo si alcanzo la gloria de habitar en el paraiso de Emma.

—El cielo te premiará. Patrick hace áustera penitencia en aquel monasterio; á su lado vivirás sin que de él seas conocido.

—Al lado del hombre....

—Contempla el poder del Señor.

—A Dios, padre mio.

Pocos meses despues Dunmore, víctima de sus estremadas penitencias y del dolor que le devoraba, estaba próximo á espirar; acababan de prodigarle todos los socorros espirituales, puesto que los corporales eran de todo punto inútiles. Postrado el relijioso en el humilde lecho mostraba en su frente la calma y la paz de los bienaventurados; todos los individuos de la comunidad de rodillas en su torno, elevaban fervientes oraciones.

—Agradezco, mis hermanos, vuestros cuidados que el cielo recompensará; despidámonos....

Todos los relijiosos fueron llegando sucesivamente al lecho y abrazando al moribundo que murmuraba:

—A Dios, mis hermanos, para siempre; adoremos al Señor.

La comunidad se iba á retirar; habia rezado las últimas oraciones; el enfermo con débil voz añadió dirijiéndose al prior.

—Para que mis últimos instantes sean felices, os ruego que no me abandoneis.... asimismo!... el hermano Patrick.

—Tus deseos serán satisfechos.

Los relijiosos salieron de la celda, solo quedaron á uno y otro lado del lecho el prior y Patrick; éste con los ojos cerrados y las manos cruzadas: Dunmore hizo un esfuerzo, se incorporó en el lecho, y con acento pausado y conmovido dijo:

—Patrick, abre los ojos, cesa un momento en tus

oraciones, y considera al hombre que está próximo á espirar....

Patrick dirijió una mirada tranquila y glacial al que le hablaba que continuó:

—Antes de abandonar esta miserable morada, necesario es para mi tranquilidad, Patrick, que me perdones.

—Nadie mas pecador que Patrick.... nada, ni á nadie tiene que perdonar.

—Patrick, no has conocido al moribundo.

—Solo veo un desgraciado cuyos pesares van á tener término y esta suerte bien merece ser envidiada.

—Mírame, Patrick, tu corazon no te dice que el cuerpo exánime que está á tus pies, es el de un enemigo tuyo, de quien te ha hecho sufrir mil tormentos?

Patrick cerró los ojos y murmuró: «¡Dios de bondad! que no se renueven las terribles pruebas....»

—Un ser dichoso desde el cielo te ruega me perdones...

Un tinte rojo cubrió repentinamente el rostro de Patrick; sus dedos oprimieron el pecho; abrió los párpados y esclamó:

—¡Quién eres!

—Dunmore....

—¡Ah!

—Que implora tu perdon y que se halla en el borde del sepulcro.

Patrick se habia arrojado al suelo murmurando:

—Esto mas! ni aun en este sagrado recinto....

—Hermano Patrick! Quién en el claustro recuerda pasiones mundanales, es indigno de la relijion.....

quién niega el perdon al moribundo es maldecido por el cielo y la tierra. Era el prior quien con acento solemne decia estas palabras que hicieron tornar en sí á Patrick.

—Ruego al cielo se apiade de un desgraciado que ha cedido una vez mas al impulso de amortiguadas pasiones que.... será el último; haré que mi corazon olvide todo, escepto el poder del Todopoderoso; y dirijiéndose hácia Dunmore añadió: Tú eres el que debe perdonarme á mí.... que soy monstruo aborrecible....

—Patrick! cuan gratas suenan en los oidos del moribundo tus palabras.... mas yo te he hecho mucho daño..... que escuche de tus labios el perdon del Eterno.

—Miserable pecador! ni aun á alzar la frente me atrevo; mas suplicaré al cielo dia y noche mejore tus padecimientos para que juntos nos ocupemos en alabar al Señor....

—Me conservas algun rencor....

Patrick se arrojó en los brazos de Dunmore cubriéndole de besos y derramando abundantes lágrimas; el prior alzando sus manos al cielo esclamó:

—¡Perdon Dios de bondad para estos desgraciados!

La campana del monasterio doblaba algunos instantes despues por la muerte de un relijioso; éste era Gualtero Dunmore que de nadie habia sido conocido sino del prior y en aquel instante final de Patrick, que rogó fervorosamente y empleó grandes oraciones para alcanzar el descanso eterno del alma de un hombre á quien él habia sacrificado.

Cinco años despues del dia en que tuvo lugar este

suceso, los sacerdotes del monasterio y toda la clerecía de la comarca congregada al efecto por el obispo de Irlanda, celebraban una solemne misa de vijilia. Acababan de tributar el último homenaje y rogaban por el descanso eterno del alma del hermano Patrick, de aquel modelo de ejemplar virtud y austeridad relijiosa que habia edificado á todos por tan largo espacio. Retirado en una estrecha celda abierta en las entrañas de las rocas, habia sido aun en aquel rincon de la tierra el consuelo de sus semejantes, á quienes socorria con su gran fervor y dulcísimas palabras de uncion evanjélica, ¡cuántos desgraciados se acercaron á él, sintiendo en el corazon toda la rabia del infierno y tornaron á sus viviendas con la paz y la tranquilidad de la virtud! Cuando adoptó este jénero de vida, repartió todos sus bienes entre los pobres, sus inmensas riquezas sirvieron para la felicidad de multitud de familias hasta entonces entregadas á la degradacion y á la miseria, solo reservó el castillo de Denwill y ese me lo donó á mí, ¿no me conoces? ¿Recuerdas el niño arrancado de los brazos maternales? del que apellidaba á Patrick el maldito? pues ese soy yo: ¿recuerdas que un personaje oculto y jeneroso libró de la muerte á los amantes? pues era mi madre: contempla los altos juicios de Dios.

Patrick fué el consuelo de todo el pais en las calamidades que le aflijieron. Se le vió impávido desafiando el furor de las tormentas y las pavorosas llamas del incendio, acudir con grave riesgo de su vida á salvar las de sus semejantes, y rescatar algun tanto de sus haciendas; do moraba la desgracia allí se viera

á Patrick con su enjuto rostro debilitado con la penitencia; la barba hasta el pecho, que pocos dias bastaron para tornar de negra que era, en blanca como el armiño; con la ancha frente de que desaparecieron los cabellos; el áspero sayal y el largo báculo parecia el misterioso protector de la Irlanda; la paz habia aparecido en su rostro y consagrado al bien de sus semejantes; escuchó sin cesar las bendiciones de los mismos labios que antes le apellidáran el maldito. Vé asi los efectos de la relijion... Llegó su término... Felices los que escuchamos sus postreras palabras, ellas derramaron en los corazones el bálsamo mas consolador; todos envidiamos su suerte, porque su suerte era la gloria.... Espiró con la sonrisa en los labios... un aroma delicioso embalsamó la atmósfera...... los desgraciados habian perdido un padre; pero un alma habia ascendido hasta el primer escalon del trono del Señor.







CONSEGUIDO queda nuestro intento: fieles en referir la tradicion, hemos tenido libertad para elejir de entre las varias personas que penetraron en la cueva, la que mas adecuada nos ha parecido á nuestro objeto.

En prueba de nuestra exactitud remitimos á aquellos de los lectores

que deseen mas datos á la historia del Purgatorio de San Patricio, escrita por el R. P. Francisco de Bouillon, franciscano y bachiller en teolojía de la facultad de Paris, como tambien de entre los varios que en nuestra patria han tratado este asunto, al erudito P. Feyjó, cuyas palabras tienen gran importancia por ser del hombre sabio, del profundo conocedor y verdadero relijioso. Parece, dice, que habia una cueva donde entraban á hacer rigurosa penitencia por veinte y cuatro horas: de ahí naceria el título de purgatorio, pues que purgaban sus pecados.

Nosotros creemos tambien que causas bien naturales en verdad podian dar márjen á las relaciones maravillosas. El penitente cuya imajinacion se hallaba alterada por los remordimientos, privaciones, y preparado á desvariar sucesos estraordinarios que anteriormente habia escuchado, y en que tal vez le afirmarian los fuegos fosfóricos, las llamaradas fátuas, ú otras mil causas físicas naturales, pero desconocidas en la época; salia de la caverna, y tornaba á su pais refiriendo los prodijios de que creia haber sido testigo. Estas relaciones eran acojidas con entusiasmo por el pueblo, trasmitiéndolas con sorprendente exactitud de jeneracion en jeneracion.

La cueva de San Patricio hace algunos siglos que no existe, si de creer habemos á opiniones muy autorizadas.

El sabio Feyjó, con relacion á un manuscrito Bolandiano, dice que el último sugeto que penetró en el Purgatorio fué un monje holandes del monasterio de Eymsteede, el cual por el año de 1494, deseoso de

hacer mayores penitencias, pasó á Irlanda para entrar en la cueva. Halló alguna dificultad para ello, pues parece le exijian alguna propina que debia ser algun tanto cuantiosa, y el relijioso era pobre, pero al fin penetró en la cueva, mas salió con grande admiracion suya, sin haber visto, oido ni tolerado incomodidad ni afliccion alguna. Pero los habitantes de aquel sitio, para sacar dinero, afirmaban á los que venian de fuera que aun se hacia allí la expiacion de los pecados. Añade el autor del manuscrito que el monje pasó á Roma á informar al Papa, el cual mandó que se destruyera enteramente la cueva.

La otra opinion, muy razonable en verdad, se funda en haber sido descubierto el engaño de las portentosas relaciones al fin del reinado de Jacobo I. del modo siguiente. Dos señores, Ricardo Boyle y Adam Lostre, canciller de Irlanda, enviaron á aquel sitio personas de providad con órden de descubrir lo que habia ocasionado la reputacion de que gozaba aquella caverna. Despues de los mas exactos informes y con toda precaucion, entraron en la cueva y se cercioraron no ser otra cosa que una pequeña celda cortada en la roca, sin mas claridad que la que entraba por la puerta, siendo tan baja y estrecha que un hombre de buena estatura apenas podia tenerse en pie, y que dentro de ella con dificultad podian estar seis ó siete personas. En consecuencia de estos informes, el rey ordenó la destruccion de la cueva para desarraigar semejante abuso.

Concluimos, pues, manifestando que si la cueva resulta destruida por la autoridad del Papa ó del rey,

se conserva la narracion de sus maravillas, que hemos apuntado, y al verificarlo, deber nuestro es rechazar enérjicamente cualquiera interpretacion que contraria á la relijion quiera darse á nuestras palabras, como contraria, lo repetimos, á nuestras ideas esencialmente relijiosas.



